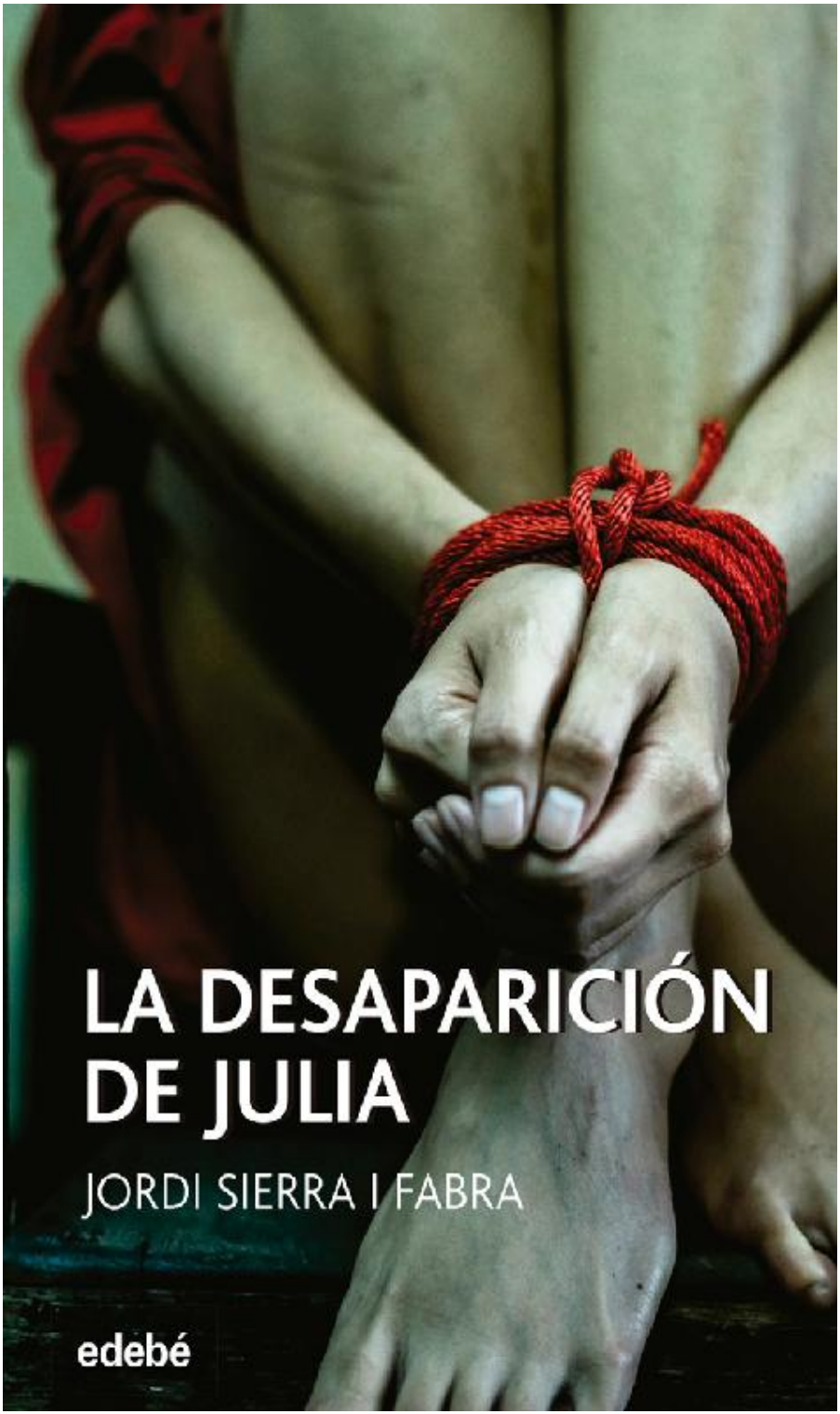
LA DESAPARICIÓN DE JULIA

JORDI SIERRA I FABRA

edebé


LA DESAPARICIÓN DE JULIA
JORDI SIERRA I FABRA
edebé

JORDI SIERRA I FABRA

LA DESAPARICIÓN DE JULIA

edebé

© Jordi Sierra i Fabra, 2020
www.sierraifabra.com

© Ed. Cast: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.ª edición, septiembre 2020

ISBN: 978-84-683-4755-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A todas las personas que
un día dejaron un vacío,
voluntaria o involuntariamente.

Primera parte:
Los inicios

1

Pura volvió a abrir los ojos.

La hora.

La maldita hora.

Los dígitos del reloj luminoso parecieron burlarse de ella, porque no habían pasado ni tres minutos desde la última vez.

Resopló.

La angustia comenzó a desbordarla, así que se dio la vuelta para darle la espalda al reloj. Quedó de cara a su marido y, en la penumbra, casi lo aborreció por lo bien que dormía, como si nada, boca arriba, con los labios entreabiertos y aspecto bobalicón.

No pudo quedarse ahí y se levantó de un salto, moviendo la cama a conciencia, con la clara intención de que al menos él lo notara.

No fue así.

Ni siquiera se calzó las zapatillas. Hacía calor y el frío del suelo representaba un alivio. Recogió el móvil de la mesilla, salió de la habitación y caminó hasta la sala. Se acercó a la ventana. El silencio de la noche le hizo ver que todo estaba en calma.

Todo menos su ánimo.

—Vamos, Julia, por favor... —musitó.

Otra vez el móvil.

Pulsó la tecla de llamada por enésima vez.

Y por enésima vez, recibió la misma respuesta:

—El número al que llama está apagado o fuera de servicio. Deje su mensaje al oír la señal...

Ya no lo hizo. ¿Para qué? Había dejado media docena de mensajes en las anteriores llamadas, tan infructuosas como esa.

Apagó el móvil y lo sostuvo en la mano.

Cuando ella era joven, no existían los móviles, y si su padre le decía que tenía que estar a una hora en casa, estaba a esa hora en casa. Un minuto de más y se le caía el pelo.

Julia se pasaba ya más de dos horas.

Un mundo.

La invadió una oleada de calor que casi la mareó. En ella se mezclaban la rabia con la frustración, la ira con la desesperación. Primero se había dicho

que, cuando llegase a casa, la mataría. Después, que la castigaría. Ahora lo único que le pedía a Dios era verla aparecer por la calle, o entrando por la puerta. Lo demás ya no importaba.

¿Estaría bien?

¿No llamaba porque estaba en un hospital, herida o... quizá borracha o drogada porque alguien le había puesto algo en el vaso?

Julia era prudente.

La habría llamado si...

Pura ya no pudo más. Regresó a la habitación y se acercó a su marido.

—Emilio.

Lo agitó, primero levemente, después ya sin miramientos al ver que él seguía aferrado a su sueño.

—¡Emilio!

El hombre entreabrió los ojos. La claridad era mínima. La leve luz que penetraba por la ventana era la de la luna. Bañaba a su mujer de lado, así que su aspecto era fantasmal, en blanco y negro. Pese a captar la angustia que la arrebolaba, él tardó en reaccionar todavía un par de segundos más.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Que no ha llegado, eso es lo que pasa.

—Bueno, ya, pero...

—¡Emilio, que tenía que haberlo hecho hace más de dos horas!

La realidad le penetró de golpe.

Miró el reloj digital, al otro lado de la cama.

Eso le hizo acabar de abrir los ojos y conectar con la realidad.

—¡Voy a llamar a la policía! —exclamó Pura conteniendo el primer atisbo de lágrimas.

—Espera, espera, no vayas a liarla —dijo su marido enderezándose—. ¿La has telefoneado?

—¿Tú qué crees? Media docena de veces. Y tiene el móvil apagado.

—¿Apagado?

—¡Sí, apagado! ¡Deja de repetirlo todo como un loro!

—¡Pero si le decimos que lo tenga abierto siempre!

—¡Pues lo tiene apagado, o desconectado... o vete tú a saber! ¡Yo ya no puedo más! —Se vino abajo—. ¡Le ha sucedido algo, lo sé, estoy segura! ¡Julia no es de las que se lo toma todo a la torera! ¡Son más de dos horas, por Dios!

Su marido la abrazó.

Apenas unos segundos. Diez a lo sumo.

Luego ella se deshizo de él y se dispuso a buscar el número de la Guardia Civil de la caserna del pueblo.

2

Hacía tiempo que no dormía ocho horas.

Demasiado tiempo.

Y empezaba a notarlo.

Pero si encima lo despertaban cuando apenas si estaba saliendo el sol...

—Sargento, debería venir de inmediato.

Ni siquiera preguntó por qué.

Si lo llamaban, era por algo.

Se duchó en un minuto, más para quitarse de encima el calor que el sueño, y se puso el uniforme a la carrera. No tenía hambre. La cena todavía le bailaba en el estómago. Pero sí se tomó un café, fuerte, amargo. Al otro lado de la ventana vio el cielo azulado aunque todavía con tintes rojizos del amanecer. Iba a ser otro día de calor, sin una nube. Un día tórrido, ideal para no salir ni un minuto a la calle, pegado al ventilador o al aparato de aire acondicionado. Cualquier gesto provocaba sudor.

«Sargento, debería venir de inmediato».

¿Otros niñatos estrellados con el coche, seguros de que a ellos no les iba a pasar nada aunque se la jugaran haciendo el gilipollas?

Solía ser lo más frecuente.

Otra cosa...

Roberto Peláez empezó a inquietarse.

Así que aceleró el paso.

Cuando llegó a la caserna, Narciso Olmedo ya lo estaba esperando con cara de circunstancias.

—¿De qué se trata? —preguntó temiéndose lo peor.

—Una chica no ha vuelto a casa.

No supo si tranquilizarse o no.

Las llamadas de padres porque sus hijos se retrasaban cinco minutos eran frecuentes, alarmados por todo lo que salía siempre en televisión: violaciones, asesinatos...

—¿Otra?

—Sí.

—¿Edad?

—Diecisiete. Julia Castro Giralt.

—Mierda —jadeó.

El agente se puso en plan machista.

—Habrá echado un polvo y luego se habrá quedado dormida —dijo.

Su superior le taladró con la mirada.

—Usted vaya haciendo ese tipo de comentarios y ya verá —rezongó.

—¿Y qué quiere? —insistió sin arredrase—. Si es lo más normal, aunque luego, ya sabe —cambió la voz para agregar—: Mi hija no fuma, no bebe, es virgen, muy buena chica y jamás se iría de casa sin más.

—¿Cree que se ha ido de casa?

—No sé. Era una suposición.

Roberto Peláez se sintió más y más incómodo.

Irritado.

Los últimos casos, a cual más escabroso, habían puesto el país patas arriba.

—¿Es que no vamos a poder tener una fiesta en paz? —gruñó—. ¿Dónde vive la desaparecida?

—En El Pedregal, a las afueras.

—¿Veraneantes?

—Segunda residencia.

—¿Diecisiete, seguro?

—Y medio. Es menor.

Se resignó.

Lo inevitable era inevitable. Julia Castro Giralt no había vuelto a casa. Eso podía significar cualquier cosa.

Incluso lo que decía Narciso Olmedo.

—Este es un pueblo pequeño. —Chasqueó la lengua intentando superar el desaliento para meterse en la piel del uniforme—. Espero que no se líe. —Inició el camino hacia la puerta mientras le decía a su subordinado—: Andando.

3

Almudena oía a su madre llorar y a su padre gritar.

Y no podía taparse los oídos.

Acababa de cumplir los catorce. Ya no era una niña. Más aún: hacía tiempo que había dejado de ser una niña. A los doce se sentía mujer, a los trece capaz de todo, y ahora...

Quería comerse el mundo.

Estaba decidida, dispuesta, a punto.

Pero si realmente le había sucedido algo a Julia...

—Por favor, no. —Apretó los puños.

En su mesilla tenía una foto de ella con su hermana mayor. Se la habían tomado el verano pasado. Sonreían, las dos, con desparpajo, burlándose de quien tomaba la instantánea. Julia tenía los brazos levantados y ella sacaba la lengua. Le gustaba porque no era una imagen convencional, sino una muestra de libertad. Había sido un buen verano y lo celebraban. No faltó de nada. Para sí misma, el mejor de su vida: su primer beso de verdad, sus primeras caricias a hurtadillas, su primer amor de verano... Y con Julia de cómplice. Se apoyaban. No había peleas ni celos. Hacía tiempo que habían comprendido que lo mejor era trabajar juntas, colaborar y apoyarse la una a la otra frente a los constantes miedos de su madre o la a veces parcial intransigencia de su padre. Los padres acababan yéndose, muriendo. Ellas seguirían. Serían hermanas para siempre. Tocaba aceptar lo bueno y lo malo de ambas y respetarse.

Almudena miró por la ventana.

Desde allí apenas se vislumbraba un trozo de la calle. Su habitación daba casi a la parte de atrás. Lo que más deseó, con todas sus fuerzas, fue ver aparecer a Julia, por más que se le cayera el pelo al cruzar la puerta.

Como le sucediera algo a ella, la mayor...

Se sentía prisionera.

Pero si salía de su habitación se encontraría con el caos.

Tenía miedo.

No soportaba los gritos, ni las lágrimas, ni el desequilibrio que se cernía sobre ellos.

La voz de su madre taladró las paredes de la casa:

—¡Está muerta! ¡Seguro! ¡Muerta en una cuneta, lo sé!

Y la de su padre, cada vez más angustiada:

—¿Quieres callarte? ¡Puede haber sucedido cualquier cosa! ¿Por qué has de ser tan agorera?

La discusión aumentó.

—¡Porque ella nunca nos disgustaría!

—¡Tiene diecisiete años! ¿Quién no comete errores a esa edad?

—¿Errores? ¿Qué error puede haber cometido?

—¡No lo sé, quedarse dormida en casa de alguien, por ejemplo!

—¿Con el móvil apagado?

—¿Y si se ha quedado sin batería?

—¡Le digo que lo cargue siempre antes de salir!

—¡Puede haberse olvidado!

—¡Emilio, por Dios!

—¡Pura, cálmate!

Almudena se tapó los oídos con la almohada.

Estaba aterrada.

Tanto que, de pronto, se dio cuenta de que era más por sí misma que por Julia.

Si le sucedía algo a su hermana, a ella ya no la dejarían salir nunca más de casa, por miedo.

Los gritos de su madre se convirtieron en una lacerante histeria, incontrolable y amarga.

4

Israel no podía dormir.

Quería seguir en la cama, recuperarse, levantarse lo más tarde que pudiera, pero además de los nervios, en una casa de locos era imposible.

El primer portazo lo sobresaltó.

El segundo lo hizo brincar de la cama dispuesto a asesinar a alguien.

Lo hacían a posta.

Sí, seguro. Como si tuviera que pagar un precio por salir de noche, pasarlo bien y llegar tarde a casa.

Pasarlo bien.

Cerró los ojos y las escenas desfilaron por su mente.

En cámara lenta.

Julia, él, su intento, la reacción de ella...

El mal humor fue en aumento.

¿Oportunidad perdida?

¿Para siempre?

—Mierda...

Se dio la vuelta, quedó boca abajo y sepultó la cara en la almohada.

No iba a poder conciliar el sueño. No con el día ya empezado y la familia de aquí para allá hablando en voz alta y dando portazos de manera inmisericorde.

Extraña forma de jorobar.

¿Se vengaban así los mayores?

Desde luego no eran nada sutiles.

Encima tenía ganas de orinar.

Intentó detenerlo, pensar en otra cosa, pero era demasiado tarde. El desmesurado aumento del pene en las mañanas obedecía siempre a razones fisiológicas. Imposible detener aquello, y más habiendo bebido cervezas.

Se resignó.

Saltó de la cama y abrió la puerta de la habitación. Iba en calzoncillos, con el ostensible bulto por bandera. Primero oteó el pasillo. Nadie a la vista. Eso al menos lo tranquilizó. Tres pasos y se plantó en el cuarto de baño, afortunadamente libre. Una vez dentro se alivió y apaciguó el tamaño de su órgano sexual poco a poco. Cuando pulsó el dispensador de agua se olvidó del apuro y se miró en el espejo del lavamanos.

Ojeras, pelo revuelto, la imagen típica después de una noche de juerga. La boca pastosa era otra cosa.

¿Alguien podía pensar que era guapo?

No cambió la expresión.

Se lavó la cara con las manos, se la secó y salió de nuevo al pasillo.

Esta vez pagó caro no tomar precauciones.

Se encontró cara a cara con su padre.

—Hola, buenos días —no supo qué más decir.

El hombre le bloqueaba el paso con su prominente abdomen.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Israel supo a qué se refería.

—Sí, papá. Lo tienes en el garaje sin un rasguño, tranquilo.

—¿No bebiste?

—No —mintió.

—Vale, vale. —Su progenitor pareció tranquilizarse—. Iba a echarle un vistazo ahora, pero si dices que está bien...

El coche era su juguete preferido. Lo mimaba, cuidaba, limpiaba. Que se lo hubiera dejado representaba mucho, casi un hito.

—Pero ¿para qué lo quieres? —le había preguntado—. Esto es un pueblo, no hay distancias.

—¿Me lo dejas o no?

—¿Es para impresionar a una chica?

Israel se había puesto rojo.

Cazado.

—De acuerdo, no pregunto. —Se rindió su padre—. ¡Pero a ver qué haces!, ¿eh?

No había hecho nada, y no por falta de ganas.

Julia...

El diálogo en el pasillo tocaba a su fin. El hombre se apartó para dejarlo pasar. Israel llegó de nuevo a la puerta de su habitación. Peor habría sido encontrarse a su madre. La cruzó y se sintió a salvo.

La revuelta cama lo llamaba.

Pero no iba a dormir más, eso seguro.

Creía tenerlo hecho. Creía que era la noche. Creía que Julia se derretiría. Creía que...

—Mierda... —suspiró lleno de una impotencia como jamás había experimentado.

5

Esther tampoco dormía.

No podía dejar de pensar en ellos.

Se los imaginaba.

Los veía, con los ojos cerrados o abiertos.

Julia e Israel.

¿Qué habrían hecho?

¿Habrían llegado hasta el final?

Sí, podía apostarlo. La mosquita muerta. Todas eran iguales. Parecían no haber roto nunca un plato pero a la que se quitaban la careta... ¿Y, si no, para qué había traído el coche él?

¿Dónde...?

La rabia iba y venía, subía y bajaba, una montaña rusa de sensaciones a cual más perversa y demoledora. Horas antes había llegado a casa y había roto a llorar, arrebujada en la cama, aplastada contra el ángulo de la pared, como si buscara una protección invisible, sola, perdida, huérfana de toda emoción que no fuera la ira y aquel aplastante sentimiento de impotencia.

Sí, claro que se lo habían montado.

Fijo.

Y tendría que verles la cara luego, a los dos, fingiendo inocencia, aunque todo todo todo los delataría, seguro.

Lo peor, lo más dañino, era que se sentía culpable.

Si Israel y Julia habían acabado juntos, era por su culpa.

No supo calcularlo bien.

Pensó...

¿Cómo pudo ser tan ingenua, tan inocente, jugando con sus pobres cartas, cuando sabía que Julia ganaba siempre, aunque no lo pretendiera o no se diera cuenta, aureolada por su ángel, su atractivo, ese algo que hacía que todos los chicos se fijaran en ella? ¿Por qué había desencadenado la maldita pelea? ¿Cómo pudo hacer caso omiso a las señales? Israel era el más guapo del grupo, y Julia el perfecto imán, con su cabello rizado, sus ojos de mosquita muerta a lo Kristen Stewart, su boca a lo Cara Delevingne, su cuerpo estilizado, su pecho medido y perfecto, sus manos de princesa...

Y su sonrisa.

Julia siempre sonreía.

El puro encanto.

Una mosquita muerta con aguijón de abeja y alas de mariposa.

Por lo menos ahora se habían quitado las caretas.

No haría falta fingir.

Y, en unos días, al acabar el verano, cada cual a su casa.

Adiós.

Quizá el próximo verano...

—No, el próximo verano seguirán, y babearán a gusto por todas partes...

Esther apretó los puños.

No quería llorar más.

Tener paciencia no era lo suyo. Nadie tenía paciencia a los diecisiete. Pero quizá, con un poco de suerte, Julia acabase por romperle el corazón, por seguir su camino, por dar rienda suelta a sus sueños de viajar y estudiar fuera de España. Entonces bastaría con estar cerca para recoger los pedazos de Israel. ¿Por qué no?

—¿Piensas que la olvidaría? —se preguntó a sí misma.

Sería un plato de segunda mesa.

¿Acaso no tenía orgullo?

No, con Israel no.

Eso era lo más triste.

Hubiera dado todo, absolutamente todo.

Demasiado tarde.

¿Y ahora qué? ¿Decía que estaba enferma y no salía de casa? ¿Un día, dos, los que quedaban? ¿No sería eso como proclamar a los cuatro vientos su derrota? Tendría que echarle cara, actuar como si no pasara nada, resistir las preguntas malintencionadas, robotizarse ante las miradas insidiosas y, sobre todo, no rebajarse ante ellos.

No iba a ser fácil.

Nunca había odiado tanto a nadie.

—Julia, ¿por qué no te mueres, guapa? —gimió desolada.

Se abrazó a la almohada y cerró los ojos.

Siguió viendo a Israel y a Julia, juntos, subiéndose al coche de él a las tantas...

¿Cómo detener a aquellos fantasmas de su propia mente?

6

Juanca tenía mal sabor de boca.

Y por dos motivos. El primero, real, haber vomitado. El segundo, emocional, por haber fracasado con Julia.

Un fracaso en toda regla.

Era la noche perfecta para intentarlo.

La noche ideal.

Pero no había sido posible.

Julia, Julia, Julia.

Julia... e Israel.

Final del camino.

Quizá todo hubiera estado escrito desde mucho antes. Quizá nunca tuvo una oportunidad real. Quizá fue un sueño, una quimera. Quizá se hizo las ilusiones propias de un crío.

Porque se sentía un crío.

De vuelta a la primera adolescencia, cuando se enamoró de Ágata.

No: cuando perdió la cabeza por Ágata.

No lo había superado, y este batacazo era más fuerte, porque los sentimientos aumentaban con los años, se hacían más fuertes, más poderosos, más intensos.

En el silencio de la mañana escuchó un prolongado gemido.

—¡Oh, no...! —gimió—. ¡Otra vez no! ¿Es que no descansan?

Sus padres no estaban, los habían dejado solos, y su hermana mayor había metido al novio en casa. Nada que objetar, que ya tenía veintidós años, pero el imbécil con el que se lo montaba... ¿Cómo era posible? Sonia tenía buen gusto. Lo había tenido con los dos anteriores. Pero este... Ricky era imbécil. Lo era hasta con el nombre. ¿No se llamaba Ricardo? ¿A qué venía lo de americanizarlo? Ridícula moda hispana de convertirlo todo en una sucursal yanqui.

El gemido aumentó de tono.

¿Iba y les decía que los demás mortales tenían derecho al silencio y un poco de respeto? ¿No sería eso como predicar en el desierto? Más aún, ¿no sería como demostrar que sentía celos o algo así? Su hermana ligaba como una loca, los tenía a todos comiendo de la palma de su mano, era una fiera, sensual y, además, absolutamente libre y dispuesta a todo. Digna de

admiración. Todo lo contrario que él, demasiado inseguro, demasiado tímido, demasiado lento en sus decisiones.

¿Por qué tanto miedo?

¿Qué habría visto su hermana en Ricky?

¿Por qué Julia se había ido con Israel?

A lo mejor Ricky era un superdotado, capaz de satisfacer a Sonia.

¿Israel era lo bastante bueno para Julia?

Juanca se pasó una mano por los labios. Todavía sentía el sabor amargo de la vomitera, aunque de eso hacía horas. Por lo menos nadie lo había visto, se lo pasó él solo. Odiaba dar lástima, que los demás sintieran pena por él. Odiaba incluso que dijeran que su padre era «una buena persona». ¿Lo estaban llamando idiota, pobre de espíritu? El mundo era de las Julias que tomaban decisiones y de los Israeles que no perdían el tiempo e incluso se traían el coche de papá para poner la guinda a las cosas.

El grito ahora fue de Sonia.

Cómo aborrecía a Ricky.

¿Y si salía y le pinchaba las ruedas de la moto?

Eso estaría bien.

Para Ricky la moto era una prolongación de sí mismo. Quizá un elemento fálico. Puro simbolismo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en voz alta.

¿Qué le quedaba, aceptarlo y fingir que no pasaba nada, hacerse el tonto disimulando, ver a los demás y tomárselo a broma? Esther era de las que no podía hacer como que no sucedía nada, y en cuanto a Vega y Nano...

¿Qué había sido de Vega y Nano?

¿Habían desaparecido, se habían esfumado...?

Movió la mano y atrapó el móvil. Nada. Ninguna llamada perdida. Ningún *wasap*. Estarían todos durmiendo. Todos menos él. Las mañanas después de las noches de fiesta eran para dormir, ¿no?

Más gritos.

¿Abría la puerta del cuarto de su hermana a lo bestia y les soltaba cuatro paridas?

No, ella no se lo perdonaría nunca.

Y menos si los pillaba en cualquier pose rara.

Se tapó la cabeza con la almohada y continuó en la cama.

El día no había hecho más que empezar.

7

Nano estaba seguro de una cosa: por primera vez, excepcionalmente, lo que más deseaba era que terminase el verano.

Volver a casa.

Alejarse de los focos y las miradas de los demás.

Apartarse de comentarios, la sorpresa...

Vega y él.

Alucinante.

Inesperado.

De locos.

Vega y él.

Se tocó los labios. Todavía le ardían. Se pasó la lengua por ellos. Todavía podía percibir el sabor de la saliva de Vega. Agradeció que ninguno de los dos fumara, porque así, en lugar de mezclar únicamente sus alientos a tabaco, como otros, habían bebido de sus más íntimas esencias. Lo había leído en alguna parte: «La saliva de la persona amada es afrodisíaca, puro néctar». Ahora comprendía que eso era cierto. Una verdad como un templo. Vega sabía a miel, a fragancias desconocidas, a ternura y amor.

Olió sus manos. Seguían impregnadas de ella.

Todo él rezumaba los abrazos y besos de Vega.

No pensaba ducharse en una semana.

A pesar del calor.

Miró al techo con los brazos por detrás de la cabeza. Estaba tumbado en la cama, insomne, desnudo. Tanto daba que cerrara los ojos o los mantuviera abiertos. Vega estaba allí. Intentó recordar cada momento. Descubrió que los tenía grabados a fuego en la mente. De pronto se habían mirado, se habían agarrado de la mano. Y un minuto después se estaban besando, ocultos en un rincón.

El largo beso del despertar y la sorpresa.

Después, la mirada...

—Esto... está pasando, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te parece extraño?

—No.

—Pero esta noche, de pronto.

—Calla, va.

Otro largo beso.

Con el tercero se habían comido el uno al otro.

¿Habían larvado aquello a lo largo del verano?

¿Era su reacción ante la pugna de los otros? Israel y Juanca enamorados de Julia. Esther, de Israel...

¿Así de fácil?

Vega y él, desde el primer día de verano, lo único que habían querido era pasarlo bien, no meterse en problemas, nada de líos, y menos amorosos. La piscina, las fiestas, los paseos... Reírse y poco más. Tontear, sí, como cualquiera. Un roce aquí, un juego allá. Pero poco más. Sin embargo, él se había descubierto a menudo mirándola, y también a menudo había pillado una mirada de Vega dirigida a él. No le dio importancia. Todo el mundo miraba a Julia. Vega parecía estar al final del camino, incluso por detrás de Esther. Ahora, por el contrario, le parecía una diosa, guapa, sensual.

Piel suave, labios carnosos, mirada incendiaria, cuerpo ávido...

Se habían separado flotando, sin apenas hablar.

Tocaba hacerlo.

¿O no?

¿Hacía falta explicar los sentimientos?

Cuando la viese, sabría la verdad. Cuando volviesen a estar juntos, o se besaban de nuevo o les daba corte. Quizá sí fuera necesario hablar. Se imaginó incluso la escena, el diálogo.

—¿Esto va en serio?

—Sí, ¿no?

—¿Quiero decir que si fue real o un arrebato nocturno...?

—¿Crees que fue un arrebato nocturno?

—No.

—Yo tampoco.

—Estaba ahí. Simplemente abrimos los ojos.

—Despertamos.

—Sí.

—De pronto eras todo lo que quería, todo lo que necesitaba.

—Me pasó lo mismo.

—Y fue muy bonito.

—Dulce.

—Tierno.

—Sí.

—Yo nunca...

—Va, calla.

Y volverían a besarse, y a abrazarse, y a...

Vega.

De pronto recordó algo y se levantó de la cama. Recogió los pantalones del suelo. La mancha en la entrepierna se había secado, pero era evidente.

Demasiado evidente. Quizá su madre no se diera cuenta, pero lo mejor era que los lavase él mismo, para limpiar aquella delatadora prueba.

No había podido evitarlo.

Por lo menos, Vega no se había reído.

Le pareció hermoso.

Él muerto de vergüenza y a ella le había parecido hermoso.

Una manifestación corporal, pura y simple. Una reacción fisiológica. Inevitable por falta de experiencia y...

—¡Qué vergüenza!

—¡No seas tonto! Si esto lo he provocado yo, es maravilloso. Me hace sentir bien.

La increíble y nueva Vega, abierta y libre para él.

Luego sí, lo habían hecho de verdad.

De verdad.

Hasta el final.

La primera vez para los dos.

La imaginó dormida, en su cama.

Soñando.

Y él siguió haciéndolo, despierto, disfrutando de su inesperado final de verano.

8

Vega no dormía.

Tenía los ojos muy abiertos, y la mente disparada, con el vértigo sobrevolando las marismas de sus pensamientos.

¿Se lo había montado con Nano?

Sí.

¿Le gustaba Nano?

Sí.

¿En serio?

Más que eso.

¿Significaba aquello que tenía un rollo, como quisiera llamarlo, con Nano?

Probablemente.

¿Probablemente?

Bueno, sí, claro. Nada de «probablemente». Había sucedido. Y lo de «montárselo» no quedaba nada bien. Tampoco lo de «tener un rollo». Lo habían hecho y punto. En serio. Su primera vez. Y no era hora de pensar en quién había dado el primer paso. Habían sido los dos. En un momento se estaban mirando y al siguiente...

¡Zas!

La noche, el calor, quizá el efecto de las cervezas...

¿Qué más daba?

¡Nano incluso había tenido un orgasmo prematuro!

Alucinante.

Tan tierno...

Podía recordar su carita, sus ojos, el pasmo...

Claro que ella no se había visto su propia cara.

No debía de ser mejor.

Porque cuando le daba..., le daba.

Su lado romántico.

La segunda vez había sido muy bonita, un poco dolorosa, pero bonita, inolvidable.

Ahora sin embargo era de día, estaba en la cama, pensaba, reflexionaba, la noche quedaba atrás. El recuerdo de lo hecho era un magma candente albergado en el centro de su alma. En un rato volvería a ver a Nano y entonces...

Sí, entonces, ¿qué?

¿Lo hablarían?

¿Era necesario?

¿Se besarían delante de todos los demás y punto?

¡Como que no notarían que algo pasaba!

Encima, había dejado sola a Julia. Y bien que ella le había pedido que no lo hiciera, que tenía a Israel y a Juanca pegados a su sombra y con la cabeza hecha un lío...

Julia la mataría.

Según lo que hubiese pasado, Julia la mataría.

Aunque por lo menos se alegraría de lo suyo con Nano.

¿En qué habría acabado todo?

A Julia le gustaba Israel, y mucho, pero no estaba decidida. No quería liarse. Y mientras, a Juanca ya empezaba a notársele mucho. Miradas, silencios..., lo típico de un estallido emocional.

El grupo estaba a punto de romperse.

Para siempre.

Nano y ella por un lado, Esther de uñas, y Julia entre Israel y Juanca.

—¡Decídete! —le había dicho a Julia.

—¿Y por qué he de decidirme?

—Porque no puedes seguir así.

—Pues no veo por qué no. Para lo que queda de verano...

—¡Pero si a ti te gusta Israel, tía!

—¡Ya lo sé, y lo que no me gusta es que me guste!

—No pasa nada por tener una historia con alguien.

—Israel no es de los de «tener historias», ni rolletes. Que lo conozco. Si pasa, seremos novios.

Vega se había estremecido por la palabra.

«Novios».

Sonaba rancia.

Y, de pronto, ella se sentía «novia» de Nano.

¡Para morirse!

¿Podía el amor irrumpir así, tan a lo bestia, en la vida de una persona?

¿O de dos, al alimón?

No, eso se cocinaba, se tejía. Todo el verano había estado lleno de signos que ahora parecían claros.

La noche había sido extraña desde el comienzo, como si todas las tensiones del verano estuviesen a punto de estallar. Los seis juntos como si nada...

Julia la mataría.

—¡No me dejes sola!

La había dejado sola.

Y sin siquiera decirle adiós.

Quizá sin la pelea nada hubiera sucedido.

Pero Esther ya era un volcán en erupción, imposible de detener.

Vega se desperezó.

Tenía que levantarse, ducharse y buscar a Nano. Despertarlo si era necesario. Tenía que mirarlo a la cara, verle los ojos. Con eso bastaría para saber...

Tampoco había prisa.

Era temprano.

Todos debían de estar durmiendo todavía.

9

El sargento Peláez y el agente Olmedo no tuvieron que llamar a la puerta. A cinco pasos de ella, se abrió de golpe y una agitada figura humana con forma de mujer casi se les echó encima, saltando desde el quicio. Lo agarró por los hombros y lo bombardeó con una batería de atropelladas preguntas:

—¿La han encontrado? ¿Saben algo? ¿La están buscando? ¿Han mirado en los hospitales? ¿Han cortado las carreteras? ¿Pueden llamar a un helicóptero? ¡Por favor...!

Tuvo que contenerla, apartarla un poco y, aunque a duras penas, logró conducirla de regreso a la casa, una pequeña vivienda unifamiliar como tantas, con un jardín no muy lucido por la falta de agua característica de muchas urbanizaciones.

—Cálmese, se lo ruego.

—¡No saben nada!

—Es pronto. Hablemos dentro...

Apareció un hombre y le ayudó. Dedujo que era el marido, rostro grave, mirada aturdida. Entre los dos la llevaron adentro. Narciso Olmedo cerró la puerta. Una vez en la sala, la mujer se vino abajo, rompió a llorar y cayó sobre una butaca. La otra la ocupaba una silenciosa y no menos aturdida chica de unos trece o catorce años, insultantemente guapa, como la mayoría de las adolescentes que se asomaban al mundo cargadas de desparpajo.

Roberto Peláez se estiró su uniforme y se quitó el tricornio.

Lo mantuvo bajo el brazo, sin dejarlo sobre la mesa.

—¡Me la han matado! ¡Me la han matado! —Comenzó a llorar la dueña de la casa.

—¿Quieres calmarte, Pura? —Apretó las mandíbulas el hombre.

—Señora —Roberto Peláez se acercó a ella—, no sabemos qué ha sucedido, y pueden haber sido muchas cosas. Le aseguro que...

—¡Está muerta!

El grito los sorprendió a todos por igual, por lo desaforado.

La adolescente se llevó las manos a la cara y se ocultó tras ellas.

—He avisado al médico, pero aún no ha llegado —quiso justificarse el padre de Julia.

—Escuchen —el sargento de la Guardia Civil intentó tirar de galones a pesar de su juventud—: es importante mantener la calma, porque en nada

vamos a ayudar a Julia si la perdemos. Si quieren que regrese, y cuanto antes mejor, hemos de colaborar todos, ¿me entienden?

El padre y la adolescente dijeron que sí con la cabeza.

—¿Señora? —se dirigió a ella.

—¿Y qué quiere que le digamos? —balbuceó con voz entrecortada.

—Necesito hacerles algunas preguntas.

—Hágalas —le invitó el hombre.

—Mi nombre es Roberto Peláez, sargento Peláez. Este es el agente Narciso Olmedo. ¿Ustedes...?

—Almudena. —Señaló a su hija pequeña—. Mi mujer Pura y yo soy Emilio.

—Bien. —El oficial agradeció la momentánea pausa, con la esposa derrotada en la butaca—. Entiendan que algunas de las preguntas pueden parecerles insidiosas, pero es mi deber formularlas. No se ofendan por ellas.

—Lo entendemos —dijo Emilio sin que ninguna de ellas lo corroborara.

—¿Llevaba móvil su hija? —hizo la primera, hablando con suavidad.

—Sí, y le pedimos que lo lleve abierto siempre, pero por más que la hemos llamado no contesta. Ha de tenerlo apagado a la fuerza.

—¿Alguna vez había hecho algo parecido?

—No, siempre es puntual. Julia es muy buena chica, muy seria y prudente, juiciosa...

Roberto Peláez sintió la mirada de Olmedo fija en él.

Casi podía escuchar sus pensamientos.

—¿Se habían peleado, discutido...?

—¿Cómo puede preguntar eso? —exclamó Pura saliendo de su letargo.

—Señora...

—No —estuvo al quite Emilio—. En esta casa no hay peleas, nunca. Y menos con nuestras hijas. Lo hablamos todo, ¿verdad, Almudena?

La chica movió la cabeza levemente.

—¿Julia tiene novio?

—¡No! —volvió a gritar la madre.

—No que sepamos —precisó su marido.

Roberto Peláez miró a la chica.

—¿Almudena? —preguntó al ver que ella no reaccionaba.

—No —corroboró la hermana pequeña.

Pura y Emilio miraron desconcertados a su hija, como si de pronto descubrieran que estaba allí y que podía saber algo que ellos ignoraban.

—¿Adónde fue anoche? —siguió el sargento.

—No lo sé —continuó respondiendo el hombre—. A bailar o tomar algo. En ese sentido no es de las que da explicaciones. Salió con sus amigos, como siempre.

—¿Son muchos?

—Media docena, chicos y chicas.

—¿Saben sus nombres?

—De la mayoría sí, claro. Forman una pandilla desde hace un par de años.

—Ahora me los darán, y sus direcciones si las conocen.

—Direcciones ninguna. Ya sabe cómo son los jóvenes de hoy con lo de preservar su intimidad.

Roberto Peláez puso cara de todo lo contrario, de no saber cómo eran «los jóvenes de hoy».

—¿No se relacionan ustedes con los otros padres?

—No, ni el grupo suele venir a casa como hacíamos nosotros a su edad. Pasan de esas cosas. Prefieren estar fuera y evitar comentarios nuestros. A veces ha venido con alguna de las amigas, eso sí. Sobre todo una que se llama Esther.

—Necesito una fotografía de Julia.

—Bien.

—Y ver su habitación.

Los ojos de Almudena brillaron. Julia no dejaba entrar a nadie en su sacrosanto templo. Y ahora un perfecto desconocido iba a revolver en sus cosas. Un desconocido que apenas sobrepasaría los treinta años y que incluso resultaba atractivo, como los héroes de las películas, solo que con uniforme de guardia civil, algo más cutre.

—Por aquí, venga —tomó la iniciativa Emilio.

El pasillo era breve. La puerta de la habitación de Julia quedaba a la izquierda. Se la abrió el hombre y lo dejó entrar. Roberto Peláez cruzó el umbral y se quedó plantado en el centro. No estaba muy desarreglada, pero tampoco ordenada. Se notaba que su dueña se había estado probando varias combinaciones de ropa antes de tomar una decisión y salir a escape. Sobre una mesa, un portátil cerrado y algunos libros, dos pequeños altavoces y poco más. Abrió los cajones. Un par de libretas, una caja con recuerdos y una colección de posavasos. En una de las libretas, poemas. En la otra, juegos de palabras. Quedaba claro que era una segunda residencia, porque faltaban las cosas más habituales de una vivienda habitual. En el armario, al margen de la ropa, ninguna pista. Ropa interior en los cajones y nada oculto en ningún rincón. Abajo, media docena de zapatos y zapatillas deportivas.

—¿Cómo iba vestida?

—Una blusa de color rojo, sin mangas, liviana, no ceñida, y unos vaqueros ajustados. No recuerdo si llevaba zapatillas deportivas, sandalias...

—¡Zapatos! —Oyeron la voz de Almudena desde la sala.

—¿Planos o de tacón? —gritó el oficial.

—¡Un poco de tacón!

Roberto Peláez se dio la vuelta. En la pared de su espalda vio un panel de corcho con dibujos, pegatinas y algunas fotografías. Tomó dos quitándoles las chinchetas. En una se veía a un grupo de chicos y chicas posando para la cámara. En la otra, una chica sonriente y guapa, de cabello ensortijado, ojos limpios y labios bellamente dibujados sobre un rostro armónico.

—¿Es Julia? —quiso saber.

—Sí. —Su padre tragó saliva.

—¿Ha cambiado mucho?

—No, es de comienzos de este verano. —Señaló la otra foto—. Estos son sus amigos: Esther, Vega, Israel, Nano y Juanca.

—¿Puedo quedármelas?

—Sí, por supuesto.

—Se las devolveré, tranquilo.

—Ya, bueno... —no supo qué más decir—. Sargento...

—Diga.

Emilio bajó la voz, para que no lo oyera su mujer.

—Según su experiencia...

—No tengo experiencia en estos casos, señor. —Fue sincero—. No estamos precisamente en una capital. Pero puedo asegurarle que en la mayoría de las ocasiones, la chica regresa a casa por su pie y con alguna de las excusas más inverosímiles que pueda imaginar. Confiemos en ello por el bien de todos.

—Desde luego no se ha escapado, se lo aseguro.

—Le creo.

—Este es un pueblo pequeño, no sé con cuánta gente cuenta usted. —La voz volvía a estar quebrada—. Igual necesita refuerzos.

—Haremos lo que esté en nuestra mano, por eso no se preocupe. Pero estas primeras horas serán duras, ¿me comprende?

—Sí, sí, señor.

—Déjeme aquí unos segundos. Usted vaya a darle los nombres de los amigos y los datos que pueda recordar al agente Olmedo, para que los apunte. Y mándeme a su hija pequeña, por favor.

Esto último se le antojó extraño.

—¿Para qué?

—Para hablar con ella a solas —fue la tajante respuesta de Roberto Peláez.

10

Almudena se detuvo en la puerta de la habitación, como si no se atreviera a entrar. Probablemente era así. Privacidades en la adolescencia. Tuvo que ser el guardia civil el que la invitara a hacerlo.

—Pasa, vamos.

La chica cruzó el umbral.

—¿Quiere hablar conmigo?

—Sí. Cierra la puerta.

Le obedeció. Por la cara se adivinaba que no las tenía todas consigo. Se quedó plantada en mitad del cuarto sin saber qué hacer, intimidada. Roberto Peláez pensó que, si Julia era guapa por su aureola etérea de frágil inocencia, al menos a tenor de la foto que tenía entre las manos, Almudena iba a ser guapa por el otro extremo del arco, el de intensidad y el desparpajo. Dos hermanas, dos contrapuntos.

No había dónde sentarse, salvo en la cama o en la única silla, así que siguieron de pie.

—He pensado que era mejor estar a solas —dijo el sargento.

—¿Por qué?

—Porque quizá haya cosas que no quieras decir delante de tus padres y sean esenciales en la investigación.

—Pues... no sé. —Se encogió de hombros antes de agregar—: ¿Y ya puede hacer esto siendo yo menor de edad?

—¿Qué quieres decir?

—Que se supone que debería interrogarme con mis padres delante.

Roberto Peláez contuvo las ganas de sonreír.

—Me parece que has visto demasiadas películas —inquirió—. Eso sería si fueras sospechosa de algo o hubieras cometido un delito. Aquí de lo que se trata es de saber qué le ha sucedido a tu hermana. Querrás que aparezca, ¿no?

—Claro.

—Entonces hablemos.

—Es que no sé qué decirle.

—¿Tenía novio? —repitió la pregunta formulada antes en la sala.

—No.

—¿Segura?

—Hasta donde yo sé, sí, segura.

—¿La rondaba alguien, salía con alguien aunque fuera en plan informal?

—Mire, inspector...

—Sargento.

—Vale, pues mire, sargento, mi hermana es de las que atrae a los chicos como moscas. Aunque no haga nada. Los atrae. Siempre ha sido así. Enamora a la gente. Ya con nueve o diez años tenía presuntos novietes, y desde los doce o trece... —Soltó un bufido—. Ella pasa, siempre ha pasado. Tiene las ideas claras, no quiere enrollarse, su sueño es viajar y para eso necesita ser libre. ¿Rondarla alguien? Imagino que sí, seguramente muchos. Pero ella va a lo suyo. A lo mejor se deja querer, es inevitable. Venimos aquí de vacaciones, ¿no? Estamos en verano y cada verano es una oportunidad única. —Hizo un gesto de evidencia—. Habrá chicos que se interesen por ella y babosos que la desnudarán con los ojos. Vale. —Volvió a encogerse de hombros—. Yo tengo mi grupo y ella el suyo. No nos mezclamos.

—Pero hablaréis.

—De chicos y cosas así, no.

—¿No le pides consejo?

—No.

—¿Ni ella a ti?

—Menos.

—¿La relación con tus padres...?

—La normal. Hay días buenos y días malos, pero no pasa nada —fue más explícita—. Quiero decir que no hay peleas ni gritos ni malos rollos. Desde luego, escaparse no se ha escapado.

Roberto Peláez le mostró la fotografía extraída del panel de corcho en la que se veía a Julia con sus amigos.

—¿Los conoces?

—De vista y de oídas sí, claro.

—¿Me los puedes identificar?

Los señaló uno a uno, de izquierda a derecha.

—Vega, Juanca, mi hermana Julia, Israel, Esther y Nano.

—¿Algo de ellos?

—No.

—¿Dónde viven...?

—No lo sé. Ya le digo que son los amigos de Julia, no los míos. Ella tampoco debe de saber nada de mi panda.

—¿Te peleabas con Julia?

La pregunta la pilló de improviso.

—No. Bueno, a veces.

—¿Por qué motivo?

—Lo de siempre, si nos quitábamos ropa la una a la otra, cosas así. Y porque a ella la dejan hacer más cosas que a mí por lo de ser mayor. Eso sí es una putada..., bueno, quiero decir un mal rollo.

—Ser la pequeña es duro, ¿verdad?

—¿Tiene hermanos?

—No.

—Pues ni se lo imagina. Yo he de estar en casa a una hora y Julia a otra. ¡Y eso aquí, en el pueblo, imagínese en casa! ¡Mi madre es de las que sufre de los nervios, todo el día! ¡Y siempre está en lo peor! ¡Llegas cinco minutos tarde y ya piensa que te ha pasado algo! —Se calmó un poco y tomó aire—. El año pasado Julia aún me apoyaba algo, y a veces salía con ella y quedábamos para regresar a casa juntas. Pero este... —Se revistió de amargura—. Ayer le pedí que me llevara, y así hubiera podido volver más tarde, con ella, pero no quiso. Dijo que eso la ataba y que no tenía ni idea de cuándo ni cómo quedar.

—¿Por qué no te llevó? ¿Iba a hacer algo?

—No tengo ni idea. En su grupo creo que la mayoría ha cumplido los dieciocho, así que me imagino que es por eso. Para ellos soy una cría.

—¿Alguna idea de adónde pudieron haber ido?

—A la disco de la carretera, fijo. Es lo mejor que hay y entra todo Dios, sin problemas. Tampoco hay muchos lugares para pasarlo bien.

—¿Puedes mirar en las cosas de tu hermana para ver si falta algo?

—¿Algo como qué?

—Ropa.

—¿Cree que se escapó?

—No lo sé. Ayúdame a averiguarlo.

Almudena miró el armario como si fuera la boca de un lobo.

—Mi hermana me matará si sabe que he husmeado o revuelto sus cosas.

—No lo sabrá. Y solo te pido que eches un vistazo.

Le obedeció. Fue rápida. Bastaron unos segundos. También abrió los cajones del armario.

—No falta nada. Y aquí está su mochila y su bolsa de la piscina. Iba con lo puesto.

—Gracias, Almudena. Has sido de mucha ayuda.

—¿En serio?

—Sí.

Pareció tranquilizarse. Y con ello, se desmoronó un poco.

Aparecieron las emociones contenidas.

—La encontrará, ¿verdad?

Peláez tragó saliva.

—Sí —dijo sin estar seguro de que eso no fuera más que una mentira piadosa.

Él mismo abrió la puerta de la habitación.

En la sala, el llanto de la madre de Julia volvía a dominarlo todo.

11

Narciso Olmedo iba al volante. A su lado, su superior observaba las dos fotos que se había llevado de la casa.

O el retrato de Julia había captado lo mejor de ella, sublimándolo, o realmente la chica desaparecida era así: la clase de persona con un aura capaz de atraer a las moscas. Almudena acababa de confirmárselo.

—Sargento...

—¿Sí? —Salió de su abstracción.

—Habrá que dar aviso. Como sea algo grave, esto nos viene grande.

Roberto Peláez miró por la ventanilla. El aire de la mañana ya era cálido pese a lo temprano de la hora. Apenas había nadie por las calles urbanizadas.

—Vamos a esperar un poco —dijo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Haremos unas investigaciones preliminares. No quiero dar la alarma antes de hora.

—¿Y si realmente le ha pasado algo?

—Entonces esto se convertirá en un circo y saldremos en todas partes.

—¿Es lo que intenta evitar?

—Sí. ¿No ha visto cómo tratan los medios informativos estos casos? Pura carnaza. Tenemos unas horas de ventaja y vamos a utilizarlas.

—Pues habrá que cruzar los dedos.

—Crúcelos usted. Yo no creo en la suerte.

Narciso Olmedo condujo un poco más. No mucho. Lo detuvo el primer semáforo del pueblo.

—No me ha dicho adónde vamos.

—A la discoteca.

Quedaba en la carretera, al otro lado del pueblo.

—Está cerrada a esta hora —le hizo ver su agente.

—Conozco a uno de los seguratas, y vive ahí mismo, en la parte de atrás. Lo detuve hace un año y pico, al poco de llegar aquí, y pasó unos meses en la cárcel. Ahora me mira por encima del hombro.

—¿Por qué lo detuvo?

—Tráfico.

—¿Les vendía a los chicos y las chicas?

—Sí.

—¿Cree...?

—No lo sé. De momento solo vamos a ver qué nos dice. Creo que está limpio, pero nunca se sabe. Un par de veces que le he echado el ojo, lo he visto bien, sin ganas de volver a caer.

—¿Y después? Los datos de los amigos de la chica son bastante imprecisos. Yo..., en serio, no entiendo cómo unos padres no conocen a los amigos de sus hijos.

—Los tiempos cambian, Olmedo.

—Ya, ya.

Cruzaban el pueblo. Por allí había más actividad, aunque no de gente joven. Los jóvenes dormían por la mañana. Al menos, la mayoría. La noche era suya. Las mañanas, de Morfeo.

A Narciso Olmedo pareció inquietarle el silencio.

Después de todo, el caso podía convertirse en el más grave de cuantos hubieran investigado por la zona.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Sí.

—Cuando le destinaron aquí, ¿no se enfadó?

—No, porque yo mismo pedí la plaza.

—¿En serio?

—Así es.

—No puedo creerlo.

—Pues créalo.

—Usted podría hacer carrera en cualquier parte.

—Me gusta esto.

El agente lo observó de soslayo.

—¿Por qué quiso venir aquí?

Roberto Peláez se tomó su tiempo antes de responder:

—Quería un lugar apartado, tranquilo. Yo... —Bajó la cabeza un par de segundos—. Perdí a alguien y...

—No me lo cuente si no quiere —lo tranquilizó Olmedo—. Y perdone, ¿eh? No quería...

—No importa. Tampoco es ningún secreto. —Lo miró con el semblante serio—. Estaba prometido y mi novia murió. Eso es todo.

El agente tragó saliva.

De pronto, pareció entender un sinfín de cosas.

Incluso el motivo de que su superior no rondara a ninguna de las chicas del pueblo.

Trabajo y solo trabajo.

—Menuda faena —suspiró.

—Íbamos a casarnos.

—¿Enfermedad?

—Un accidente. —La voz era átona—. Un imbécil la atropelló. Ella iba en bicicleta y él..., bueno, dio positivo en el control de drogas y alcoholemia.

—¡Hijo de puta! —Crispó las manos en torno al volante—. ¡Un niñato, seguro!

—No, tenía treinta y cinco años. Todo un pijo ejecutivo al volante de su Audi. A mi novia le gustaba pedalear un poco a primera hora de la mañana y él regresaba de una larga noche de juerga, cargado hasta los topes.

La explicación flotó en el ambiente.

Pesada, amarga.

—Lo siento, de verdad. —Se quedó corto de palabras Olmedo.

Roberto Peláez se revistió de sinceridad.

—Supongo que tenía que habérselo contado mucho antes —confesó.

—Tampoco había salido a colación —le excusó su compañero.

Rodaban ya de nuevo por las afueras del pueblo. La carretera por aquel lado era recta. Un kilómetro, una ligera subida y, a la izquierda, la discoteca, en forma de pirámide.

Egipto en el campo español.

Narciso Olmedo pisó el acelerador a fondo para cubrir el tramo final hasta su destino.

12

La impotencia de Israel iba en aumento.

Seguía en su habitación, atrapado, bloqueado, como un león en una jaula de cristal. Si se tumbaba en la cama, veía a Julia, abriera o cerrara los ojos. Si jugaba a algún videojuego, no se concentraba y, además, se sentía idiota, porque de todas todas ya no tenía quince años. Si salía, sabía que le tocaba enfrentarse con la familia. Preguntas típicas y tópicas: «¿Qué tal anoche? ¿Lo pasaste bien?»... Y las habituales pseudorreprimendas veladas: «Desayuna, que a tu edad es el principal alimento», «Has adelgazado», «Tienes ojeras», «Vayas horas, ¿no?», «Aprovecha, porque ya se te acaba, y el próximo año va a ser duro»...

Se sentó a su mesa, abrió el cajón lateral, extrajo una libreta y de ella la fotografía de Julia.

En bikini.

Para flipar.

La taladró de arriba abajo, el pelo, los ojos, la boca, el cuello, el pecho, la cintura, las caderas, las piernas...

Un sueño.

Le dolía mirarla, pero más no hacerlo.

De un año a otro, el cambio había sido prodigioso. Y con él, la irrupción de los sentimientos. Cosas y hechos que antes eran normales y naturales, en el transcurso del verano se habían convertido en revelaciones y *shocks.* Una larga y prolongada herida abierta en canal, en el centro de su mente y de su alma. El amor era el más imprevisible de los sentimientos.

Encima, golpeaba con una fuerza demoledora.

Cortaba el aliento.

Tenía la misma fotografía escaneada en el ordenador, a gran tamaño, y ampliándola al máximo, con sucesivas capturas de pantalla, también disfrutaba de todas sus partes aumentadas. Los ojos con aquella mirada que él llamaba «líquida», porque tenía el calor del deseo; los labios que mil veces había deseado besar; las manos con las cuidadas y femeninas uñas sin pintar, porque a Julia no le gustaban esas cosas; los pies que, de un modo fetichista, deseaba acariciar; la breve cintura en la que parecía imposible que cupieran órganos como los riñones, el hígado o el estómago...

Julia, Julia, Julia.

Nunca había estado tan obsesionado.

Israel miró el móvil.

Ella estaría durmiendo, claro.

Tampoco era cosa de llamarla.

Sin embargo, tenía que decirle algo, lo que fuera, antes de volver a verla. Quizá ella apareciera como si tal cosa, sin darle importancia. Pero quizá fuera lo contrario. De hecho seguía sin entender su reacción.

Tan inesperada.

Tan... radical.

Sin ninguna explicación.

Salvo aquel breve y rápido:

—No, perdona... No puedo...

¿Perdón?

¿No podía?

¿Por qué?

—¿Por qué? —exteriorizó sus pensamientos.

Siguió con el móvil en la mano.

Hasta que entró en la aplicación de WhatsApp y buscó el acceso al de Julia.

Se lo quedó mirando.

Lo último que figuraba escrito en él era lo típico: la hora de la quedada.

Israel tomó aire.

Era necesario.

Despacio, muy despacio, tecleó las letras.

«L-O-S-I-E-N-T-O».

«Lo siento».

Solo eso. Ningún emoticono.

Se quedó mirando las dos palabras sin saber si enviarlas o no.

Su dedo vaciló.

Finalmente presionó y el mensaje voló por el aire hasta el móvil de Julia.

Una marca.

Debía de tenerlo apagado, porque no apareció la segunda marca, la de «mensaje recibido».

Dejó el móvil en la mesa y se lo quedó mirando.

Seguía igual un minuto después.

Tampoco esperaba ya una respuesta inmediata.

Sí, Julia estaría durmiendo, claro.

13

Vega también tenía el móvil en la mano.

Se preguntaba si Nano dormiría o, por el contrario, estaría tan nervioso e insomne como ella.

Era temprano.

¿Esperaba una hora, dos...?

Si lo llamaba y lo despertaba, tampoco es que fuera a enfadarse. No, después de lo sucedido. Y si lo tenía apagado o en silencio, seguiría durmiendo.

Apretó las mandíbulas.

No sabía qué hacer.

Era nueva en eso.

A veces pensaba que ojalá la vida real fuese una novela. Pero una buena novela, con final feliz. Aunque recordaba una frase de una que decía: «La vida es una mala novela: al final siempre muere el protagonista».

Claro que también recordaba otra, mucho mejor: «La vida a veces es perfecta como una canción, aunque solo dure tres minutos».

Envidiaba a los escritores, capaces de decir tanto con tan poco.

—Vale, ¿llamas o no? —se irritó consigo misma por el desvarío de sus circunloquios mentales.

Buscó el número de Nano y se lo quedó mirando.

Lo sumó.

Daba nueve.

Un buen número, el máximo. La suma de su fecha de nacimiento también daba nueve y estaba orgullosa y feliz por ello.

Sumó la fecha de nacimiento de Nano.

Siete.

Bueno, tampoco estaba mal. Para muchos era el número de la suerte.

Presionó de golpe la señal de llamada.

Luego cerró los ojos y esperó.

Al otro lado, el tono debió de sonar una vez y media como mucho. La línea se abrió y por ella apareció la voz de Nano.

Vega se estremeció.

Tarde para echarse atrás.

—Hola.

—Hola —dijo él.

Voz suave, cálida.

—¿Te he despertado?

—No, no.

—Menos mal.

—No podía dormir.

—Yo tampoco —confesó ella.

Silencio.

Envolvente, tierno, pero también expectante.

No, no era cosa de ponerse a decir tonterías por teléfono.

—¿Saldrás luego? —preguntó Vega.

—Sí, claro.

—¿Muy tarde?

—No. Podemos quedar cuando quieras.

—¿En media hora?

Acababa de decirlo y ya pensaba que se estaba precipitando.

—Bien —accedió Nano.

—¿En la esquina de siempre?

La «esquina de siempre» era el punto equidistante entre las casas de la mayoría de ellos, cerca del centro del pueblo.

—Vale.

—De acuerdo. Hasta luego. —Fue rápida.

Y cortó la comunicación.

Le latía el pecho.

Ya estaba hecho. Media hora. Justo para arreglarse un poco y salir zumbando. Tenía que haberle dicho una hora. Pero lo cierto es que necesitaba verlo, mirarlo a los ojos, leer en ellos la verdad más allá de lo sucedido horas antes.

Vega todavía no dejó el móvil.

Julia.

Le había fallado, la había dejado sola. Se sentía culpable. Podía haber sucedido cualquier cosa entre ella, Juanca e Israel, lo que más temía Julia. Temprano o no, dormida o no, tenía que llamarla y pedirle perdón, saber qué había sucedido, si es que finalmente había sucedido algo y... desde luego, estallar, contarle lo suyo con Nano.

Julia lo entendería.

Era la más madura para esas cosas.

Puso el dedo sobre la señal de llamada.

Al otro lado no hubo ninguna respuesta.

Únicamente la voz impersonal que decía que el número al que había llamado estaba apagado o fuera de servicio, y que si quería dejar un mensaje, debía esperar a oír la señal.

No dejó ningún mensaje. Había cosas que debían hacerse en persona.

Vega echó el móvil a un lado y comenzó la cuenta atrás para su cita con

Nano.

14

A Nano le desarbolaba el vértigo.

Seguía mirando el móvil, como si fuera una ventana, una puerta cerrada al más allá.

Primero, la alegría por la llamada de Vega.

La voz amorosa, ¿o no? Las ganas de verlo, ¿o no? Lo rápido de la cita, ¿o no?

Después de todo..., era lógico.

¿O no?

Pero, entonces, ¿por qué había cortado la comunicación tan deprisa?

¿Tenía que preocuparse?

Empezó a sudar.

Le daba vueltas la cabeza.

¿Y si lo de la noche pasada no había sido más que un pronto, un calentón, un subidón, un...?

¿Un qué?

¡Se habían besado como locos!

¡Se habían dejado atrapar por la sorpresa y arrastrar por los sentimientos al desnudo que los impulsaban inesperadamente!

Eso solo tenía una explicación.

Amor.

AMOR, con mayúsculas.

Pero...

¿Y si, de pronto, ella se arrepentía?

¿Y si le decía que se habían precipitado, que lo lamentaba, que la perdonara, que mejor seguir como amigos...?

Más y más sudores fríos.

—¿Quieres calmarte? —se dijo enfadado.

No eran más que sus inseguridades, sus fantasmas, sus miedos. ¡Para una vez que le sucedía algo bueno...! ¿Bueno? ¡Genial! ¡Para una vez que le sucedía algo genial! ¿Iba a comerse el tarro con gilipolleces? ¿Acaso no la había sentido entre sus brazos? ¿Acaso no se lo habían dicho casi todo con los labios y los ojos? Casi, sí, de acuerdo. Pero eso equivalía a todo en momentos como aquellos.

¿Era por habérselo hecho encima, con solo tocarla?

A Vega no le había parecido ridículo, al contrario.

Ternura, ternura, ternura.

Tenía media hora.

Pasara lo que pasara, lo sabría en media hora.

Una ducha rápida, vestirse y salir zumbando.

Por si acaso se llevó el móvil al cuarto de baño, no fuera que Vega volviera a llamarlo.

15

Volvían a hacerlo.

Una vez más.

¿Cuántas veces eran capaces de...?

Juanca deseó que sus padres regresaran de improviso y los sorprendieran. Imaginar a Ricky saltando desnudo por la ventana era lo mejor. Imaginar a su hermana, tapándose avergonzada, con su padre y su madre mirándola con los ojos abiertos, una pasada.

Por desgracia eso no iba a suceder.

Sonia y Ricky tenían todo el día para ellos.

Además de la maldita noche pasada.

Los gritos empezaron a subir de tono.

Ya no bastaba con taparse los oídos. Era demasiado. Se sintió furioso, airado. La guinda después de lo sucedido con Julia, con Israel, con todos. O se iba de casa y daba vueltas como un tonto, o entraba de una vez en la habitación de su hermana, o...

Saltó de la cama.

Fue a su mesa, apartó lo que había en ella y buscó entre sus escasos CD. Encontró el que buscaba, un *Grandes éxitos* de AC/DC. Puso en marcha el reproductor y le dio el volumen máximo. Mientras el CD daba vueltas seleccionó la canción.

«Highway to hell».

La atronadora guitarra de Angus Young y la implacable y aguda voz de Bon Scott irrumpieron en el aire.

Todo vibró.

La casa entera.

Juanca se quedó de pie, cerró los ojos y se aisló.

Se imaginó a sí mismo viéndolos en concierto.

Algo ya imposible.

Un minuto. Dos. «Highway to hell» arrasaba. Era la versión original, la del 79, antes de la muerte de Scott y la entrada de Brian Johnson como solista. Un tema y un *riff* inigualables que no dejaban que la hierba volviera a crecer allá por donde pasaban sus ondas sónicas. Juanca incluso imitó a Angus Young fingiendo tocar la guitarra. Ya no se oía nada en mil kilómetros a la redonda, y mucho menos los gritos de Sonia y Ricky.

—¡Eh!

Abrió los ojos.

Su hermana mayor estaba en la puerta, tapada con una sábana que arrastraba por el suelo.

Los dos se quedaron mirando. El rostro de Sonia lo decía todo.

Furiosa.

—¡Quieres bajar eso, so memo!

—¿Qué?

—¡Que bajes eso!

—¡No te oigo! —Disfrutó por un momento de la escena.

Sonia hizo ademán de entrar en la habitación para hacerlo ella misma. Juanca se lo impidió. Le cortó el paso. Luego alargó la mano y bajó el volumen hasta hacerlo casi inaudible.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Lo fulminó ella.

—¿A mí? —Se le antojó un chiste—. ¡Pero si no paráis de gemir y gritar!

—¡No es verdad!

—Ah, ¿no? ¿Quieres que te grabe y te lo ponga?

—¡Juan Carlos, no me vengas con gilipolleces!

—Ah, ¿el gilipollas soy yo? ¡Dile al salido de tu novio que duerma un rato, o que baje el volumen él, mierda!

El pulso ocular se hizo más duro.

Juanca miró a Sonia y sintió asco.

Era su hermana, pero sintió asco.

—¿A ti qué te pasa, eh?

—Quiero dormir.

—Deberías buscarte una novia —lo pinchó ella.

—Si tú haces ruido en tu cuarto, yo lo haré aquí —la retó.

Fue suficiente.

Sonia dio media vuelta y salió de la habitación arrastrando la sábana consigo. Juanca escuchó primero un portazo. Luego la voz de su hermana gritando:

—¡Quieres hacer el favor de no gemir tanto, por Dios!

16

Esther ya no podía más.

Las cuatro paredes de su habitación se le caían encima.

La casa entera se le caía encima.

Quería salir.

Echar a correr.

Pero ¿para ir adónde? El pueblo entero era ahora territorio comanche. Como si Julia e Israel hubieran ido dejando huellas por todas partes. Cualquier persona que la mirara tendría en su expresión el rictus amargo de la burla.

Ya estaba vestida. Ni siquiera sabía cómo lo había hecho.

Vestida y a punto.

Quedaba casi todo el día por delante.

Salió de la habitación y fue a la cocina a por un vaso de cacao. Necesitaba tomar algo. Nada más entrar en ella se encontró con su madre, que parecía vivir allí, no en su cuarto. Ya andaba entre cacharros, preparando la comida. En la sala, su padre leía el periódico, o veía la tele, o las dos cosas a la vez. Su padre jamás entraba en la cocina. Machismo de primera.

—Vaya, buenos días —le dijo la mujer al verla.

—Hola, mamá.

—¿A qué se debe el honor de que te levantes tan temprano?

—No empieces, ¿vale?

—No, si lo digo porque no me imaginaba verte el pelo hasta la hora de comer, y encima con morros, como siempre.

—Mamá... —Hizo acopio de paciencia—. Si me levanto tarde, porque me levanto tarde, y si lo hago temprano, resulta que también tienes algo que decir. ¿Qué quieres? Estamos de vacaciones. Dame un respiro.

—¡Uy, un respiro! ¡Muchas series ves tú!

No le hizo caso. Abrió la nevera, tomó la leche, la escanció en una taza; luego abrió el armario, cogió el bote y con una cucharita colmó dos tandas de cacao.

—Primero has de poner el cacao, luego la leche —la recriminó su madre.

Lo sabía, pero siempre lo hacía al revés, sobre todo cuando estaba distraída, como ahora.

Esther no dijo nada.

Removió el cacao, que formaba grumos al borde de la taza, y se dispuso a salir.

—¿No vas a tomar nada sólido?

—No, mamá. Está bien así.

—¿No estarás haciendo un régimen de esos? Porque estás en los huesos, hija.

No estaba en los huesos. Le sobraban un par de kilos, pero era inútil hacérselo ver. Hizo un intento final por salir de la cocina indemne.

No pudo.

—Esta tarde vienen los Santos a tomar café. Te quedarás, ¿no?

Los Santos eran peores que sus padres. Siempre hablaban de lo que tenían, se las daban de importantes, y en el fondo no eran más que unos desgraciados.

Como cualquiera.

—Mamá, no fastidies, ¿vale?

—Pues bien que te iría fijarte en Luis, que promete.

—¿Que... promete?

—Va para arquitecto, o eso dice su madre.

—¡Luis es idiota! ¡Bastante suerte tendrá si acaba de albañil! ¡Y además... tiene un año menos que yo, es un crío!

—Mírala ella...

—¡Vale ya!, ¿quieres?

Salió de la cocina al tiempo en que desde la sala se oía la voz de su padre.

—¡Tengamos la fiesta en paz por un día, coño!

Se acabaría el cacao en su habitación. Punto. Cualquier cosa era mejor que seguir allí.

En el pasillo se encontró con su hermano Germán.

Doce años. Insoportable.

—¿Tienes eso? —le preguntó.

—¿Qué es eso? —Esther se detuvo en la puerta de la habitación.

—Lo de las chicas.

Lo apartó de un manotazo.

—¡Pues dicen que cuando lo tenéis os cambia el carácter!

—¿Quién dice eso? ¿Un cerdo machista? ¿Y tú qué sabes de chicas, vamos a ver?

—Sé que estáis locas. —Sonrió maliciosamente.

Le hubiera dado una bofetada con mucho gusto, a conciencia. Pero eso habría abierto la caja de los truenos, y no estaba el horno para más bollos.

Prefirió guardársela.

Esther entró en su cuarto para acabarse el cacao y hacerse invisible por un rato.

17

El guardia de seguridad de la discoteca dormía en un chamizo ubicado a unos doscientos metros de ella. Ideal para no perder el tiempo, máxime tratándose de un trabajo ocasional, con mucha actividad en verano y apenas nada el resto del año, cuando el local solo abría un día o dos a la semana, viernes y sábado, noches preferentemente.

Roberto Peláez y Narciso Olmedo buscaron un timbre mediante el cual llamar a la puerta. No había ninguno. El segundo se disponía a golpear con los nudillos cuando al primero se le ocurrió mover el tirador.

La puerta no estaba cerrada con llave.

No llegaron a cruzar el umbral.

—¿Maldonado? —gritó el sargento de la Guarda Civil—. ¿Salva Maldonado?

De momento no hubo ninguna reacción.

Después sí.

Primero apareció él, cara de sueño, camiseta y calzoncillos, cuerpo trabajado en el gimnasio, músculos visibles, cuello de toro, brazos y piernas cubiertos de venas sobresaliendo como ríos y afluentes entrecruzados sobre la piel. Por detrás lo hizo una mujer, cercana a la cuarentena, rotunda, con una leve *lingerie* transparente que no ocultaba su cuerpo. La cabellera muy revuelta de ella contrastaba con la cabeza rasurada de él.

—Pero ¿qué leches...? —dejó de exclamar al ver los uniformes, se le despejó el sueño de golpe pero no varió el tono de voz al reconocer a Roberto Peláez—. ¿Qué quiere?

—Hablar contigo.

—¿De qué? No he hecho nada.

—No digo que hayas hecho nada. Te repito que solo quiero hablar.

Salva Maldonado apretó las mandíbulas. A ambos lados de la cara se le quedaron marcadas como muescas en la piel de su rostro mal afeitado, formando sendos ángulos de noventa grados. En medio del desconcierto se dio cuenta de la semidesnudez de su compañera y de la mirada de Narciso Olmedo.

—¿Quieres taparte, tía? —Se enfrentó a ella.

La mujer se limitó a dar media vuelta y a desaparecer de la escena.

El guardia de seguridad lo que apretó ahora fueron los puños.

Dos mazas.

—¿Qué pasa? —rezongó. E insistió—: Estoy limpio, ¿vale?

—Te digo que no es por ti. Se trata de la discoteca.

—Si alguien trapichea dentro, no es cosa mía. Yo vigilo la puerta, salvo si hay follón y he de entrar a sacar a alguien.

Roberto Peláez puso la directa.

—Anoche desapareció una chica. Creo que estuvo bailando ahí.

—Como la mayoría. Y son la tira. Niñatos. Yo ni los miro.

—A esta seguro que le habrás echado un vistazo. Es guapa, diecisiete años, carita de ángel, cabello ensortijado. Se llama Julia Castro Giralt.

—Pues por el nombre, ni idea. Y con esa descripción hay muchas. Anoche dos de ese tipo montaron un número en el baño.

Roberto Peláez abortó el gesto de sacar la foto de Julia del bolsillo.

—¿Qué sucedió?

—Nada, una pelea de niñas. Beben un poco y entre eso y su subida hormonal... ¿Qué quiere que le diga? Se gritaron y ya está. Me avisaron, fui, pero la cosa ya estaba acabada. Una se fue llorando.

Ahora sí le mostró la foto de Julia.

—¿La reconoces?

—Esa es la que se fue llorando —no vaciló Salva Maldonado.

—¿Estás seguro?

—Que sí, hombre. Como dice, tiene una cara especial. Debe de ser de las que las mata callando.

—¿Qué hizo al salir?

—No lo sé. Largarse, supongo. Ya no volví a verla.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las dos, más o menos.

—¿Y la otra?

—Ni idea.

Le enseñó la segunda fotografía, la del grupo de seis, felices y sonrientes.

—¿Alguna de ellas?

El tipo puso el dedo sobre una de las chicas.

Almudena la había llamado Esther.

—Esa.

—¿Los chicos...?

Salva Maldonado se encogió de hombros.

—Ya le digo que entran, salen... Es un puro desmadre.

—Menores de edad, beben cerveza...

—¡Eh, eh! —Lo detuvo—. Si tiene algo que decir a eso, hágalo con el dueño, que yo solo vigilo. Si a mí me dice que entren todos, entran todos. Y si en la barra les sirven cerveza o lo que sea, lo mismo. Aquí cada cual lo suyo, ¿estamos?

—¿Recuerdas algo más?

—No.

—Alguna persona sospechosa, algún tipo espiando, cualquier detalle que se saliera de lo común...

—Que no, hombre. Que no. —Se mostró cansado—. Lo que menos queremos todos es que pase nada malo, ¿verdad? Una chica desaparecida... —Arrugó la cara con sincera preocupación—. Espero que solo sea una chiquillada.

Peláez se guardó las fotos.

—Yo también —dijo sin mucho convencimiento—. Yo también.

Hora de irse.

Ni siquiera se despidió del segurata.

18

Llevaban casi diez minutos en silencio.

Un mundo, cuando cada segundo era una losa.

Por eso, al sonar el teléfono, los tres reaccionaron de distinta forma: Almudena dando un brinco, Pura llevándose las manos a la cara y Emilio saltando sobre el aparato.

Lo descolgó presa de los nervios.

—¿Sí?

—¿Quién es? —lo azuzó su mujer—. ¿Es ella...? ¿La han...?

Al otro lado de la línea, Emilio escuchó la voz alegre y vivaz de su hermano.

—¡Eh! ¿Qué haces?

Cerró los ojos.

—Es Juan —le dijo a Pura.

—¡Claro que soy Juan! —continuó él—. ¿No quedamos en que me llamarías esta mañana para lo de...?

Pura empezó a llorar de nuevo.

—Juan, no es buen momento... —lo interrumpió.

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto alguien?

El tono, igualmente jovial, le hizo daño. Su hermano vivía al otro lado de España. Tenían que quedar para verse en Madrid en un par de semanas.

¿Se lo decía?

Emilio se vino abajo.

—Julia no regresó a casa anoche. Hemos llamado a la Guardia Civil y... bueno, la están buscando. No puedo tener la línea ocupada, ¿entiendes?

—¿Me estás diciendo que Julia ha desaparecido?

—¡Que no regresó, ya te lo he dicho! ¡No sabemos nada! Te llamo en cuanto aparezca, ¿de acuerdo? Ahora he de colgar, por favor.

—¡Emilio!

—Cuelgo, Juan. Perdona. Te llamo, palabra.

Dejó el auricular en su soporte y cortó la comunicación. Nada más hacerlo se encontró con la mirada de su esposa.

Volvía a su círculo vicioso.

—Nos la han matado, Emilio. Nos la han matado...

—¡No digas eso!

—¿Y qué si no? ¡No está aquí! ¡No ha vuelto! ¡Es la única explicación!

—¡Hay mil explicaciones!

—¿Cuáles?

Se quedaron jadeando, uno frente al otro, como animales asustados y enjaulados a la espera del golpe final. Almudena los contempló con horror.

De pronto no los conocía.

No se reconocía ni a sí misma.

—Julia es fuerte —fue lo único que pudo agregar su padre.

—¿Es que no ves la tele? ¡Desaparecen, sin dejar rastro, y al cabo de unos días, semanas... incluso meses, las encuentran en un pozo, violadas, asesinadas...!

—¡Cállate, Pura!

Casi pareció a punto de golpearla.

Casi.

No llegó a estallar la histeria. Ambos naufragaron en la orilla de su dolor.

Almudena se dio cuenta de que su corazón llevaba sin latir varios segundos.

19

El que conducía ahora era Roberto Peláez y Narciso Olmedo el que miraba las dos fotografías de la chica desaparecida.

—Sí es guapa, sí —afirmó tras un largo minuto.

—Mucho.

—Cuanto más la observo, más noto...

—¿Qué? —lo apremió al ver que se detenía.

—Es una cría, pero tiene algo. Esos ojos, los labios... Y sobre todo la expresión del rostro.

—Su hermana me ha dicho que atrae a los chicos como la miel a las abejas.

—No me extraña. Tiene un algo imposible de explicar.

—Ángel —lo resumió su superior—. Se llama ángel.

—Supongo que será eso, porque otra cosa... No sé.

—Algunas chicas no son conscientes de que lo tienen. Otras sí, y lo usan. Según parece, y a tenor de lo que deduzco de las palabras de su hermana, Julia Castro Giralt era de las primeras.

—¿Qué más le ha dicho?

—Que enamora a la gente, que su sueño es viajar y ser libre, lo cual parece excluir relaciones sentimentales prematuras, y que no le conoce novio ni nada parecido.

Narciso Olmedo dejó las dos fotos sobre el salpicadero.

—Pinta mal, ¿verdad? —aventuró a decir.

—No haga conjeturas.

—Pero pinta mal —insistió.

—Aún es temprano. La teoría de que pueda haberse quedado dormida en casa de alguien sigue en pie. O eso o haber tenido un mal viaje en el caso de tomar algo. Todo es posible. La pena es no tener las señas de los de su pandilla, maldita sea. Habrá que preguntar.

—¿Dónde?

—¿Adónde van todos en manada durante el día, antes de comer, al ponerse el sol...?

—¡A la plaza! —asintió su subordinado.

—Pare en el bar —dijo Roberto Peláez—. Y cruce los dedos.

20

Vega aminoró la marcha al ver que Nano ya estaba esperándola.

Mientras la moto se desaceleraba, su corazón siguió el camino opuesto.

Se le disparó.

La detuvo a pocos pasos de él, junto a la acera, y casi se cayó al suelo al descabalgarla demasiado rápido. Trastabilló un poco hasta lograr mantener el equilibrio. Al quitarse el casco descubrió lo nerviosa que estaba. Por suerte llevaba el cabello corto, no tuvo que desenredárselo ni agitar la cabeza como hacía la mayoría de las chicas. Cuando dejó el casco sobre el sillín, Nano ya estaba a su lado.

Se volvió y se encontró con sus ojos.

Expectantes.

De noche todo había sido un juego de luces y sombras, miradas y roces hasta el estallido final. De día la mirada era limpia; el rostro, un espejo.

La última emoción.

Entonces se vino abajo, lo abrazó y rompió a llorar.

Nano se asustó.

—¿Qué te pasa? —balbuceó.

Vega movió la cabeza de lado a lado, casi espasmódicamente.

—¿Por qué lloras? —insistió él.

—Porque soy una boba —consiguió articular.

No había nadie cerca. Era una esquina solitaria. Pero probablemente tampoco les habría importado encontrarse en medio de un tumulto. De pronto el mundo era suyo, les pertenecía. Estaban solos.

Solos con lo que rebosaba como un manantial de su corazones.

—Vega...

—Abrázame fuerte —le pidió.

Lo hizo.

Muy muy fuerte, mientras hundía la cabeza entre el cabello de ella.

—Nano...

—¿Qué?

—Necesitaba pronunciar tu nombre —siguió jadeando.

—Me estás asustando.

—Tranquilo. —Levantó el rostro para mirarlo.

—Entonces, ¿no te arrepientes de...?

—¡No! —Levantó la mano derecha para acariciarle la mejilla, aunque acabó tapándole los labios.

—¿Por qué lloras? —dijo él por entre los dedos de Vega.

—Porque... es muy fuerte, ¿vale? De pronto...

—Sí, lo sé.

—Ayer ni imaginaba algo así, y hoy...

—Es de locos, sí. Yo estoy igual.

—No fue solo una noche, ¿verdad? Quiero decir que...

Nano le atrapó la cara con las dos manos.

—No seas tonta, ¿vale? —dijo con firmeza—. Ni tú ni yo somos así.

Vega se levantó sobre las puntas de sus sandalias y lo besó.

Primero suave, fugazmente. Después, al recibirla y entregarse él, con toda intensidad.

Siguieron abrazados unos segundos.

Nadie cerca.

A Vega le pareció que era el momento de hacer aquella pregunta.

Venció su miedo.

—¿Estás seguro de que te saliste a tiempo?

—Sí.

—¿Ni una gota...?

—No, ya lo viste. —Se puso un poco rojo—. Tuve que limpiarte bien.

—Lo sé. —Sonrió levemente—. Supongo que estoy un poco aturdida.

—Lo imagino, porque yo estoy igual. Es como si me hubieran dado la vuelta del revés.

—Mi madre se casó embarazada, ¿sabes? No llegó a ser un escándalo pero... Y no han sido felices. Se quieren, se respetan, nunca se pelean ni discuten, pero no han sido felices. Se saltaron una parte de la vida y se encontraron de golpe con una madurez inesperada. —Se estremeció de repente—. A veces siento que sobro, que llegué para fastidiarles la vida.

—No digas eso.

—Lo hice.

—No. Llegaste para alegrarme la mía.

—Va, calla. —Bajó la cabeza.

Nano la acarició.

—Parecemos dos tontos enamorados —suspiró.

—Somos dos tontos enamorados —le aclaró ella.

—Pues vaya en lo que nos hemos convertido de la noche a la mañana.

Otro beso. Otra pausa.

Un silencio más breve, pero no menos dulce.

—¿Sabes algo de los otros? —preguntó Vega.

—No, nada.

—Dejé colgada a Julia.

—Bueno, no pasa nada.

—Tenía que haberla llevado a casa en la moto.

—Lo haría Israel, que para eso llevaba el coche, tranquila.

—Ya, pero es que no quería quedarse sola ni con Juanca ni con él. Me dijo que los veía venir, que...

—Es mayorcita. Seguro que se las apañó bien. Con decirles que no a los dos, todo arreglado.

—No es tan fácil. A ella le gusta Israel.

—Pues ya está.

—Pero es que no quiere enrollarse con nadie.

—No se trata de querer o no querer. Esas cosas pasan, y cuando pasan... hay que aceptarlas. Mira nosotros.

Volvieron a besarse.

Solos en mitad del universo.

Hasta que Vega se estremeció de nuevo.

—Nano...

—¿Qué?

—Solo por precaución... ¿podríamos ir a comprar esa píldora?

—¿Qué píldora?

—La del día después.

—¿Quieres tomártela?

—Me quedaría más tranquila.

—¿Y no hay que tener una receta para eso?

—No creo. Si la llaman «del día después», se supone que es para casos urgentes y al momento.

—¿Y si nos reconocen en la farmacia?

Vega no le respondió. No era necesario.

Tampoco estaba de más ser precavidos, aunque, inexperto o no, estaba seguro de haberlo hecho bien, a tiempo.

—¿Cuánto puede costar esa píldora? Yo solo llevo quince euros.

—Yo diez —dijo ella—. Pero no creo que valga tanto o muchos no podrían pagarla.

No pudieron seguir hablando. De pronto a Vega le sonó el aviso del WhatsApp en el móvil. Lo sacó del bolsillo y comprobó el mensaje.

Era de Juanca.

«q haces?».

En la pandilla, siempre había sido el más afín. El buen amigo.

Incluso le había pedido ayuda para acercarse a Julia.

«Est con Nano», le respondió.

Un nuevo *wasap,* inmediato.

«Nos vemos luego?».

«Sí», y le añadió una carita sonriente.

No hubo más.

El mundo volvió a quedar reducido a ellos dos.

21

Juanca esbozó una sonrisa.

Tan temprano y Vega ya estaba con Nano.

Se veía venir, todos lo intuían. Todos menos ellos dos. Estaba cantado que acabarían juntos. Eran «el equipo aparte». Esther enamorada de Israel, Israel y él a por Julia... Vega y Nano quedaban al margen. Nada más llegar a la discoteca se habían puesto a bailar juntos, lejos del resto, ajenos a todo, y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos...

Primero el beso.

Lo había visto.

Un beso apasionado, de verdadera entrega.

Después...

Adiós.

Juanca había sentido un poco de celos, y envidia.

Julia nunca le haría caso. No, estando Israel cerca. Y encima llevando el coche de su padre para acompañarla después de la desaparición de Vega.

Ahí ya, todo se había descontrolado.

La pelea de Julia y Esther, la forma en que Julia e Israel se habían ido...

¿Qué le quedaba?

Bueno, no era la primera vez que se sentía herido por amor o con el corazón roto. Se estaba convirtiendo en hábito. A los doce años Marisa, a los catorce Virginia. Ahora, Julia.

¿Se enamoraba de quien no debía o tenía mala suerte?

¿Siempre habría alguien mejor que él, o con más posibilidades?

Por lo menos Sonia y Ricky se habían callado.

En un momento u otro tenían que dormir.

—La vida es una mierda —murmuró.

No iba a quedarse en casa con su hermana y el novio haciendo de las suyas. No soportaba ver el careto de Ricky. Saldría en calzoncillos, luciendo tatuajes y musculatura, como si así mostrara su supremacía. Si algo se sentía Juanca era «normal».

Normal.

Tenía que echarle más aplomo, más jeta.

Ahí estaba el secreto.

Las chicas no querían panolis temerosos y acomplejados, tímidos o...

¿O qué?

El verano acababa. Vega y Nano. Julia e Israel. Esther derrotada y él...

Estaba claro que si Julia e Israel se habían ido juntos, en el coche, después de que ella saliera llorando de su trifulca con Esther en el baño de la discoteca, era por algo. Israel no dejaría pasar la oportunidad de «consolarla». Lo tenía todo a favor. Julia acabaría derretida en sus brazos.

La idea, imaginárselos juntos, le acabó de romper por dentro.

Se sintió impotente, hundido, perdido...

Nunca se había sentido igual.

Por eso se abrazó a sí mismo y rompió a llorar.

No, la vida no era una mierda: él era la mierda.

¿Qué había pasado los últimos días para llegar a eso?

22

Israel volvió a intentarlo.

Nada.

Silencio.

O Julia había apagado el móvil para que nadie la molestara o no quería hablar con él.

Las dos cosas eran posibles.

La noche pasada ella le había dicho algo de que tenía poca batería, que se había olvidado de cargarlo pese a las recomendaciones de sus padres de que siempre lo tuviera a punto y a mano. Quizá fuera verdad. Quizá por eso quería llegar a casa a su hora.

Todo era posible.

Cerró los ojos y revivió aquella última escena.

El beso.

La forma en que ella pareció deshacerse en sus brazos...

Y luego...

¿Qué demonios había ocurrido?

Tenía que hablar con ella.

Tenía que hablar con ella cuanto antes, y hacerlo pronto, a solas, porque si aparecía alguno de los demás, sería imposible hacerlo. Julia disimularía, él fingiría que no había sucedido nada, y cuanto más tiempo transcurriera, sería peor.

Mucho peor.

El verano había estado bien. Normal. Divertido y loco. Todo se había disparado al final, casi sin pretenderlo, inesperadamente. Daba por sentado que Julia y él acabarían juntos. Era pura inercia pese a las reticencias de ella. Pero en aquella última semana Juanca se había desbocado. Se les acababa el tiempo, esa era la razón. Juanca se había quitado la careta. Eso aceleró las cosas. Ya no era cuestión de esperar ni de dar nada por sentado. Era cuestión de actuar. Si Juanca se adelantaba y Julia, aunque fuera inexplicablemente, le decía que sí...

Las chicas a veces eran raras.

Nada hacía indicar que entre Julia y Juanca pudiera haber algo, pero...

Todos daban por sentado que «la pareja» eran ellos.

—Julia... —susurró su nombre en voz alta.

Le gustaba tanto cómo sonaba...

Cuando se conocieron, ella le dijo:

—¿Israel? ¿Como el país?

Y él le contestó:

—Sí, pequeño pero resultón.

La había hecho reír.

De eso parecía haber transcurrido una eternidad.

Una eternidad que llegaba al momento decisivo.

Tenía que hablar con Julia, arreglar lo de la noche, preguntarle por qué, y decirle que la quería. Así de fácil.

—Julia, te quiero.

Israel se guardó el móvil en el bolsillo. Ya estaba vestido. Solo tenía que reunir el valor final, salir y acercarse a su casa, despertarla si era necesario. No podía esperar más.

Nunca había tenido miedo, aunque aquello era diferente.

Se lo jugaba todo.

Ni siquiera salió por la puerta, para ahorrarse preguntas y tener que dar respuestas inútiles. Saltó por la ventana y echó a andar con el paso firme y decidido.

23

Esther metió la cabeza bajo el agua.

Le gustaba sentir que todo su cuerpo estaba sumergido. Le gustaba aquel extraño silencio. Por espacio de unos segundos no escuchó nada. Luego soltó un poco de aire y las burbujas estallaron al encaramarse a la superficie. Era mejor hacerlo en el mar, claro. O en una piscina grande. Pero incluso en la de su jardín, pequeña e hinchable, si cerraba los ojos podía sentir el mismo efecto.

Sacó de nuevo la cabeza cuando se quedó sin aire.

Sí, la piscina era minúscula, diminuta, redonda, de plástico, con un motorcito purificador al lado. Una piscina de quiero-y-no-puedo. Una piscina de pobres. Una piscina tan pequeña como la casa, como su familia, como su vida.

Un asco.

Por lo menos su hermano pequeño no la ocupaba ahora, como hacía todo el resto del día.

Estaba sola.

O no.

Los chicos de al lado siempre la espiaban a través del seto. No eran más que unos niñatos salidos, como casi todos los de trece o catorce años. Dos malas bestias, gemelos, a cual peor. Malcarados y asquerosos. Por su culpa jamás se le ocurría bañarse en toples, ni estando sola. Casi ni en bikini. Era como estar desnuda.

Pensaba en ellos cuando escuchó el rumor. Las risas contenidas.

Esther deseó matarlos, estrangularlos...

Ya se había quejado demasiado. No valía la pena. La madre de los gemelos decía que la culpa era de ella, por bañarse allí delante medio desnuda. ¡Medio desnuda! Y, encima, su propia madre casi le daba la razón. ¿No podía bañarse como le diera la gana en su propio jardín? ¡Los asquerosos eran los gemelos!

Siguió en el agua, pero ya no estuvo a gusto.

Así que se levantó, despacio, y estiró los brazos hacia arriba. Luego se soltó el pelo y agitó la cabeza. ¿No querían verla? Pues la verían. Salió igualmente despacio de la piscina y dio apenas tres pasos. Se puso de espaldas al seto, para que no vieran lo que estaba haciendo. Con movimientos lentos y pausados desenrolló la manguera y le dio a la llave de paso.

Cuando se dio la vuelta y accionó el disparador, el chorro de agua los alcanzó de lleno a los dos.

Los gemelos echaron a correr. No supo si riendo o enfadados, pero desde luego, mojados.

Iba a liarse.

Como se quejaran, iba a liarse, y bastantes problemas tenía con sus padres como para aumentarlos por culpa de los dos idiotas de al lado.

¡Pero qué a gusto se había quedado!

¿Por qué no lo hizo antes, el primer día?

Cerró el agua y dejó la manguera en el suelo. Regresó a la casa. Ya no quería seguir bañándose. Se le habían quitado las ganas. Llegó a su habitación y se miró en el espejo. Era guapa. O al menos eso decían todos. O eso pensaba ella. Guapa. Pero no tenía el maldito ángel de Julia, estaba claro. Podía tener a cualquiera, pero ella quería tener a Israel. Siempre era igual, los malditos amores cruzados. A quiere a B, B quiere a C, C quiere a D y D quiere a A.

Círculos.

Lo malo era que después de la pelea con Julia, y de que ella se fuera con Israel, todos estarían en su contra.

Estaría sola.

Sola en casa, sola en la pandilla, sola siempre.

Quizá tuviera que hacerse la dura, mostrarse fuerte, segura.

«Nadie te hace daño a no ser que encuentre un resquicio por el que hacértelo», había leído en un libro.

¿Qué le había gritado a Julia al perder los estribos? ¿Calientabraguetas? ¿Falsa? Sí, más o menos, no lo recordaba bien. Estaba ofuscada. Pero si eso no era ser dura...

¿Dura o estúpida?

Ella misma había labrado su derrota, poniéndoles en bandeja de plata que se fueran juntos.

Juntos, juntos, juntos...

La sola idea de imaginarlos era demasiado amarga para soportarla.

24

El bar de la plaza aún no estaba en ebullición, como solía suceder a la hora del vermut o al ponerse el sol. Con todo, una cuarta parte de las mesas exteriores estaban ocupadas, no por jóvenes, sino por personas de mediana edad que tomaban su café tardío o pasaban el rato leyendo el periódico a la fresca, gracias a los toldillos y a que el sol daba del otro lado y allí había sombra. Nadie les prestó mucha atención, ni al detener el vehículo en la acera ni al caminar hacia la puerta, a pesar de que dos guardias civiles uniformados, por lo general, siempre movían a la curiosidad.

Cualquiera habría pensado que iban a tomar algo.

Roberto Peláez conocía al dueño y, de vista, a su hijo. El hombre se llamaba Ernesto Ortega. Su hijo, Telmo. Prefería no entrar en el bar, ni de uniforme ni sin él. Una pena, porque los bocadillos estaban muy buenos. El resto del personal lo formaban camareros eventuales, temporales para el verano. Solía haber dos al mediodía y tres por la noche. Todo eran hombres. Por lo visto no había candidatas a camarera. O era un trabajo duro o los Ortega preferían el género masculino.

Narciso Olmedo dejó que su superior tomara la iniciativa, como siempre.

—¿Telmo?

El aludido se dio media vuelta. Al verlos levantó las cejas sorprendido. Tendría unos treinta años y era el clásico hombre bajito y rechoncho, cabello mal cortado, cejas espesas y boca grande. La camisa blanca y el pantalón negro le hacían parecer el empleado de una funeraria, porque pese a estar acabando el verano, su piel era tan blanca como la camisa.

—¡Vaya, sargento! —reaccionó.

—¿Está tu padre?

—No, por la mañana llega tarde. Hacemos turnos. Él se ocupa del bar más bien por la noche.

Roberto Peláez sacó la foto de Julia del bolsillo.

—¿La conoces?

A Telmo Ortega le bastó un segundo.

—Sí, claro.

—¿Sabes algo de ella?

—¿Yo? No. —Pareció extrañarse—. Aquí los chicos y las chicas vienen a puñados, ya lo sabe, y para mí son como clones, todos iguales. Ellos visten las

mismas ropas de marca y ellas lucen su mismo desparpajo. Lo que pasa es que alguna siempre es especial, y esa niña brilla, claro.

—¿Esta es su pandilla? —Le enseñó la segunda foto.

La miró más atentamente.

—Sí, sí —afirmó—. Van juntos, casi siempre. Si no todos, parte. No son mejores ni peores que el resto. De propinas nada, que van cortos siempre de dinero. Pero hacen gasto, que es lo que cuenta.

—¿Sabes sus nombres, dónde viven...?

—No. Ni idea. Eso sí que ya sería... —Cambió de expresión y pasó de la afabilidad a la preocupación—. Oiga, ¿por qué lo pregunta? ¿Ha pasado algo?

Roberto Peláez no contestó. Miró a los dos camareros que en ese momento iban y venían de las mesas. No eran trabajadores ilegales. No allí. Los tenía controlados. Y bastante tenían con atender turnos de diez o doce horas, porque el bar abría temprano y cerraba tarde, exprimiendo hasta el último suspiro la temporada fuerte del año.

—Llámalos —le pidió a Telmo Ortega.

Lo hizo. Primero uno, joven, veinte años. Luego el otro, menos joven, en torno a los veinticinco y ya con anillo de casado. Uno no la conocía ni la reconocía. El otro sí, pero lo mismo que el dueño del bar: de vista.

Y porque no era de las que pasaba desapercibida.

Solo eso.

—Gracias, Telmo —se despidió del hombre.

—¡Espere! ¿No va a decirme qué pasa?

Ni se volvió. Levantó la mano derecha a modo de despedida.

Una vez en la calle, Roberto Peláez no se acercó al coche.

—¿Adónde vamos ahora? —quiso saber Narciso Olmedo.

—Al otro lugar de paso obligado por aquí —dijo su superior.

Y cruzó la plaza por el centro, para dirigirse a la heladería, asentada al otro lado y ya con gente disfrutando de su leche merengada, su horchata y sus helados.

25

En la heladería servían tres chicas, todas jóvenes, todas con su uniforme azul y una enorme sonrisa por bandera. La mayor no pasaría de los veintipocos, la menor rozaría los veinte. Al entrar ellos, una miró a Roberto Peláez; otra, a Narciso Olmedo, y la tercera atendía a una mujer que insistía en que su hijo se decidiera por el helado que quería.

—¡Vaya, el Ejército! —dijo con desparpajo la primera.

El representante de la ley se lo tomó con buen humor.

—No tanto —dijo—. Pero gracias.

—Siempre me pregunto, con el calor que hace, ¿cómo es que no vienen a tomarse un granizado o un helado? En fin... ¿Qué va a ser?

—Estamos de servicio. —Sonrió el sargento.

—¡Uy, ni que fuera alcohol!

—¿Usted ha visto a un uniformado tomándose un cucurucho por la calle?

—¡Venga, hombre! —Soltó una carcajada.

La segunda empleada seguía mirando a Narciso Olmedo.

Roberto Peláez ya tenía las fotos en la mano. Primero la de Julia. El tiempo empezaba a correr en su contra si es que la desaparición escondía algo más que un traspié fortuito provocado por una adolescente.

—¿La conoce?

—Sí, claro —asintió la joven.

—¿Sabe dónde vive?

—No, pero es muy amiga de una que no vive lejos. Una tal Esther. Yo paso por delante de su casa cuando vengo al trabajo. ¿Por qué?

—Rutina. —Pasó de la pregunta y sacó la segunda foto—. ¿Conoce a alguno de sus amigos?

—¡Ay, que me está asustando! —Se puso seria.

La segunda chica dejó de mirar a Olmedo y se unió a la primera. La tercera ya le cobraba el helado a la parroquiana, rápida, para unirse a sus dos compañeras.

—Conteste, por favor. —Fue cortés pero terminante.

—Esta es la Esther que le digo. —Señaló la foto del grupo—. El resto viene por aquí, como medio pueblo, ya sabe. El que no se pasa al menos una vez al día...

Roberto Peláez les mostró la foto a las otras dos muchachas.

Ninguna dijo nada.

Siguió dirigiéndose a la mayor del trío.

—Le prometo que en cuanto me quite el uniforme me paso para tomar un granizado —dijo—. Ahora, solo quiero que me indique dónde vive esa tal Esther, por favor.

26

Salva Maldonado no se había vuelto a dormir.

Su novia sí, a pierna suelta, una vez calmado su enfado por la inesperada e intempestiva visita de la Guardia Civil. Le había costado un par de minutos tranquilizarla y asegurarle que no pasaba nada, al menos en lo que estuviera metido él. Las ganas de dormir habían podido finalmente con ella.

A él, sin embargo, la cabeza le daba vueltas.

Gato viejo.

Demasiados años flirteando con el lado oscuro como para ignorar los indicios e intuir que allí estaba sucediendo algo.

Una pelea de chicas en los lavabos de la discoteca, no a golpes, solo a gritos, pero suficiente.

Una de ellas salía llorando.

Y por la mañana la Guardia Civil la andaba buscando.

Bueno, cada semana desaparecía alguien, no era nada del otro mundo, pero en algunos casos todo dependía de la publicidad que se le diera.

Si los medios de comunicación sacaban sus afiladas garras y las hundían en un tema...

Salva Maldonado abrió las fosas nasales y llenó los pulmones de aire.

Pero lo que olió fue dinero.

Todo tenía un precio.

Estaba limpio, se lo había dicho al sargento de la Guardia Civil. Limpio, con un trabajo y una novia potente. Victoria era un pedazo de mujer. Lo malo era que no aguantaría mucho viviendo allí, en aquellas condiciones y sin mucho futuro. Era demasiado guapa. Si se le hinchaban las narices, por no decir otra cosa, se largaría. De momento estaban juntos, pero a saber cuánto resistiría ella.

Tenía que hacer algo.

Y a lo mejor la oportunidad acababa de llamar a su puerta.

«Es guapa, diecisiete años, carita de ángel, cabello ensortijado. Se llama Julia Castro Giralt», le había dicho el sargento Peláez.

Julia Castro Giralt.

Diecisiete años.

Carita de ángel.

Perfecto.

Cogió el móvil y miró por la ventana. El perfil de la discoteca se recortaba contra el cielo azul a poca distancia. Una pirámide en medio de ninguna parte. Los jóvenes acudían en manada y con la permisividad en cuanto a la edad y tomar unas cervezas...

Buscó el nombre en la lista de contactos.

Cuando lo encontró, pulsó el símbolo de llamada.

27

Feliciano Sanjuán caminaba por la calle con cierta pereza.

Todavía no hacía el calor tórrido del mediodía o de primera hora de la tarde, cuando todo se fundía y nadie se arriesgaba a que se le ablandaran los sesos, pero el sol ya pegaba de lo lindo. Como mínimo debían de rondar los treinta y dos o treinta y tres grados. Encima, la ciudad era un horno. Los edificios exudaban fuego.

Y había quien decía que era peor en una gran capital, como Barcelona, Madrid, Bilbao, Valencia o Sevilla.

Bueno, en ellas al menos la vida era mejor.

Todo tenía un precio.

Se detuvo en el semáforo. Ningún coche. Optó por cruzar la calzada. Nadie a la vista. Parecía una ciudad muerta, abandonada. Al llegar al otro lado se pegó a las casas, para buscar un poco de sombra. Por desgracia, el sol caía ya casi recto sobre las calles.

Si se pegaba más a las paredes, acabaría pareciendo una cucaracha.

Sí, buen símil.

Feliciano Sanjuán se sentía así.

Una cucaracha. Kafka revisitado.

En la esquina se detuvo.

El edificio que albergaba el periódico quedaba ya a la vista. El periódico. «El» periódico. El único de la ciudad. Y tan amenazado de muerte como cualquier otro medio pequeño y local, de provincias. Ahora todo era *on line*, gratis. Ellos mismos tenían la versión digital, y más de una vez le tocaba subir contenidos porque estaban cortos de personal. Había dos embarazadas de baja a punto de parir y en verano quien más quien menos quería sus vacaciones.

Siguió en la esquina.

Desmoralizado.

Otro día más. Otra rutina. Cuando estudió periodismo tenía sueños. Ahora lo único que tenía era rencor.

Y no estaba seguro de a quién culpar por su mala suerte.

Todo iba a peor desde que Maribel Naranjo había asumido la dirección después de la enésima crisis, decidida a reducir gastos y a impulsar la cabecera como medio de comunicación local.

—Bruja —musitó para sí mismo.

Maribel lo tenía en el punto de mira.

Maribel...

Salió de su letargo, borrando la imagen de la maldita directora, al escuchar la música de su móvil.

Cuando lo abrió descubrió quién lo llamaba.

¿Salvador Maldonado?

Estuvo a punto de no contestar. Hacía mucho que no sabía de él, y si lo llamaba, dudaba mucho de que fuera por algo bueno. Maldonado era un jeta, un viejo amigo, o mejor decir examigo, extodo. Lo había conocido tiempo atrás, haciendo un reportaje, cuando todavía hacía reportajes y se movía fuera de la redacción.

Los buenos años.

El periódico lo esperaba.

Pero obedeció a su instinto y respondió a la llamada.

—¿Sí?

—¡Feliciano, cuánto tiempo! —Le estalló la voz de su interlocutor en el oído.

El mismo Salvador Maldonado de entonces.

De siempre.

—¿Qué haces? —Se limitó a contestar medio irritado, medio cansado.

—¿Todavía eres periodista?

Una extraña pregunta. Tan absurda como el inicio de aquella conversación.

—Pues claro, ¿por qué?

Y entonces, bajo el sol, en medio de la ciudad desierta, con el periódico a la vista y el peso de la rutina aplastándole los hombros, Feliciano Sanjuán escuchó aquello.

—¿Cuánto vale en exclusiva la desaparición de una chica de diecisiete años que ayer salió de una discoteca de madrugada y no llegó a su casa?

Segunda parte:
Las carreras

28

Vega y Nano se toparon con un coche de la Guardia Civil en el cruce. Iban bien, con casco los dos, porque ella llevaba siempre uno en la maleta de atrás, y además no corrían. Pero por experiencia sabían que eso no servía de nada. Si eran jóvenes, eran sospechosos. Si les daba por pararlos, los paraban y los molían a preguntas absurdas mientras inspeccionaban los papeles y comprobaban que estuvieran en regla.

Después de todo, allí, en un pueblo de segundas residencias, urbanizaciones y tan perdido, donde nunca pasaba nada, ¿qué iba a hacer la Benemérita?

En algo tenían que ocuparse.

El coche de la Guardia Civil, sin embargo, no solo pasó de largo, sino que aceleró.

Vega se fijó en los dos hombres, serios, silenciosos.

Se olvidó de ellos al momento y reemprendió la marcha. De las dos farmacias del pueblo, una estaba cerrada inexplicablemente. Y era la primera a la que habían ido. Quedaba la otra, la más vieja, la que más problemas podía darles en el caso de que la farmacéutica los reconociera, supiera de ellos o atendiera a sus padres.

Todo era posible.

Pero tampoco había vuelta atrás.

Rodaron apenas tres minutos más y Vega aparcó la moto a unos diez metros del establecimiento. Cuantas menos pistas o indicios de quiénes eran, mejor. Se quitaron los cascos pero no los guardaron. Se los colgaron del brazo y echaron a andar.

Nano estuvo a punto de agarrarla de la mano.

No lo hizo.

Vega sí.

Y se la apretó con fuerza.

Se alegraron de que solo hubiera un hombre con sus recetas pidiendo un sinfín de medicamentos. Era mayor, como de setenta u ochenta años. No supieron calibrarlo bien porque todavía había cosas que se les escapaban. Como la vejez. El hombre parecía quejarse por todo.

—Si es que necesitar, únicamente necesito estas tres, pero luego te dan esta para neutralizar los efectos secundarios de una y esta otra para equilibrar la

reacción de las otras dos. Y así..., ¡hala veneno! Usted ya me entiende, ¿no?

La farmacéutica era una chica joven, en torno a los veinticinco años.

Eso también los tranquilizó.

Pedirle lo que habían ido a buscar a una mujer mayor, o un hombre...

Esperaron a que el anciano pagara sus medicinas y saliera con una bolsita de plástico en la mano, refunfuñando algo para sí mismo. No había más clientes. Estaban solos. Otro punto a favor.

Fue Vega la que tomó la iniciativa, adelantándose a Nano.

Directa.

—¿Tenéis la píldora del día después?

La farmacéutica ni se inmutó.

—No, lo siento. Había una pequeña cantidad y esta mañana a primera hora se han agotado. Por lo visto la otra farmacia está cerrada y todo el mundo ha venido aquí.

—¿Traeréis más? —habló ahora Nano.

—Hoy no. Pero podéis ir al ambulatorio. —Se mostró comprensiva—. Estad seguros de que allí sí tienen y no habrá problemas. Además, aquí os costaría dieciocho euros con setenta céntimos y en el ambulatorio os la dan gratis.

—Es solo precaución... —dijo Vega con cierta ansiedad.

—Tranquila. —La mujer puso cara de circunstancias—. Y no te preocupes, que si fue anoche hay tiempo.

Entraron dos mujeres, parloteando acerca de lo incívicos que eran los veraneantes y el mucho ruido que hacían, con los coches, las motos, la música alta, los gritos...

Vega y Nano se despidieron.

Por lo menos sabían dónde estaba el maldito aunque salvador ambulatorio: a dos calles de allí.

29

Israel llegó a las inmediaciones de la casa de Julia acalorado y maldiciendo no haber cogido una gorra para protegerse del sol. Por suerte era de piel morena y no se quemaba, al contrario que Julia o Esther, sobre todo la primera. Vega tenía más aire mediterráneo. Incluso un deje de exotismo arábigo en su rostro.

Se detuvo a unos treinta metros del chalecito, por la parte de abajo, la misma por la que siempre iban y venían del pueblo, y observó el edificio.

El silencio, por allí, era igual que un grito vacío.

El jardín delantero estaba formado por grava y apenas media docena de árboles secos y delgados que se esforzaban no ya en crecer y extender sus ramas, sino en sobrevivir. Malgastar el agua, escasa, en regar las plantas no entraba en la prioridad de la mayoría de los vecinos, que se limitaban a lo más elemental. Por esta razón, desde la calle se veían las ventanas, si había algún tipo de movimiento en el interior.

Israel no vio nada.

¿Llamaba a la puerta y preguntaba directamente por ella?

Si dormía, no iban a despertarla. Y si la despertaban y se levantaba de mal humor...

¿No sería peor?

Antes de verlo, Julia querría arreglarse un poco. Coqueta sí era.

—Mierda... —Apretó los puños.

Se acercó un poco más.

Tenerla tan cerca, sentirla tan cerca, lo desesperó.

Bastarían unas palabras.

Julia lo entendería. Más aún: quizá ella misma se viniese abajo y comprendiera que lo sucedido la noche pasada era absurdo. El sentimiento tenía que ser mutuo.

Sí, tenía que serlo.

De lo contrario...

Unos pocos pasos más. Ya estaba casi en la entrada exterior.

Entonces la vio.

Almudena.

Almudena en una ventana, con el rostro hundido entre las manos y...

¿Llorando?

Israel se quedó en suspenso. Era tarde para dar media vuelta e irse. Siguió allí, en mitad de la calle, como una estatua, sin saber qué hacer. ¿Llegaba en mal momento, en plena bronca familiar? No conocía mucho a Almudena, solo de vista y de decirle «Hola» cuando iba con Julia, pero le caía bien. Le gustaba. Lengua rápida y mente perspicaz. Tenía el desparpajo de la mayoría de las hermanas pequeñas crecidas bajo el peso de una mayor precediéndola en todo. La clase de desparpajo vital y liberador que les confería su propia personalidad estallando por su cuenta al margen de la influencia de Julia.

Una adolescente buscando su espacio.

Almudena no solo lloraba, parecía aplastada por un peso invisible.

Iba a marcharse, rendido, cuando la chica levantó la cabeza.

Lo vio.

Entonces sucedieron dos cosas.

La primera, que ella desapareció de la ventana de golpe.

La segunda, que, en menos de cinco segundos, salió por la puerta de la casa y echó a correr hacia él sin importarle que su rostro estuviera bañado en lágrimas.

30

Juanca había dejado de llorar.

Ahora tenía los puños apretados y, frente al espejo, lo que menos quería era sentir todo lo que sentía. Algo, en su fuero interno, le decía, le gritaba, que eso significaba seguir el camino de la autodestrucción.

¿Iba a sentir lástima de sí mismo?

¿Le serviría de algo?

Nadie le daría un golpe de ánimo en la espalda. Nadie le pasaría la mano por encima de los hombros. Y si lo hacían, sería por piedad. Lo peor de lo peor. Cada cual se comía sus propios marrones. Cada cual vivía en su piel y en su mente. Todo estaba en uno mismo. Punto.

Iba a salir de casa.

Sí.

Dar un primer paso.

Pensar, también. No podía volver al mundo con la mente en blanco, como si no hubiera pasado nada. Pero sobre todo tenía que salir y dar ese paso, no quedarse encerrado en su habitación. Tarde o temprano, ese mismo día, tendría que ver a los demás. Incluso a Julia y a Israel. Pues mejor hacerlo pronto, que nadie lo echara de menos ni preguntara apenado, ni por supuesto sintiera esa maldita lástima.

Solo los perdedores la provocaban.

Si lo veían sonreír, si daba muestras de estar bien, sería mucho mejor.

Ya estaba vestido. Se echó un último vistazo en el espejo y se dirigió a la puerta. Ni pensar en despedirse de Sonia. Que se fastidiara. Si pensaba que él seguía en casa, a lo mejor se contenía un poco. Cerró la puerta con cuidado.

Luego echó a andar despacio, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

31

Israel trataba de asimilar todo aquello.

El torrente de palabras de Almudena, entre lágrimas y desconsuelo.

«Julia ha desaparecido».

«Julia no llegó anoche a casa».

«Julia no contesta al móvil y no sabemos nada de ella».

«Julia...».

La mente le daba vueltas. La sangre había escapado de su cuerpo, en medio de un subidón alucinante, y ahora estaba íntegramente albergada en su cabeza, tanto que estaba a punto de estallarle. Tenía el cuerpo frío y los ojos giraban sobre sus órbitas, mirando a la hermana de Julia pero sin verla.

«Julia ha desaparecido».

«Julia no llegó anoche a casa».

«Julia no contesta al móvil y no sabemos nada de ella».

«Julia...».

A duras penas consiguió sujetar a Almudena, no supo si para tranquilizarla o para que dejara de hablar atropelladamente. Cuando la chica sintió las dos manos en sus brazos, se vino abajo y se le echó encima, fundiéndose con su pecho.

Se deshizo, como una fina arenilla batida por el viento.

—Julia... —gimió.

Israel no supo qué hacer.

Salvo acabar abrazándola también.

—Almudena, espera... Quizá... No sé... Tranquila...

No era para estar tranquilo.

De nuevo el martilleo le machacó la mente.

«Julia ha desaparecido».

«Julia no llegó anoche a casa».

«Julia no contesta al móvil y no sabemos nada de ella».

«Julia...».

—Yo... la acompañé en coche... No entiendo...

Almudena se apartó de él. Por entre el vértigo de sus emociones, consiguió centrar un poco sus pensamientos.

—¿Que la... acompañaste?

—Sí, le pedí el coche a mi padre. Salimos de la discoteca y la traje hasta

aquí.

—¿Hasta aquí? —repitió ella como un loro.

—Bueno, hasta aquí exactamente... no.

—¿Por qué?

—Se bajó más abajo, por allí —señaló la distancia—, y subió a pie.

—¿Por qué hizo eso? —Alucinó Almudena.

No supo qué responderle.

Era la hermana pequeña.

—Cosas nuestras —dijo sin mucho convencimiento.

—¿A qué hora fue eso?

—Faltaba un cuarto de hora para las tres.

—¿Y no la viste entrar en casa, ni te esperaste, ni...?

Israel hizo lo que pudo para tragar el nudo de su garganta.

—Almudena, la vi caminar, sabes que no hay mucha luz por aquí de noche. Yo... —El nudo seguía allí, impidiéndole toda normalidad—. Aparté la vista unos segundos y cuando volví a mirar ya no la vi. Imaginé...

Los ojos de la chica se desorbitaron aún más.

—¡Oh, Dios mío! —exhaló.

Julia había estado a punto de entrar en casa.

Tan cerca.

Si no lo había hecho, era porque, ya sin la menor duda, alguien se la había llevado.

32

A Esther le parecía una bendición estar sola.

Se acababan de ir.

¡Todos!

Su padre, su madre y su hermano pequeño.

Ni siquiera le habían preguntado si quería acompañarlos. Sabían la respuesta. Menos problemas y malas caras. A saber adónde habrían ido. Ni le importaba.

La casa para ella sola.

Podía poner música...

No se sentía especialmente rebelde, pero sí furiosa. Y venía de antes, no del tema Israel-Julia. De hecho llevaba todo el verano invadida por una rabia que no sabía de dónde venía. Una rabia impotente que, a veces, la empujaba a la depresión y el llanto, y otras, a la ira.

Una ira que difícilmente lograba contener.

Estaba en guerra con todo el mundo, empezando por su familia.

No la entendían, ni lo intentaban.

Bueno, tampoco ella lo intentaba con ellos.

Iba a encerrarse en su habitación para escuchar música cuando sonó el timbre de la puerta.

¿Su hermano que se había dejado algo?

No, lo más seguro es que fuera la vecina, para quejarse de la mojadura de sus dos capullitos. O la del otro lado, la pesada, para pedir algo, que siempre se le olvidaban las cosas y, claro, teniendo vecinos, para que ir al súper, que estaba lejos.

Desde luego, si era la madre de los dos capullitos, no abría.

Se acercó a la puerta descalza, se puso de puntillas y puso un ojo en la mirilla óptica. Se le cortó el aliento al ver, deformados por el gran angular del cristal, a dos hombres uniformados.

Con tricornio.

¿Dos guardias civiles... en su casa?

El timbre sonó por segunda vez.

No tuvo más remedio que abrir. Se quedó en el umbral con cara de absoluto pasmo. No era baja, aunque tampoco alta, y más sin siquiera unas sandalias. Pero en ese momento se sintió pequeña. Incluso desnuda, con sus

pequeños *shorts* y su blusa recortada por debajo de los senos.

No pudo hablar. Lo hizo el que llevaba los galones.

—¿Eres Esther?

—Sí.

—¿Me puedes decir el apellido?

—Sanz.

—¿Están tus padres en casa?

—No, acaban de salir. —Empezó a reaccionar—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Tenemos entendido que eres amiga de Julia Castro Giralt.

—Sí.

—Anoche os peleasteis en la discoteca.

Esther abrió los ojos.

¿La pelea?

¿Alguien la había denunciado... por eso?

No pudo creerlo.

Frunció el ceño y se cruzó de brazos, porque de repente sí se sintió verdaderamente desnuda.

Volvía la rabia.

—No fue una pelea, solo una discusión de chicas. Nos gritamos y ya está. ¿Por qué...?

El sargento de la Guardia Civil no la dejó acabar.

—¿Por qué os peleasteis?

—Cosas nuestras.

—¿Un chico?

Esther se puso roja. Violentamente roja. Abrió y cerró la boca como una estúpida, sin saber qué hacer o decir. ¿La Guardia Civil estaba en su puerta hablando de su disputa con Julia? ¿En serio?

—¿Qué hicisteis luego?

—Oiga...

—Responde, y rápido.

Tuvo ganas de llorar, pero obedeció.

—Yo me quedé en los servicios, porque vino el de seguridad de la puerta y... bueno, se pasó un poco. No fue para tanto, pero se comportó como si yo qué sé qué hubiera sucedido. Julia se marchó.

—Llorando.

—No lo sé. Se marchó y ya está.

—¿Volviste a verla?

—No.

—¿Se fue de la discoteca?

—Sí. Llegó con Vega y me dijeron que se había ido con Israel, que traía coche. Eso es todo.

—¿Quiénes estabais en la discoteca?

—Pues... Julia, Vega, Israel, Juanca, Nano y yo.

El sargento de la Guardia Civil sacó la foto del grupo y se la mostró.

—¿Todos vosotros?

—Sí —dijo Esther palideciendo.

—¿Tienes sus teléfonos?

—Claro.

—Pues vas a tener que llamarlos y pedirles que vengan. —Dio el primer paso para entrar en la casa. Y antes de que Esther pudiera reaccionar, agregó —: Ahora.

33

Feliciano Sanjuán conducía rápido, aunque no tanto como para que lo detuvieran en plena carretera o lo pillara uno de tantos radares escondidos por todas partes. No estaba su economía como para tirar cohetes por una estupidez.

El pueblo quedaba relativamente cerca, a menos de media hora con buen tráfico.

Y la carretera estaba limpia.

Rebasó un camión y aceleró hasta sobrepasar en quince kilómetros el límite permitido. Luego redujo un poco. El GPS le mostró el camino libre de obstáculos.

Maldonado le había dicho que, de momento y según pensaba, la Guardia Civil estaba dando los primeros pasos, que ni siquiera era cosa de dominio público y que no se había desatado ningún tipo de alarma social.

Perfecto.

Eso era bueno.

Tenía que llegar el primero y, si se trataba de la desaparición de una menor, como parecía, abrir la caja de los truenos.

En primera línea.

¿Cuánto valía una exclusiva así?

¿Y cuánto, si sabía mover bien los hilos y conseguía acceso a la familia antes que nadie?

Había llamado a Maribel Naranjo para decirle que tenía algo gordo, que se iba a por el becerro de oro: una exclusiva. La directora del periódico se había mostrado escéptica, siguiendo su natural estupidez y falta de olfato periodístico, aferrada a su pequeña realidad.

—¡Sanjuán, no me vengas con idioteces! ¿Una exclusiva? ¿Qué pasa, que han llegado los marcianos y solo lo sabes tú? ¿Desde cuándo hay exclusivas de algo por aquí? ¿Has pillado a un par de famosos montándoselo o qué?

—Tú ten a punto a alguien, por si he de dictarle algo por teléfono. Solo te digo eso.

—¿Te crees que estamos en los años cuarenta y que tú eres Jack Lemmon y yo Walter Matthau?

No supo de qué le hablaba.

Ni falta que hacía.

—Estoy conduciendo y no quiero que me pare la poli, ¿vale? ¡Confía en mí por una vez!

—¡Sanjuán!

Y había colgado.

Ahora el móvil estaba momentáneamente apagado.

Vio un letrero a su derecha. El nombre del pueblo y la distancia: diecisiete kilómetros.

Rebasó de nuevo el límite de velocidad. La carretera estaba despejada. Por allí no debía de pasar mucha gente. Se dirigía a un pueblo como tantos, solitario y perdido. Un pueblo que se volvería loco y se convertiría en foco de atención nacional como todo resultara cierto y no se tratara de una chiquillada adolescente.

Si la tal Julia Castro Giralt había sido violada, o estaba muerta...

Bastaba con que tardase un poco en aparecer el cuerpo.

Sí, todo un número uno.

Feliciano Sanjuán sonrió.

Y no le importó hacerlo. Después de todo, estaba solo y no tenía que fingir.

34

El ambulatorio sí estaba lleno. Venía a ser un pequeño hospital para las urgencias. Un niño que se había tragado una moneda de dos euros, una mujer con un corte producido al escapársele el cuchillo, un hombre con dolores de lumbalgia por una caída... Sin embargo, el servicio era rápido. No llevaban más de diez minutos cuando una enfermera se les acercó con una sonrisa. La otra atendía al hombre de la lumbalgia, que gritaba de dolor asegurando que no podía moverse.

—Hola, ¿en qué puedo ayudaros?

Volvió a ser Vega la que tomó la iniciativa. Y lo hizo con cierta prevención.

—Nos han dicho en la farmacia que aquí podíais darnos...

No tuvo que acabar la frase.

—¿Día después?

—Sí.

—Venid por aquí. —Se dio media vuelta sin esperarlos.

La siguieron hasta un pequeño despachito. No había nada, salvo un ordenador y algunos carteles por las paredes. Todos eran de prevención de algo excepto uno, que iba dirigido a las mujeres para evitar la violencia de género. «La primera ha de ser la última», decía el eslogan más evidente. La enfermera se sentó en su silla y ellos dos delante, al otro lado de la mesa, metálica y aséptica.

—Veamos —fue de nuevo directa—, ¿cuándo lo hicisteis?

—Me salí, seguro —dijo Nano—. Pero es por si acaso, ¿sabe?

—No pasa nada —se dirigió otra vez a Vega—. ¿Fue anoche?

—Sí.

—¿Hora?

—Sobre la una y media o las dos, no estoy segura.

Comprobó la hora en su reloj. No le cambió la cara.

—¿Cuándo ha de venirte el período?

—Pasado mañana.

—¿Eres puntual?

—Sí.

—De acuerdo, bien. —Hizo un gesto de satisfacción—. Tranquila, que no estás en fase de riesgo. Sea como sea, mejor tomar precauciones, sí.

—Gracias.

La enfermera sacó del primer cajón de la mesa una hoja de papel y algo más.

La famosa píldora.

—¿Nombre?

—¿He de... darlo? —Se asustó Vega.

—Es confidencial, no temas. Solo es por control interno, y por si volvieras otra vez la semana próxima o la otra. No es aconsejable abusar.

—No, no, yo no... —Se encontró con la ahora seria mirada de la mujer y comprendió que era mejor no decir nada y seguir el protocolo—. Está bien, perdone. Es que...

—Es un poco duro, lo entiendo. Pero si os sirve de algo, no sois los únicos. Tampoco voy a deciros que no juguéis con eso y que la próxima vez tengáis cuidado. Parecéis saberlo.

—Sí, señora —asintió Nano.

—Me llamo Vega Marcos Narit —confesó ella.

La mujer empezó a anotarlo. En ese instante sonó el móvil de Vega.

Se sobresaltó.

Lo sacó del bolsillo y le echó un vistazo.

—Es Esther —dijo.

No hizo falta que la enfermera le pidiera que lo apagara. Lo hizo sin contestar la llamada.

Era raro que Esther no usara el WhatsApp.

—¿Edad?

—Cumplo dieciocho dentro de dos semanas.

—Diecisiete. —Escribió.

El que sonó ahora fue el móvil de Nano.

Segundo sobresalto.

La enfermera ya no levantó la cabeza. Dejó que él mismo lo apagara.

—Es... Esther. —Se extrañó tanto como Vega.

Intercambiaron una mirada de duda.

Dos llamadas.

Esther.

Primero, la píldora. Y salir de allí cuanto antes.

A veces a Esther se le iba la pinza. ¿Qué podía ser tan urgente como para que les telefoneara a los dos en lugar de usar el chat del grupo?

35

Juanca caminaba sin aparente rumbo fijo, aunque sus pasos lo llevaban indefectiblemente hacia la plaza mayor. Seguía con las manos en los bolsillos y la cabeza baja, con la vista fija en el suelo. No sabía con quién se encontraría primero, pero ni tenía ganas de llamar a nadie ni esperaba que nadie lo llamara a él hasta la hora de comer, quizá incluso luego.

¿Le preguntarían?

¿Tendría que dar explicaciones?

Bueno, Vega y Nano lo apoyarían. Siempre lo hacían. Vega era maravillosa.

Nano había tenido suerte.

El día era espectacular. Ni una nube. Juanca, sin embargo, lo veía negro y lo sentía amargo.

Tenía que masticar el dolor y tragárselo despacio.

Una moto de gran cilindrada pasó por su lado, atronando el espacio, y por este motivo no escuchó el móvil en su primera llamada, aunque sí notó la vibración en el bolsillo del pantalón.

Se detuvo.

Miró la pantalla.

Esther.

Vaciló por un momento. Esther era una tía estupenda menos cuando se sentía el centro del universo o le pasaba algo. Entonces los demás planetas del sistema solar debían girar en torno a ella.

Antes de responder la llamada, comprobó el WhatsApp.

Ningún mensaje.

Era raro que su amiga utilizara el móvil para llamarlo.

Juanca abrió la comunicación al comienzo del cuarto zumbido.

—¿Sí?

La voz de Esther no era la normal. Por un lado, la notó revestida de una grave seriedad. Por el otro, rozando un evidente desgarro emocional.

—Juanca, ¿dónde estás?

—Caminando. Iba a la plaza.

—Ven a mi casa, por favor. Es muy urgente.

Era más que una «grave seriedad» y, desde luego, el «desgarro emocional» era más que evidente.

—¿Qué pasa?

—Estoy llamando a Vega y Nano y no contestan. Intenta localizar también a Israel, por favor. Y no tardes.

—Esther, ¿estás bien?

—No —se le quebró la voz.

Juanca sintió un extraño frío en los huesos.

Esther era dramática, pero no tanto como para...

—¿Qué pasa? —insistió.

Y las palabras de su amiga penetraron lentamente, como cuñas frías en su mente:

—Julia ha desaparecido. No llegó a casa anoche. La Guardia Civil la está buscando.

36

La escena en la casa era irreal.

Una pesadilla.

Los padres de Julia, Almudena y él.

Centro de todas las miradas.

Israel tenía los ojos bajos, la vista fija en una baldosa, su único punto de apoyo en todo el universo. Estaba sentado en el sofá de la sala, inmóvil. A su lado, Almudena. En una de las butacas, la madre de Julia, rota, hecha un guiñapo. De pie, siempre de pie, el padre, con la mirada descargada a plomo sobre el recién llegado.

—Pero ¿cómo pudiste dejarla sola?

Era la tercera o la cuarta vez que se lo preguntaba.

Y vuelta a empezar.

—No quiso que la acompañara hasta la puerta, señor. Y total, estaba ahí mismo.

—¿Por qué no quiso?

—No lo sé.

—Es que no lo entiendo. —Levantó los brazos y los dejó caer a plomo—. ¡Tenías que haber insistido más!

—Papá —se atrevió a intervenir Almudena—. Si se marchó en la moto de su amiga y oís que llega en un coche, la coséis a preguntas.

—¿Así que es culpa nuestra? —la fulminó con la pregunta la mujer.

—No, mamá. No es culpa de nadie. Es solo... —no encontró la palabra adecuada.

—¿Precaución, miedo, qué? —insistió su padre.

Almudena prefirió no volver a abrir la boca.

El interrogatorio no menguó. La desesperación tampoco.

—Pero dices que la viste subir, ¿no? —rompió el breve silencio el cabeza de familia.

—Sí, sí, señor —se resignó Israel—. Por lo menos un tramo. Un tercio o más.

—¿Y luego?

—No lo sé, ya se lo he dicho. Aparté los ojos un momento, creo que para poner la radio, y cuando volví a mirar, ella ya no estaba, o al menos ya no la vi. Era esa zona oscura, a mitad de camino, donde está el terreno sin edificar.

—Mitad de camino, mitad de camino —jadeó desesperado el hombre.

—Hay que decírselo a la Guardia Civil —intervino la madre de Julia—. Está claro que ya no es una chiquillada. Alguien..., alguien...

Almudena se levantó rápida y le cogió las manos al límite.

—¡Mamá!

Su marido ya no se movió.

Fue en ese instante cuando sonó el móvil de Israel.

La música danzó como un latigazo burlón por encima de sus cabezas.

No iba a contestar, solo quería mirar quién era.

Pero lo hizo al descubrir que era Juanca.

Tenía que decírselo a los demás.

La madre de Julia lloraba, Almudena la consolaba, el padre seguía mirando a su visitante como si fuera un asesino en serie.

Si se producía la tragedia, todos ellos serían sospechosos.

Israel el primero.

—Juanca, mira, ahora no...

—Israel —lo detuvo en seco su amigo—, escucha, no te asustes, pero Julia ha desaparecido. La Guardia Civil está en casa de Esther y nos quieren ver a todos, a los cinco. Vente zumbando, ¿vale? No puedo decirte más, ¿vale? Israel, ¿me oyes? Israel...

37

Salieron al exterior.

Más tranquilos.

Aunque culpables.

Solo entonces, Vega rompió a llorar y esperó a que Nano la abrazara y la consolara, a pesar de lo complicado que era hacerlo sujetando cada cual su casco.

—Venga, ya está, vamos... No volverá a pasar.

—Jo... —gimió ella furiosa.

¿Había que pagar un precio por la felicidad, por un simple error, o como quisieran llamarlo?

Nano le acarició la cabeza, hundió los dedos bajo el pelo de su compañera y le presionó el cráneo con la mano.

Quedaba tanto por descubrir.

—Tranquila, ya has oído lo que te ha dicho, no vas a quedarte en estado.

—Es que todo ha sido... tan rápido. —Siguió llorando con el rostro hundido en el cuerpo de él.

Nano temió hacer la pregunta. Era la segunda vez desde que se había reunido con ella.

—¿Te arrepientes?

Vega reaccionó de manera fulminante, como lo había hecho en la primera ocasión.

—¡No! —gritó otra vez, tan apasionadamente como antes—. Sé que anoche pasó algo... maravilloso, único. No imaginas ni siquiera cómo me siento, lo feliz que... Es como si ayer hubiera muerto una niña para dar vida a una mujer, no sé si me explico. Como eso de las crisálidas y las mariposas.

—Desde luego, una mariposa sí eres. —La besó en la punta de la nariz.

—Tonto —suspiró Vega.

—Supongo que nos toca esa fase de bobería típica de los enamorados de la que nos reíamos no hace mucho.

—Pues me va a encantar —afirmó ella—. Y no me importa nada que seas bobo y yo me sienta una gilipollas.

—¿Te sientes así?

—No sé cómo me siento. —Soltó un bufido, se separó de él, entrelazaron los dedos de la mano y echaron a andar para alejarse del ambulatorio, no fuera

a verlos alguien—. Es una mezcla de sensaciones. Estoy feliz por todo esto, pero no quisiera volver a pasar algo como lo de esta mañana. He llegado a... tener miedo, casi pánico.

—Pues no somos los únicos. Ya has visto que se han agotado las píldoras esas —quiso bromear.

—Antes te reía las gracias y lo hacía por cualquier tontería, ya lo sabes —dijo Vega fingiendo seriedad—. Ahora vas a tener que esforzarte un poco más. Subir el listón, ya me entiendes. Tienes un compromiso conmigo.

—Ah, ¿sí?

—No vayas a pensar que soy una chica de risa fácil.

Nano soltó una carcajada.

—¿Vamos a un lugar tranquilo? —le propuso.

Vega se detuvo de golpe.

—¿Qué querría Esther? —Recordó las dos llamadas telefónicas.

—¿La llamamos o pasamos? —Vaciló él.

—Lo de que use el teléfono no es muy normal. Pero como sea uno de sus arrebatos...

—Nos da el día —terminó la frase.

—¿Pasamos? —Puso cara de niña mala.

—Vale —asintió Nano.

Pusieron los móviles en silencio, llegaron a la moto, se insertaron los cascos en la cabeza, se montaron y Vega le dio al encendido del motor.

38

Feliciano Sanjuán entró en el pueblo a velocidad muy reducida, observando el paisaje, las casas, la gente que caminaba perezosamente huyendo del sol. Vio a dos mujeres enlutadas de la cabeza a los pies sosteniendo sendos paraguas no menos negros, para protegerse. La ciudad era pequeña, pero el pueblo daba la impresión de pertenecer, todavía, a la España profunda. Un lugar tranquilo y silencioso en el que nunca pasaba nada.

No parecía un sitio afectado por una tragedia, no había corrillos, todo se mantenía en la habitual calma de un día de verano.

Así que, o a la chica ya la habían encontrado, y adiós notición sensacional, o se mantenía el secreto mientras se producían las primeras diligencias e investigaciones.

Encontró una señalización que indicaba el camino del centro y lo tomó. En dos minutos llegó a la plaza mayor. La rodeó a la misma velocidad reducida, poco más de diez kilómetros la hora. La alcaldía, la iglesia, un bar con muchas mesas fuera, una heladería, un par de tiendas de las de «toda la vida», algo que ya se había perdido en las ciudades, y un discreto rectángulo arbolado, en el centro, presidido por una glorieta antigua, de las que los viejos llamaban eufemísticamente «de antes de la Guerra».

Quizá aquella fuera incluso más antigua.

Cien años.

Historia.

Detuvo el automóvil en un ángulo de la plaza, en doble fila y sin apagar el motor, y calculó sus posibilidades. La alcaldía estaba allí mismo, pero dudaba de que supieran algo, en un sentido u otro. No, si quería información veraz y puntual, tenía que acudir a la fuente.

La Guardia Civil.

Puso el vehículo de nuevo en marcha y buscó algún cartel orientador. Lo encontró en cuanto salió de la plaza y enfiló por la calle más ancha. Siguió la ruta hasta que se perdió y tuvo que preguntar. La primera mujer le dijo que no lo sabía. La segunda sí. No estaba lejos.

Otros dos minutos.

Nada más bajarse del coche exhibió su sonrisa más profesional y distendida. Hizo algo más: sacar la cartera del bolsillo y tenerla preparada. Cruzó la puerta bajo el arco marcado con la eterna consigna, «Todo por la

patria», y a la derecha se encontró con un agente sentado detrás de una mesa. Escribía algo a mano, sin prisas, como si hiciera prácticas de caligrafía. Al notar que tenía un visitante, levantó la cabeza. Era un hombre joven, ojos juntos, nariz aguileña, cabello cortado por alguien que debía de odiarlo mucho.

Feliciano Sanjuán no perdió el tiempo en cháchara inútil ni en presentaciones. Sabía que lo mejor era poner la directa. Un joven agente de la Guardia Civil en un pueblo como aquel no parecía representar un obstáculo.

A fin de cuentas la experiencia contaba.

—Vengo por lo de la chica desaparecida —dijo mostrándole su credencial de prensa.

El agente abrió los ojos.

Reaccionó como el periodista esperaba.

—¡Caramba! —Se echó para atrás, conmocionado—. ¿Cómo se enteran de estas cosas?

Feliciano Sanjuán sonrió con un deje de superioridad.

—Tenemos nuestros trucos —dijo.

—¡Pues de momento no hay nada! —Abrió las manos el uniformado—. ¡Y ojalá no lo haya! Todavía es pronto. Una borrachera puede durar horas, o una buena resaca en casa de una amiga o del novio o... ¡Vaya usted a saber!

—Así que aún no ha aparecido.

—¿No me diga que vamos a salir en los papeles?

—Depende.

—Pues lo que faltaba. —Volvió a apoyar los codos en la mesa y puso cara de circunstancias.

—Usted no sabrá dónde vive la chica, ¿verdad? Julia Castro Giralt —preguntó Feliciano Sanjuán lanzado y dispuesto a no soltar su presa.

39

Esther dejó el móvil, agotada.

La cabeza seguía dándole vueltas.

Y frente a ella, aquel hombre, que no paraba de hacerle preguntas y de mirarla con gravedad, como si, de pronto, todo el mundo fuese sospechoso de algo.

De locos.

—Háblame de la pelea.

Cerró los ojos y apenas si pudo decir:

—No fue una pelea, solo discutimos.

—De acuerdo. ¿De qué o sobre qué discutisteis?

—Cosas nuestras —suspiró desangelada, sin fuerzas para levantar ni siquiera una mano.

—Si tu amiga ha desaparecido, ya no son cosas vuestras —le recordó el sargento de la Guardia Civil.

Esther logró mirarlo a los ojos.

La poseía el dolor.

El dolor y todas las fuerzas que, poco antes, habían estado desarbolándola.

Ira, rabia, frustración...

—Nos gusta el mismo chico, eso es todo.

Los dos guardias civiles intercambiaron una rápida mirada. El de menor rango estaba de pie.

—Pero sois amigas. —El sargento agitó levemente la fotografía del grupo, que sostenía en la mano.

—Sí.

—¿Y de pronto...?

—¿Qué quiere? Imagino que estas cosas pasan.

—Supongo —convino él—. ¿Quién empezó la discusión?

—No lo recuerdo... Las dos... No sé, fue algo espontáneo. Estábamos en el lavabo y... —Bajó la cabeza y rozó un atisbo de subidón emocional que le llenó los ojos de lágrimas.

—Esther —la voz de Roberto Peláez se hizo suave, amigable—, pasara lo que pasara, Julia ha desaparecido. Querrás que la encontremos, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Entonces ayúdanos.

—¿De qué va a servirle que le cuente nuestra discusión?

—Importa mucho el estado en el que salió Julia de la discoteca. Saber si estaba disgustada, frenética, humillada o con ganas de asesinar a alguien, que imagino que, en momentos así, debe de ser algo típico de la adolescencia.

—No somos adolescentes —se defendió ella con rabia—. Eso es a los catorce. Hace mucho que dejamos de ser unos críos.

—Bien, eres una persona adulta, pues compórtate como tal. —El tono se hizo finalmente duro—. ¿Qué sucedió en esa discusión, Esther? ¿Te recuerdo que el tiempo apremia y que cada minuto que pasa puede resultar fatídico para Julia?

40

Esther veía a Julia desde la parte más alta de la pista.

Allí estaba ella, feliz, ojos cerrados, brazos en alto, bailando, moviéndose como una odalisca, bañada por los haces de luces de colores y machacada por el torrente decibélico de la música que estallaba en toda su dimensión.

Julia y su absorbente languidez.

Julia y su aire de princesa Disney.

Julia y su fácil encanto.

Sí, era preciosa.

Julia era preciosa.

No bailaba sola. Por supuesto allí estaban ellos, los dos, como perritos falderos, siguiendo aquella especie de carrera o locura iniciada apenas unos días antes, como si el final del verano hubiera acelerado sus adrenalinas o hubiese disparado una curiosa ansiedad de acabarlo bien, por todo lo alto.

Israel y Juanca.

¿Qué les pasaba a los tíos?

¿De pronto se levantaban un día y ya no eran los mismos?

Creía que los cambios de humor eran más propios de las chicas y de sus ciclos. O del hecho de crecer y hacerse mujeres antes que los hombres.

Julia seguía con los ojos cerrados.

Israel la miraba a ella.

Y Juanca, a él.

Los tres al límite, aunque la que menos parecía darse cuenta era Julia.

Esther se quitó un atisbo de lágrimas de los ojos.

Todo el verano había tenido la esperanza de que Israel se fijara en ella. Desde el primer día, al verlo, en el reencuentro, su corazón se había disparado. Israel ya no era el del verano anterior. Un cambio asombroso. Guapo, perfecto, esbelto... Pensó que tenía tiempo, que era cuestión de lógica sentimental. Entonces había aparecido Julia.

Ella también había cambiado.

Primero no pasó nada. Tocaba divertirse, no complicarse la vida. Pero luego...

Miradas, roces, silencios...

En la pista, Julia dejó de bailar y se abrió paso por entre la abigarrada masa de chicos y chicas que se movían al compás del ritmo. Logró atravesar

aquella marea humana mientras Israel y Juanca se quedaban atrás, observando su rastro. Una vez fuera de la pista, se dirigió a los servicios.

Y Esther fue tras ella.

Algo irracional, sí. Algo imprevisto, sí. Pero lo hizo.

En el baño de chicas había solo media docena de urgencias. Algo raro, cuando a veces había que hacer cola para aliviarse o retocarse un poco. Esther no vio a Julia, así que la imaginó en uno de los retretes.

Esperó.

Al salir su amiga, no perdió ni un segundo.

—¿Vas a por él?

Para Julia fue como si la pillara a contrapié.

—¿Qué?

—Siempre has dicho que no querías líos sentimentales, que tenías las ideas claras.

El contrapié se hizo luz. Pero la sorpresa no menguó.

—¿Qué te pasa?

—Responde: ¿vas a por él?

—No seas cría, va. —Pasó de ella para mirarse en uno de los espejos situados encima de los lavamanos.

—¡Julia!

El grito la sobresaltó.

Las demás chicas centraron su atención en ellas.

—Esther, vale ya, ¿quieres?

—¡Si a ti no te importa, a mí sí!

—¡Pues díselo a él! —reaccionó.

—¿Lo quieres?

Otro impacto. Fue como si Julia recibiera una bofetada.

—No voy a responder a eso. —Miró a Esther en el espejo.

—Sí, lo quieres —rezongó ella con más y más amargura—. Pero tienes tanto miedo que...

—¡Ya basta!

—¡Vas a volverlo loco! ¡Israel no se merece esto! ¡No eres más que una calientabraguetas que va de puritana!

—¿Quieres callarte?

—¡Los tienes ahí afuera a los dos, babeando por ti! —Apretó los puños—. ¿Crees que eso no significa nada? ¿De verdad eres tan estúpida o estás tan ciega?

Las demás chicas iniciaron la retirada. Quizá para pedir ayuda. Una se quedó, fascinada por la disputa o tal vez para evitar el posible siguiente paso en la escaramuza verbal.

Esther seguía con los puños apretados.

Nunca había sentido ganas de pegar a nadie.

Ahora sí.

De pronto vio cómo Julia se venía abajo: se abrazaba a sí misma y rompía

a llorar.

El resto fue muy rápido.

Julia pasó por su lado, sin tocarla, completamente rota, y unos segundos después de salir por la puerta de los servicios apareció el guardia de seguridad, con cara de muy pocos amigos.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué pasa aquí?

41

En las afueras del pueblo, bajo un árbol protector, sentados sobre la hierba uno al lado del otro, con las manos entrelazadas y en silencio, Vega y Nano miraban la línea montañosa situada al oeste. Una línea que iba prácticamente de lado a lado de su horizonte. Daba la impresión de ser una frontera, una barrera tras la cual se escondía el más allá, o el futuro, o ambas cosas a la vez. El mundo era grande para imaginarlo y pequeño para soñarlo.

Ellos tenían sueños.

Agitados por su nueva etapa vital.

De pronto se sentían muy lejos de todo.

Un avión dejó una estela blanca en el cielo.

—¿En qué piensas?

La pregunta de Nano flotó en el aire.

—En nada —acabó respondiendo ella.

—Siempre se piensa en algo —insistió él.

—No, de verdad. Solo me siento bien. Ya está.

—Yo lo que siento es una... No sé cómo llamarlo. ¿Paz?

—Sí, eso también —asintió la chica.

—¿Qué crees que dirán los otros?

—Creo que Juanca nos vio.

—¿Estás segura?

—Me pareció que miraba hacia nosotros cuando nos estábamos besando en la discoteca.

—¡Oh!

—Si hubieran sido Esther o Julia, ya lo sabrían todos. Juanca no creo que diga nada. Lo quiero mucho, es muy buen tío. Esperará a que lo hagamos nosotros, o a que los demás nos vean.

—Lástima que se haya fijado en Julia y ella pase.

—Bueno, Julia es muy suya. De todas formas, estando Israel...

—Acabarán juntos.

—No lo sé. Julia parece frágil, pero no lo es. Sus ideas y sus ideales son más fuertes que ninguna otra cosa. Siempre ha dicho que no quiere atarse a nadie y es de las que cumple lo que dice cuando algo se le mete entre ceja y ceja. Una vez me dijo que no creía en los amores de verano, que no eran más que tapones en el agujero de una ansiedad.

—¿Dijo esa misma frase? —Se echó a reír Nano.

—Sí. Para ella el amor es algo serio, y sabe que suele interferir en la vida y en los planes de las personas.

—Eso es ser pragmático.

—Pues ella es pragmática.

Nano jugó con los dedos de Vega, acarició las yemas, la punta de las uñas, la suavidad del dorso de la mano.

—¿Consideras que esto nuestro es un amor de verano? —preguntó.

—Lo habría sido si nos hubiéramos enrollado al comienzo, pero ahora, al final... No, no lo creo. Yo nunca había sentido nada igual.

—Yo tampoco.

Era la hora del siguiente beso.

Vega se puso encima de él, de cara.

Duró una breve eternidad.

—Te quiero —musitó Nano.

—Yo también —suspiró Vega.

Se quedaron mirando un puñado de segundos, pero no hubo un segundo beso.

—Tenemos los móviles en silencio —le recordó ella.

—¿Y qué?

—¿No sientes curiosidad por las dos llamadas de Esther?

—No.

—¡No seas malo! —lo reprendió ella—. ¿Vamos a vivir desde ahora al margen de los demás?

—Está bien... —Nano alargó la última vocal.

Fue él quien extrajo el móvil de su bolsillo. Le anuló la opción de silencio y le echó un vistazo.

—Hay un montón de *wasaps* del grupo, y también llamadas perdidas de Esther y de Juanca —dijo.

Vega frunció el ceño.

—¿Qué dicen los mensajes?

Nano abrió el chat del grupo.

Al instante, el bombardeo.

Esther y Juanca.

Los leyó en voz alta, rápido, hasta el quiebro de su voz con el último.

—«¿D estáis?», «¡Llama!», «Venid a mi casa. Urgente», «Está ak la Guardia Civil», «Julia ha desaparecido!!!!!».

La expresión «Guardia Civil» ya había alarmado a Vega.

«Julia ha desaparecido» la hizo brincar de un salto mientras se llevaba las manos a la boca.

42

Juanca estaba sentado junto a Esther. Los dos miraban al sargento de la Guardia Civil con aprensión. El otro, el agente, seguía de pie, con aire circunspecto. Esther incluso pensó que, sin el uniforme, debía de ser mono.

Un pensamiento inoportuno.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Roberto Peláez.

—Juanca.

—Tu nombre completo —pidió.

Pareció como si le costara decirlo.

—Juan Carlos Rey Ferrer.

Ponerle Juan Carlos a un niño apellidado Rey parecía un chiste.

Pero no lo era.

No hubo ningún comentario.

—De acuerdo, Juan Carlos. Cuéntame lo que recuerdes de anoche.

—Es que... no sé, no hay mucho.

—Si a Julia le ha pasado algo, cada detalle cuenta. ¿Viste cualquier cosa rara, alguien que la mirara, que se le acercara, que le dijera alguna palabra, aunque solo fuese un piropo...?

—No, qué va. Llegamos, nos pusimos a bailar y... Eso fue todo.

—Julia se marchó después de la pelea con Esther —le puso en situación el sargento—. ¿Qué pasó antes?

Juanca miró a Esther. La chica bajó la vista.

Hubo un pequeño silencio.

—Ya le he explicado que no fue una pelea, solo una discusión —le dijo ella a Juanca.

—Yo ni siquiera sé qué pasó —le hizo notar él—. Julia se marchó llorando y tú estabas tan enfadada...

—Detalles, Juan Carlos. Detalles —le apremió Roberto Peláez.

—A ver. —Hizo memoria levantando un poco las cejas para centrarse—. Vega y Julia llegaron en moto. Luego lo hicimos nosotros tres, Israel, Nano y yo. Israel llevaba el coche de su padre, así que nos recogió. A ti te llevó tu padre, ¿verdad, Esther?

—Sí —rezongó con fastidio.

—Por cierto —Roberto Peláez se dirigió a la chica—, ¿dónde están tus padres?

—Han salido, no lo sé. Pueden llegar de un momento a otro para comer.

—Sigue —le ordenó a Juanca.

—Si es que no hay más, de verdad. —Abrió las manos impotente—. Nos pusimos a bailar y luego...

—¿Luego qué?

—Vega y Nano se enrollaron y en un visto y no visto ya no estaban.

La que abrió ahora los ojos fue Esther.

—¿Vega y Nano?

—Sí —asintió su amigo.

—Increíble —susurró ella.

—¿Cuando dices que se enrollaron...? —ahondó el sargento.

—Los vi besarse. Y no son de los que les da un calentón sin más. Creo que había algo entre ellos aunque sin darse cuenta, sin siquiera saberlo.

Esther suspiró.

Un extraño suspiro mezclando cansancio, impotencia, agotamiento...

—O sea que ellos dos se marcharon —siguió Roberto Peláez.

—Sí.

—¿No volviste a verlos?

—No, ni sé de ellos. Ya ve que no contestan a las llamadas ni a los mensajes.

—Quedabais Israel, Julia, Esther y tú.

—Estábamos bailando, hasta que Esther salió de la pista y fue a la barra a pedir algo. Quedamos Julia, Israel y yo. Luego la que se marchó fue Julia. Israel y yo seguimos un par de minutos hasta que también dejamos la pista. Entonces vimos a Julia que salía del servicio de chicas llorando. Se dirigió a Israel y le pidió que la llevara a casa en el coche.

—¿Lo hizo?

—Sí, claro. Aunque Julia había ido con Vega en la moto, yo creo que Israel llevaba el coche justamente para tener una oportunidad con Julia. Se marcharon los dos juntos.

—Por lo tanto, Israel fue el último que vio a Julia, ¿no es así? —Puso el dedo en la llaga Roberto Peláez.

43

Juanca miraba a Julia.

¿Cómo se medía el deseo?

¿De qué forma podía controlarse la ansiedad?

La tenía allí mismo, tan cerca que se rozaban continuamente debido a lo llena que estaba la pista de baile. Incluso la olía. Porque Julia olía a leche y miel, a paraíso, a pureza y amor. Bastaba con cerrar los ojos. El olor era uno de los más poderosos afrodisíacos emocionales y él, casualmente, siempre había tenido un buen olfato. Todo el mundo lo decía. Así que la apreciaba aún más. Algo que lo enloquecía, hacía que sus instintos naufragaran en el desasosiego.

Lo malo era que también Israel la tenía allí mismo.

Estaban los tres.

Esther acababa de irse, y de pronto ya no había nadie más.

Ni Vega, ni Nano, desaparecidos misteriosamente tras su volcánica y apasionada entrega de un rato antes.

Nadie los había visto, solo él.

Y mejor no decir nada.

No cuando lo que más deseaba era estar con Julia a solas y decirle la verdad.

Que la quería.

Que estaba enamorado.

Que...

Seguían bailando.

Julia tenía los brazos en alto y los ojos cerrados. Agitaba su rizada melena. Era un sueño. Un sueño hecho carne. Todo en ella era perfecto, o al menos a él se le antojaba que lo era. La piel suave, los brazos torneados, las axilas depiladas, el pecho comedido, los labios entreabiertos y húmedos...

Juanca sabía lo que era dolerle el cuerpo.

De arriba abajo.

Miró a Israel.

Israel también la miraba a ella.

Era su amigo, pero en ese instante lo odió.

Si Julia tenía que elegir...

¿Y si pasaba de los dos?

Cuando hablaba de sí misma y de su futuro, lo hacía con tanta firmeza y contundencia...

«El amor es un freno para los sueños», les había dicho unos días antes.

Pero ¿existían los sueños sin amor?

Solo necesitaba un minuto para estar a solas con ella y decírselo. Después..., que fuera lo que Dios quisiera. La suerte estaría echada.

Y en ese momento, Julia bajó los brazos, abrió los ojos y se marchó de la pista de baile.

—¡Voy al baño! —les gritó.

La vieron alejarse por entre la gente. Desapareció engullida por la masa humana. Ellos dos siguieron bailando apenas unos minutos, hasta que se sintieron ridículos de hacerlo uno frente al otro y también optaron por irse.

No vieron a Esther.

El baño de las chicas quedaba a unos metros.

De pronto...

Julia.

Julia llorando.

Julia hecha un guiñapo, corriendo hacia ellos.

Hacia Israel.

—¿Dónde está Vega? —estalló gimiendo para hacerse oír por encima de la música.

—¡No lo sé! ¿Qué te pasa?

No le respondió. Solo se lo pidió.

—Por favor, ¿puedes llevarme a casa?

A él ni lo había mirado. No estaba. No existía. Solo Israel.

¿Era porque quería irse y el único que podía llevarla, de pronto, era Israel en su coche?

¿O eso significaba que ella... había elegido?

Los vio marcharse.

Juntos.

Israel pasando un brazo por encima de los hombros de Julia, que seguía llorando.

Eso había sido todo.

Todo.

La noche estaba acabada.

Pero él, más.

44

No les dio tiempo casi a bajarse de la moto. Nada más detenerla, Esther y Juanca salieron por la puerta de la casa unifamiliar para correr hacia ellos.

Vega y Nano se quitaron los cascos.

Esther se echó encima de ella y la abrazó. Juanca se detuvo delante de él.

—¿Qué demonios es eso de que Julia...? —intentó hablar Nano.

Se cortó al ver a los dos agentes apareciendo por la entrada.

—Tío, ¿dónde estabais? —preguntó Juanca con dolor.

—Pero ¿es cierto? —Se agitó Vega.

—Nadie sabe nada de ella —dijo Esther.

—¿E Israel?

—Viene para aquí. —Juanca se olvidó de la respuesta de Nano—. Estaba en casa de Julia casualmente.

—¿Ha dicho algo?

—Que la dejó cerca de allí, nada más.

—Dios... —Vega se echó a llorar.

Los cuatro se quedaron inmóviles, hasta que Roberto Peláez intervino.

—Por favor, ¿queréis entrar?

Le obedecieron, casi como autómatas. Esther y Vega abrazadas, Juanca y Nano cabizbajos. Los cuatro se dirigieron maquinalmente a la sala mientras Narciso Olmedo cerraba la puerta. Se repartieron por el sofá, las dos butacas y las sillas.

El sargento de la Guardia Civil los barrió con una mirada incierta.

Jóvenes.

Ya no adolescentes, como le había recordado Esther. Jóvenes.

¿Cuánto hacía que no recordaba sus diecisiete o dieciocho años?

Bueno, él nunca tuvo una segunda residencia, ni había pasado los veranos en un pueblo, sin dar golpe. A la edad de sus cuatro testigos ya trabajaba.

—Tengo sed —musitó Vega.

Fue Esther la que se levantó.

—Escuchad —habló Roberto Peláez—, no han pasado muchas horas desde la desaparición de Julia, así que todavía es pronto, pero vosotros cuatro, más vuestro amigo que falta, sois los únicos que podéis aportar algo de luz a todo esto.

—¿Y qué quiere que le digamos? —objetó Nano.

—Ya tengo las versiones de Esther y de Juan Carlos. Necesito las vuestras.

—Es que no sabemos nada —dijo Vega con un soplo de voz.

—Nos fuimos... muy rápido —lo reafirmó Nano mirando de soslayo a Juanca.

—Lo sé, pero tenéis que recordar. Cualquier cosa puede ser útil —señaló a Vega—. Tú la llevaste en moto. ¿De qué hablasteis? ¿Tenía miedo de algo, te comentó alguna inquietud, visteis si en la discoteca se le acercaba alguien...?

Esther regresaba con una bandeja, una jarra de agua fría, sacada de la nevera, y seis vasos.

Vega y Nano regresaron a la noche anterior.

La noche de su luz.

Para navegar por sus sombras.

45

Julia se lo dijo antes de ponerse el casco.

—Vega...

—¿Qué?

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro, ¿qué quieres?

—Esta noche...

—¿Sí? —la animó a seguir al ver que vacilaba.

—Esta noche no me dejes sola, por favor.

—¿Por qué? —se sorprendió su amiga.

—Ya lo sabes —suspiró Julia.

Sí, lo sabía, aunque...

—¿Es por Israel y Juanca? —quiso estar segura.

—¿Tú qué crees?

—Tía, diviértete y ve a lo tuyo.

—¿Cómo?

—No sé. Pasa. Baila. Vuélvete un poco loca. Se acaba el verano, ¿no?

—Si es que los veo venir. A los dos.

—Yo creo que Juanca está más desesperado.

—Es posible.

—¿De qué tienes miedo, de que se te declare o algo así?

Julia se apoyó en la moto.

¿Miedo?

Más bien era pánico.

—Creo que esta tarde lo ha intentado un par de veces, pero o no le ha salido o cada vez ha aparecido alguien.

—Por Dios... —Vega soltó una bocanada de aire.

—No quiero hacer daño a nadie —pareció excusarse.

—Julia, en serio, no te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¡Te gusta Israel, estás colada! ¿A qué viene todo este número? Si el que se te declara es él, ¿qué vas a hacer?

Julia casi se había echado a llorar.

El casco tembló en sus manos. Tuvo que dejarlo sobre el sillín de la moto.

—Vale, perdona —se excusó su amiga.

—No, si tienes razón. —Se vino abajo.

—Pues si él te gusta a ti y tú le gustas a él..., ¿qué problema hay? Tía, lánzate.

—No quiero...

—Sí, ya lo sé: no quieres líos sentimentales. Pero ¿sabes lo que te digo? Que eso es una coraza. Miedo. Como quieras llamarlo. ¿Por qué no puedes seguir tus planes enamorada de alguien, vamos a ver? ¡No es incompatible!

—Yo no lo veo igual.

—¡Ni que ya tuvieras que casarte con el primero!

—¡Ya lo sé!

—¡Por Dios, Juanca es un buen tío, lo quiero mucho, es mi amigo, pero Israel y tú estáis hechos el uno para el otro! —La vehemencia de Vega aumentó de tono—. ¡Me da rabia decirlo, pero sois eso que llaman «la pareja perfecta»!

—No seas burra. —Sonrió sin ganas.

—¡Tú misma! —Vega se puso el casco, aunque siguió hablando, ahora con los labios proyectados hacia afuera debido a la presión en las mejillas—. ¿Qué tiene de malo pasar lo que queda del verano a gusto, montándotelo en plan superbién con un tío que te mola? Si el que me gusta a mí abriera los ojos...

—¿Nano?

—¿Cómo lo sabes?

Julia se encogió de hombros.

—¡La Virgen! —levantó las manos al cielo—. Mira, lo tuyo es más urgente, porque desde luego te veo de un agobiado... Yo solo te digo que si no dejaras de comerte tanto el tarro...

—¡No es una comida de tarro!

—Entonces, ¿qué? Porque mojigata no eres. Te juro que a mí el primer tío que me bese y me guste... ¡me lo como!

—Eres capaz.

—Fijo. —Asintió con la cabeza mientras pasaba una pierna al otro lado del sillín—. ¿Y ahora nos vamos o qué? ¡Necesito soltarme el pelo y bailar hasta que reviente!

Puso la moto en marcha y la esperó.

Julia tardó una eternidad en reaccionar.

46

Primero habían bailado los seis.

Libres.

Felices.

Después pasó algo.

Nano abrió los ojos y se encontró solo con Vega, cara a cara. Y desde luego era la que mejor bailaba. Llevaba el ritmo en la sangre. Julia se soltaba y ya está. Esther era la más patosa. Pero Vega...

Se la quedó mirando.

Y ella a él.

De pronto Vega puso cara de niña mala, entornó los ojos, le colocó las manos en los hombros y empezó a mover las caderas de una forma sensual, coqueta. Él a su vez la tomó por la cintura. Pasaron así uno o dos minutos, con la música a tope y sin dejar de mirarse.

Hasta que los hados se confabularon.

¿Casualidad?

El tema trepidante y rítmico acabó de repente, y en lugar de enlazar con otro no menos fuerte, para mantener el subidón, lo que hizo el disc-jockey *fue cambiar radicalmente y pasar a una canción lenta.*

Más que lenta.

Superlenta.

Muchas parejas se marcharon de la pista. Ellos no. Sin decir nada, se fundieron en un abrazo íntimo y se dejaron llevar por la suavidad del tema. Nano incluso lo conocía, aunque era antiguo, de mitad de los años ochenta. Su padre tenía un disco de grandes éxitos del grupo porque era uno de sus favoritos de juventud: Foreigner. La canción era un poderoso y afrodisíaco canto de exuberancia romántica titulado «I want to know what love is».

Vega y él rozaron sus mejillas.

Luego fue como si se fundieran el uno con el otro.

¿Qué estaba sucediendo?

Nano notó la excitación.

Vega era como una plastilina entre sus brazos.

En la parte final de la canción, en la crecida, con los coros en pleno éxtasis, separaron sus cabezas para mirarse, mientras sus cuerpos continuaban pegados.

La mirada se dirigió a los ojos.

Pasó a los labios.

Ojos.

Labios.

Y un momento después se estaban besando.

Besando como jamás creían que podían besar o ser besados.

«I want to know what love is» subía y subía.

Ellos también.

En este instante Nano supo que todo iba a ser diferente desde ese momento.

47

Israel llegó a casa de Esther sudando y jadeando, acabando una larga carrera en la que casi llegó a quedarse sin resuello. De camino, su cabeza siguió dándole vueltas y más vueltas a todo. De pronto, cada recuerdo se hacía a la vez duro y amargo. Al llamar a la puerta de la casa sabía que, al otro lado, se desataría un infierno.

El infierno de la incertidumbre.

Le abrió la propia Esther. Y de golpe se encontró con todos. Ella, Vega, Nano y Juanca. El reencuentro facilitó más lágrimas por parte de las dos chicas. Nano y Juanca guardaron silencio. El sargento y el agente que los acompañaban se limitaron a mirar la escena.

Solo unos segundos.

Hasta que la emoción pasó.

Entonces...

—Israel...

—Sí, sí, señor —se enfrentó a los dos uniformados.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Israel Muro Santolaria.

—El tiempo apremia, chico. Así que...

—Lo entiendo, lo entiendo. ¿Qué quiere saber?

—Fuiste la última persona que vio a Julia, según parece.

—La acompañé a casa en coche, sí.

—¿La dejaste en la puerta?

—No.

Vega, Esther, Nano y Juanca lo observaban fijamente.

Sintió el peso de esas miradas.

—¿No?

—No, no, señor.

—¿Por qué? —preguntó Roberto Peláez.

—Ella se bajó a unos cien metros, en la parte de abajo de su calle.

—¿Por algún motivo?

Israel vaciló.

Un segundo.

Dos.

¿Decía la verdad?

¿Le contaba a la Guardia Civil, con todos los del grupo delante, qué había sucedido entre Julia y él en aquel momento?

¿Importaba mucho eso?

—Creo que... —tomó un poco de aire antes de lanzarse a fondo—, creo que no quería que sus padres la vieran llegar en un coche, no sé. Seguro que su madre se habría levantado para mirar por la ventana.

Mentía.

Mentía y lo lamentaba.

Pero admitir lo sucedido, su fracaso...

—¿La viste subir la calle? —siguió el sargento de la Guardia Civil.

—Un trecho. Me entretuve en poner la radio y cuando volví a mirar... ya no la vi. No sé si por la oscuridad o porque apretó el paso y... bueno, no sé.

Otra mentira.

Su interlocutor lo observó con mucha fijeza.

¿Lo notaría?

De todas formas, ¿no era una simple mentira piadosa, al menos para sí mismo?

Se hizo el silencio.

Salvo en la mente de Israel, que, de pronto, era un volcán.

48

En el momento de arrancar el coche, Julia todavía lloraba.

Israel no supo qué hacer.

Por eso tardó un poco en preguntar:

—¿Estás bien?

Julia movió la cabeza de lado a lado.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —gimió ella.

—Algo ha tenido que pasar entre Esther y tú para que...

—Déjalo, ¿quieres?

Fue el tono más que la orden.

Israel se calló.

Conducía despacio, muy despacio. De hecho, no quería llegar. De hecho, quería circular con ella al lado durante el tiempo que fuera necesario. De hecho, era su oportunidad.

La había «salvado».

Estaban solos.

Ya era tarde, pero estaban solos.

Rebasó la entrada del pueblo y se desvió a la izquierda.

Julia lo notó.

—¿Qué haces? —musitó mirando por la ventanilla.

—Nada.

—Por aquí...

—No vas a llegar a casa llorando, digo yo. Es mejor que te calmes.

Silencio.

Ya no podía ir más despacio.

Ni podía mantener aquel amargo silencio.

—Julia, va, en serio, ¿qué te pasa?

—Por favor, Israel...

—Es que no entiendo...

—No hay nada que entender, ¿vale? Ha sido una discusión y ya está.

—Pero ¿por qué?

—Porque Esther es Esther y yo soy yo. Pasa, ¿de acuerdo? Como vuelvas a preguntar, me bajo y voy a pie.

—No, mujer, no.

—Pues conduce.

Condujo.

La observó de soslayo.

Aun llorando era guapa. El cabello le caía revuelto a ambos lados de la cara. Los ojos le brillaban más a causa de las lágrimas. Los labios estaban húmedos.

Más que nunca, mil veces más que nunca, deseó besarla.

Sentir aquellos labios en los suyos.

El deseo se hizo tortura.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —Tensó la cuerda de su insistencia.

—Sí, lo sé.

—Bien.

—Siento haberte arrancado de la disco y darte el palo.

—Para eso llevaba el coche, tranquila.

¿Para eso? ¿Para llevarla a ella a casa?

Debía tener cuidado con lo que decía.

Julia no lo notó.

—Gracias —dijo envolviendo la palabra en otro suspiro.

Llegaban ya a su calle. En unos segundos ella se bajaría del coche y acabaría todo. Adiós a la oportunidad.

Israel tragó saliva.

Detuvo el vehículo en la entrada de la calle.

—¿Por qué paras? —preguntó Julia.

—Escucha, yo...

—Israel... —Ella contrajo la expresión.

Lo demás sucedió muy rápido.

Primero, abrazarla, sin darle tiempo a reaccionar.

Después, el beso.

Un beso sentido, fuerte, dulce, tierno, apasionado.

Un beso... compartido.

Julia se había deshecho en sus brazos. Julia había entreabierto los labios para recibirlo y darse. Julia había temblado de emoción. Julia lo quería.

¡El beso lo demostraba!

Y de pronto, inesperadamente, después de aquellos hermosos segundos de entrega, la reacción.

Insólita.

Lo había apartado casi violentamente. Lo había mirado con odio, o al menos con rabia. Le había dicho:

—No... Por favor, no...

Y se había bajado del coche para echar a correr calle arriba.

Agitado, incrédulo, sin fuerzas para reaccionar e ir tras ella, él se quedó inmóvil, paralizado, alucinado e impactado por lo que acababa de suceder.

Fue en el momento de hundir la cara entre las manos, temblando, cuando

ella desapareció de su vista, porque al volver a mirar, ya no la vio.

49

Feliciano Sanjuán detuvo el coche delante de la casa de Julia Castro Giralt.

Todo en calma.

La tragedia estaba allí dentro. En el exterior, ni siquiera un coche de la Guardia Civil, de momento.

Tenía la noticia.

La primicia.

La chica seguía desaparecida.

Diecisiete años. Una bomba.

Reflexionó unos segundos y acabó telefoneando al periódico con el móvil. Tenía dos llamadas de Maribel Naranjo. Estaría de los nervios.

Sonrió maliciosamente.

Todavía rebotaban por las paredes de su mente sus gritos:

«¡Sanjuán, no me vengas con idioteces! ¿Una exclusiva? ¿Qué pasa, que han llegado los marcianos y solo lo sabes tú? ¿Desde cuándo hay exclusivas de algo por aquí? ¿Has pillado a un par de famosos montándoselo o qué?».

Era mucho mejor que un par de famosos montándoselo, o la ex de alguien con el ex de otra pillados sin más. En los últimos años, cada caso de adolescente desaparecida se convertía en una mina de oro. Y él estaba allí, frente a la casa. Los tenía a su merced. Sabía que unos padres enloquecidos, al límite, lo verían como un aliado.

Marcó el número de la directora del periódico.

Escuchó el grito.

—¡Sanjuán!

Su voz sonó suave, firme, aplomada. Ni siquiera justificó nada. Se limitó a decir, completamente seguro de sí mismo:

—Tened a punto todo para dentro de una hora más o menos. Esto va a ser fuerte.

—Pero ¿qué...? —Maribel Naranjo vaciló—. ¿De qué diablos estás hablando? ¿Dónde paras y a qué juegas, maldita sea? ¡Estamos en cuadro y tú...!

—Una hora. —Siguió manteniendo el mismo tono—. Luego me comerás a besos.

Fue suficiente.

Cortó la comunicación y apagó el móvil.

Tercera parte:
Los juegos del miedo

50

Julia tenía mucho miedo.

Pánico.

¿Cuánto llevaba sin moverse, acurrucada en aquel rincón?

Y no solo era por estar atenazada, paralizada. También era porque se sentía casi desnuda, más y más vulnerable a causa de ello. Le había arrancado la blusa de color rojo y lo único que llevaba en la mitad superior del cuerpo era el sujetador. Por lo menos conservaba los vaqueros. Demasiado ajustados para hacer lo mismo.

Aunque pudo haberlo hecho.

En medio de aquella locura inicial...

Ni siquiera entendía por qué él no había consumado su abominable acción.

La tenía a su merced.

¿Pretendía acaso dejarla allí, quebrar poco a poco su resistencia, y forzarla a que con el tiempo accediera por sí misma?

El tiempo.

Significaba que podía pasar allí días...

¿Semanas?

Volvió a estremecerse.

¿Qué hora sería?

¿Por qué no llevaba nunca reloj?

—Por favor... —Se abrazó a sí misma sintiéndose patéticamente hundida.

Si Israel la hubiera dejado en la puerta de casa...

Si ella no se hubiera bajado del coche de aquella forma absurda e intempestiva...

Si las cosas hubieran sido normales...

Cerró los ojos.

Vio a Israel.

Incluso sintió el beso en los labios.

¿Por qué lo había rechazado si lo que más ansiaba en ese instante era que él la besara? ¿Por qué, de pronto y en pleno éxtasis, había reaccionado de aquella manera? ¿Por qué aquel inesperado choque de trenes entre su deseo y la forma en que entendía su vida y su libertad?

¡Estaba enamorada!

Trataba de ocultarlo, de mantenerse firme, pero ya no podía más.

La pelea con Esther la había agotado, pero el beso de Israel...

Julia se tocó los labios.

Seguía allí.

Firme. Poderoso. Real.

El ataque de pánico había sido absurdo. Salir del coche y echar a correr lo había sido más. Claro que estaba a tiro de piedra de su casa. ¿Cómo imaginar...?

¿Y además... él?

Increíble.

Aunque en el fondo... quizá no tanto. Después de lo de una semana antes...

¿Cuántos días llevaba sintiéndose vigilada, observada? ¿Cuántas noches había cerrado la ventana, pese al calor, y había corrido la cortina, porque intuía que en las sombras había alguien? Ahora estaba claro que no eran figuraciones suyas, ni tampoco paranoias juveniles. Era su sexto sentido el que la avisaba.

—De no haber sido esa noche... habría sido cualquier otra —exhaló para sí misma.

Él había esperado el momento, claro.

La oportunidad.

¿Y qué mejor que pillarla a las tres de la madrugada caminando sola por la parte más oscura de la calle?

La mataría.

Cuando acabase la pesadilla, la mataría.

No iba a dejarla libre sabiendo quién era.

—No quiero morir... —gimió de nuevo en voz alta.

Lo tenía todo por delante. No era justo. No, a manos de un loco del que nadie iba a sospechar nunca, y aunque lo hicieran, aunque lo detuvieran, sería ya tarde.

Tarde, tarde, tarde.

Julia siguió acurrucada en el rincón, temblando.

Sabía que, por la noche, él volvería.

51

Por primera vez estaban los cinco juntos y solos.

Desconcertados.

Pero unidos.

Lo extraño, lo inquietante, eran las miradas, los reproches velados.

Como si la culpa buscase destino.

—¿Qué hacemos? —rompió el extraño silencio Juanca.

Nadie quiso hablar.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —insistió el chico.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó Nano.

—No sé. Colaborar en la investigación. Buscarla.

—¿Por dónde?

—¿No has oído al sargento al irse? Van a empezar haciendo una batida desde la casa de Julia. Tenemos que echar una mano. Podemos ver cosas que ellos no vean, detalles...

—Primero habrá que ir a nuestras casas a contar algo, ¿no? —objetó Vega —. Ya pasa de la hora de comer, y como empiecen los problemas...

—Vamos a casa y luego nos reunimos —propuso Juanca—. Decid que la Guardia Civil nos necesita.

Intercambiaron nuevas miradas.

Los únicos que no hablaban eran Esther e Israel.

Ella se mordía el labio inferior. Él tenía la vista perdida en el suelo.

De pronto, el atisbo de tormenta.

—¿Por qué no la acompañaste, tío? ¿Por qué tuviste que dejarla sola? —se desesperó Juanca.

Israel levantó la cabeza.

—¿Cuántas veces quieres que lo repita? —se crispó—. ¡Se bajó del coche y ya está! ¿Qué querías que hiciera?

—¡Vigilarla!

—¡Eh, eh! —los calmó Nano—. Eso ya no viene a cuento. Julia venía mal de la discoteca. Es lógico...

—¿O sea que la culpa es mía? —reaccionó Esther.

—Yo no he dicho eso —quiso dejarlo muy claro el chico.

—¡Pues ya me dirás! ¡Lo único que hicimos fue discutir!

—¿Por qué? ¿De qué? —objetó Vega.

—¡Cosas nuestras! —Esther rozaba el límite—. ¿No vino contigo? Además, ¿se puede saber dónde estabais Nano y tú? ¡Ya no se os vio el pelo!

Vega se puso roja.

—¿Por qué no nos calmamos? —pidió Israel recuperando la serenidad—. Así no vamos a ayudarla.

—Sí, supongo que nadie tuvo la culpa —musitó Juanca bajando el tono—. Pasó y... ya está. Ni siquiera creo que fuera un accidente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nano.

—¿Crees que un depredador sexual salió anoche de caza, sin más, y a la primera que pilló fue a Julia?

La idea penetró en sus cabezas.

—¿Piensas que... la esperaba? —vaciló Vega.

—¿En esa zona solitaria, por la que no pasa nadie salvo los vecinos? —lo argumentó aún más.

El nuevo silencio fue breve.

—¿Y por qué ha de ser... un depredador sexual? —se estremeció Esther.

Esta vez nadie la respondió.

—Hay que ir a casa y volver. —Nano fue el primero en levantarse—. ¿Nos vemos en una hora?

52

Roberto Peláez llevaba un minuto mirando el teléfono de su mesa.

Era un trasto viejo, negro, de disco. Nada de inalámbrico con plataforma. Espartano y antediluviano, como si allí el progreso hubiera pasado de largo, de manera tan cómica y absurda como la caravana yanqui de *Bienvenido, Mister Marshall*.

Acabó descolgándolo.

Tenía que abrir la caja de los truenos, ya era inevitable.

Marcó el número y esperó. Al otro lado de la línea apareció la recia voz de su superior, afortunadamente en su puesto, algo muy característico del que está casado con su deber y no tiene horas propias.

—¿Sí?

Cerró los ojos.

—¿Señor? Soy el sargento Peláez, de...

—¿Cómo le va? —no le dejó terminar la frase—. ¿Mucho calor por ahí? ¡Esto es un horno! Y eso que llevamos un buen verano, poco conflictivo. Diga, diga, sargento.

—Tenemos un problema —fue lo primero que aventuró.

—¡Hombre, me recuerda lo de aquella película sobre el Apolo 13 y el astronauta llama a la base para decirles: «Houston, tenemos un problema»!

Encima, estaba de broma.

Jovial.

—Ha desaparecido una chica por aquí, en el pueblo —ya no se anduvo por las ramas.

Logró impactarlo.

—¿Desaparecido..., desaparecido?

—Me temo que sí, señor. Julia Castro Giralt, diecisiete años. Fue a bailar, un chico la dejó cerca de su vivienda sobre las tres menos cuarto de la madrugada. Pero nunca llegó a casa. Tuvo que pasarle algo en ese breve trayecto, y dados los antecedentes que tenemos de casos parecidos..., la cosa no pinta bien.

—¿El chico dice la verdad?

—Creo que sí. Él y el resto de los amigos están muy afectados. De todas formas..., de momento es el principal sospechoso, claro.

—¿Qué diligencias previas ha emprendido?

—He hablado con los padres de la chica. Me ha costado un poco reunir a los cinco amigos. Está claro que necesitaré refuerzos, y toda la ayuda que puedan darme, logística, humana, recursos... Me temo lo peor, ¿sabe?

—¿Que la hayan violado y asesinado?

—Eso también. Pero me refería a que el caso despierte el maldito interés mediático y esto se convierta en un espectáculo.

—¿Alguien lo sabe?

—Por ahora no. Únicamente la familia y esos cinco amigos. Pero ya sabe que esos lobos huelen sus presas a distancia.

—Sí, lo sé —convino con hastío.

El tono de su superior ya no era jovial. Comprendía el alcance de lo que le estaba contando su subordinado. Otro caso de adolescente desaparecida y el mundo entero se les caería encima. Por si faltara poco, las primeras horas solían ser cruciales.

—Habrá que dar una batida partiendo de la casa de la chica.

—Sí, señor. Y desde luego examinar el coche, por si acaso.

—Le mandaré lo necesario, no se preocupe.

—Gracias.

—Descartarnos una escapada voluntaria, ¿no?

—Sí. Por los indicios está claro que, si no llegó a su casa, tuvo que ser por una causa de fuerza mayor.

Era una forma discreta de decir «secuestrada».

—¿Llevaba móvil?

—Sí, pero está apagado o fuera de servicio. Habrá que hablar con la compañía, para ver las últimas llamadas o encontrar su ubicación.

—No pierda de vista a los amigos, especialmente al que la acompañó a casa. Hable con sus padres, para contrastar tiempos. Si la dejó a las tres menos cuarto, llegaría a su casa poco después, a no ser que siguiera la juerga.

—Dice que no, que se fue directamente a dormir.

—¿Ninguna pista? ¿Nada más?

—No.

—De acuerdo, Peláez. —La charla tocaba a su fin, todo estaba dicho—. Me pongo en marcha ahora mismo. Y prepárese para unas horas o unos días movidos.

No era necesario que se lo dijera.

Roberto Peláez lo sabía muy bien.

53

En la sala de la casa, Feliciano Sanjuán acabó de hablar haciendo un teatral y dramático gesto con las manos abiertas. Sus ojos abarcaron primero al padre de Julia. Después a la madre.

El epicentro de la tragedia.

—Miren —agregó al consolidarse el silencio—, han de entender que yo estoy de su parte. Es mi experiencia la que habla.

Emilio se sentó al lado de Pura. La tomó de la mano, que ella tenía sobre el regazo.

—La Guardia Civil nos ha dicho...

La mujer se soltó.

Sus ojos desprendían hielo.

—¿Y qué van a hacer ellos si son solo cuatro gatos? —objetó con voz áspera.

—Van a venir más agentes. En unas horas...

—¿Y si Julia no tiene unas horas?

Emilio miró al periodista. Feliciano Sanjuán asintió con la cabeza.

—En estos casos, y perdonen la franqueza, todo gira en torno a las veinticuatro primeras horas. —Dejó que sus palabras calaran en ellos—. Es evidente que a su hija se la han llevado. Ni pensar en una huida juvenil. Es un secuestro. ¿Para pedirles algo? No lo creo. Ustedes me acaban de decir que no son ricos. Por lo tanto, debemos suponer que se trata de un loco. Se lo repito, perdonen la franqueza y si parezco demasiado duro, pero hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que Julia siga con vida, y es a eso a lo que debemos aferrarnos. Si damos la noticia, si publicamos en el periódico lo que está pasando, quizá el secuestrador se asuste y se lo piense mejor.

—¿Y si por culpa de eso... la mata? —preguntó inesperadamente Almudena.

Su madre tuvo una convulsión.

—Almudena, por favor —la reprendió su padre.

—No voy a callarme, ya está bien. —La chica apretó las mandíbulas decidida—. Es una pregunta lícita. Si la Guardia Civil ha dicho que mantengamos la calma y seamos cautos, es por algo.

—¿Cuánto crees que tardará la noticia en salir a la luz y hacerse pública? —le preguntó el periodista—. Cualquiera de ellos lo divulgará. Es más: no

tienen otra opción. Siempre se acaba pidiendo la colaboración ciudadana. Miles de ojos buscarán a tu hermana y miles de oídos escucharán cosas que pueden ayudarnos.

«Ayudarnos».

Ya era parte de ellos.

De eso iba el juego.

—Señor... —intentó hablar un agotado Emilio.

—Puedo irme cuando quieran —suspiró como si se resignara a la derrota —. Pero si yo me he enterado por fuentes que no puedo revelar, y estoy aquí sin haber dicho nada todavía pese a que es una noticia importante, tengan por seguro que alguien con menos escrúpulos lo divulgará. Necesito que confíen en mí y me den algunas fotos de Julia. —Miró a Almudena—. ¿Tu hermana tenía cuenta en Instagram, Facebook, Twitter...?

—Instagram —dijo la chica.

Iba a hacerlo igualmente. Solo con lo que encontrara en Instagram tendría de sobras. Pero necesitaba algo más.

La confianza de los Castro.

Y supo que la tenía cuando la madre de Julia rompió a llorar por enésima vez.

54

Roberto Peláez miró a sus hombres.

Todos estaban allí.

Como para tirar cohetes.

—¡Escuchad! —les dijo—. Este es el lugar en el que anoche se bajó Julia Castro del automóvil de su amigo. —Hizo una pequeña pausa—. Según él, subió a pie por la calle y, más o menos ahí delante, donde no hay luz y está ese terreno sin edificar, dejó de verla. Por lo tanto, vamos a peinar la zona, despacio, sin prisas, atentos a cualquier detalle. Primero la calle hasta la casa. Después nos abriremos a ambos lados. ¿Me seguís?

El grupo de agentes asintió con la cabeza. El único que abrió la boca fue Narciso Olmedo.

—Sí, sargento.

—Recoged cualquier cosa, una colilla, una lata de refresco que parezca nueva, no de hace días y ya desteñida por el sol, todo. Mirad las plantas, por si hubiera una extrañamente aplastada o rota. Comprobad la hierba. Buscad huellas. No llueve desde hace semanas, así que es muy poco probable que encontremos rodadas de neumáticos o marcas de pisadas. Pero aun así, no lo desestiméis. Quizá haya polvo, o un charco en algún lado.

—Sargento...

—¿Sí, Morales?

—Si alguien se la llevó, no lo haría a pie. Por fuerza debía tener un medio de transporte.

—Es lo que creo, pero no desestimemos ninguna opción. Cuando acabemos de inspeccionar la zona visualmente, nos tocará ir casa por casa para preguntar si anoche vieron algo raro o sospechoso. —La última pausa fue la más larga—. ¿Alguna pregunta?

No había ninguna.

El sol caía a plomo sobre ellos.

Sabían que los esperaba una dura tarde.

Quizá algo peor.

Una noche de larga búsqueda, ampliando la zona.

Buscando el lugar en el que un asesino pudiera haber dejado o escondido un cadáver.

Iban a iniciar el peinado cuando aparecieron ellos, casi irrumpiendo a la

carrera por el cruce. Una de las chicas en moto, los otros cuatro en un coche conducido por el chico que había acompañado a Julia a casa horas antes.

El mismo coche.

Roberto Peláez esperó a que una bajara de la moto y los otros del automóvil. Lo que menos deseaba era tenerlos allí, pero logró parecer tranquilo.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—Ayudar —dijo Israel.

—No. Marchaos a casa.

—Son pocos. —El chico hablaba con aplomo—. Van a necesitar a más gente, y nosotros sabemos cómo es Julia, qué llevaba... Podemos ser útiles.

Los contempló hastiado.

Tenían razón.

Pero no podía dejar que camparan por la zona a sus anchas, solos.

Un maldito puñado de críos...

—Cada uno con un agente, y detrás de él, sin tocar nada. Si veis algo, lo avisáis, ¿de acuerdo?

55

El agente que la precedía era alto y espigado, de piel muy blanca. Con el uniforme verde y bajo la gorra de visera, el contraste era más que evidente. Parecía tímido, o al menos de los inseguros con las chicas. De vez en cuando se volvía y la miraba.

Esther fingía no darse cuenta.

Los ojos fijos en el suelo.

Examinaban la parte más profunda del terreno sin edificar, donde se estaban concentrando la mayoría de los esfuerzos. Además, era la zona más próxima a la casa de Julia. Desde allí se veían incluso las ventanas.

Cada vez que el guardia civil encontraba algo, primero tomaba una foto con una pequeña cámara, después se agachaba, lo recogía con sus manos enguantadas y colocaba una banderita con un número.

Poco a poco, el terreno empezaba a llenarse de banderitas.

Llevaban tres colillas, una lata de refresco, una botella de plástico... y un preservativo usado.

—¿Ha visto esto? —dijo Esther señalando a un lado.

Era una mancha oscura. El agente se agachó para inspeccionarla ocularmente.

—¿Podría ser sangre? —preguntó ella.

La tocó con un dedo. El guante de plástico transparente apenas si quedó impregnado.

—No —convino—. Es algún tipo de liquen o lo que sea que haya por aquí.

—Lo siento.

—No, no. Haces bien. —La excusó—. Imagino que debe de ser duro para ti pasar por esto.

—Ni se lo imagina.

—Tranquila. Estas cosas..., bueno, no siempre acaban mal.

No «siempre» acababan mal.

Esther siguió escrutando el terreno, cubierto de matas. hierbas de tamaños desiguales y plantas silvestres.

56

Israel seguía al agente que le había tocado en suerte, una especie de titán de videojuego, cuadrado, recio, mandíbula en ángulo de noventa grados, brazos como mazas y manos de luchador. Debía de calzar un cuarenta y seis o más y no parecía el más indicado para buscar detalles minúsculos. Viendo lo que hacían los demás, era el que menos pistas había encontrado en el rato que llevaban allí.

Mientras el guardia civil recogía del suelo un pedacito de tela gris aparentemente rasgada, él se llevó una mano a la frente para retirar el sudor que le caía a chorros por la cara.

—Deberías haber traído una gorra, chaval —le hizo notar el hombre.

—Ya.

—Se te van a derretir los sesos.

No era el mejor de los comentarios, aunque lo peor era el tono.

Israel se sintió un intruso.

Lo malo era que seguía siendo sospechoso. El principal sospechoso. Lo sabía. Podía apostar lo que quisiera a que, en ese mismo instante, el sargento Peláez estaba inspeccionando el coche de su padre. Pero era la mejor forma de moverse rápido, por esa razón se lo había pedido otra vez. Al saber la noticia, se lo había vuelto a dejar de inmediato.

—¿Julia es esa chica tan mona...?

—Sí, papá.

—Dios mío, ¿en qué mundo vivimos?

El mundo en el que vivían era su mundo.

No tenían otro.

57

A Juanca se le estaba revolviendo el estómago.

El calor, los nervios...

Pero si vomitaba, se cubriría de gloria. Le harían regresar sin más. ¿No era eso «contaminar el escenario del crimen», como decían en las series de televisión?

«El escenario del crimen».

No podía haber habido ningún crimen. No, no, no.

No con Julia.

Tanto daba que no le hiciera caso. Eso ahora era lo de menos. Lo importante era que estuviese bien. ¿Quién era capaz de hacerle daño a alguien como ella?

¿Quién?

Él era pacífico, pero por una vez sintió ganas de matar.

¿Dónde estaría ella?

¿Cómo?

Y, sobre todo..., ¿viva?

El estómago se le retorció un poco más. Dominó una arcada. El ruido, gutural, no pasó desapercibido para el agente que escrutaba el terreno a dos pasos de él.

—¿Estás bien, chico?

Chico.

El tono era paternalista.

—Sí —asintió.

—Llevamos agua en el coche patrulla —le hizo saber.

—Gracias.

—Tómatelo con calma. Estas cosas van para largo.

Quiso preguntarle cuánto era «para largo».

¿Una semana, un mes?

A una de las chicas desaparecidas años atrás, habían tardado varios meses en encontrarla. Estaba en un pozo, convertida en una extraña masa de carne hinchada por las condiciones del lugar. A otra la habían enterrado. A una tercera la desmembraron.

Iba a vomitar.

—Ahora vuelvo —le dijo al guardia civil.

No hubo respuesta.

58

Vega iba con Narciso Olmedo.

Era un tipo afable, algo gordito, simpático, de los que, sin el uniforme, habría pasado desapercibido en cualquier parte. De vez en cuando la miraba, o le decía algo.

—Como sea necesario procesar todo lo que encontremos...

—Tenéis laboratorios, ¿no?

—Sí, pero hay que enviarlo a Madrid.

—Entonces sacáis el ADN de las cosas, ¿no?

—Y, según cómo, tocará empezar a pedir muestras a todos los del pueblo.

No se daba importancia, pero tampoco se restaba méritos. Estaba claro que le gustaba su trabajo.

Unos pocos pasos más.

—¿Tienes novio?

La pregunta la sorprendió.

Estuvo a punto de decir que no.

Pero buscó con la mirada a Nano, a unos metros de ella.

—Sí —dijo.

—Claro —asintió el guardia civil.

Claro.

Juanca se iba en ese momento. No tenía buena cara. Los demás resistían bajo el implacable sol de primera hora de la tarde. Medio pueblo debía de estar echando la siesta.

Vega dejó de centrarse en lo que hacía.

Ni siquiera se dio cuenta de que metía el pie donde no debía.

—¡Ay!

—¡Espera, te ayudo! —Fue rápido al ver que una de las espinas se le había quedado adherida a la piel.

Se la retiró con cuidado.

—No es buen lugar para ir con falda, y menos mal que llevas zapatillas deportivas y no sandalias.

Vega puso una rodilla en tierra para examinarse la herida. No era más que un rasguño de unos cinco centímetros de largo, pero dolía.

—Menuda zarza —lamentó su compañero—. ¿Te duele?

—Escuece.

—Vete al coche patrulla. Tenemos un botiquín.
—No, no pasa nada —se comió el dolor y se enderezó—. Sigamos.

59

A unos metros, Nano vio cómo Vega se limpiaba la sangre de la herida con un pañuelo de papel. Estuvo a punto de ir con ella. No lo hizo porque eso habría representado pisar por una parte del terreno sin explorar.

Aunque le hubiera gustado estar a su lado.

Acariciarle la pierna.

Lamer la sangre...

De pronto la deseaba tanto que...

Le dolía.

¿Dónde había leído que «el amor duele»?

Quizá en una novela barata, o en alguna de las que los obligaban a leer los profesores.

Pero, desde luego, era verdad.

Los que escribían sabían de la vida. Probablemente habrían pasado por aquello antes. Contaban sus experiencias. Nadie era inmune al primer amor.

El primer amor de verdad.

No hacía ni veinticuatro horas que era otro.

Sin embargo, si a Julia le había pasado algo, algo malo, todos quedarían marcados por ello, señalados por la tragedia que, tal vez, cambiase sus vidas.

No quería ni pensarlo.

—Esto parece la huella de un zapato. —Se detuvo.

El guardia civil retrocedió hasta él.

La examinó.

—Bien visto —le dijo.

60

Desde su coche, aparcado frente a la casa de los Castro, Feliciano Sanjuán observaba el despliegue policial desatado a lo largo de la calle y, sobre todo, en el terreno descampado situado por debajo del modesto chalet unifamiliar.

No, el que se hubiera llevado a Julia no lo había hecho por dinero. Ni por asomo se trataba de pedir un rescate.

Era, una vez más, lo de siempre.

Alguna clase de loco solitario, enfermo y...

Por un momento lo lamentó por la chica.

Por un momento.

Luego, tratando de no ser visto, sacó el móvil del bolsillo y tomó algunas fotos, de la casa, de la calle y de los agentes de la Guardia Civil, ampliando con el *zoom* el objetivo de la cámara. En el asiento contiguo tenía las tres imágenes de Julia Castro facilitadas por sus padres. Las tres actuales. Las tres mostrando a una joven llena de vida, sonriente y despreocupada. Seguramente una se haría viral. Apostaba por una, la mejor. Se convertiría en la instantánea del caso, la que saldría en todas partes, la que siempre iría unida a aquello. Y la tenía él. Seguía siendo el primero y el único.

Acabó de tomar las fotos y alargó la mano por detrás del asiento del copiloto. El ordenador estaba debajo de él. Lo colocó sobre las rodillas y buscó en el móvil la opción de «conexión compartida». Una vez establecido el contacto entre el teléfono y el ordenador, entró en Internet y tecleó el nombre de Julia en el buscador.

Instagram.

Allí estaba.

Más y más imágenes, aunque ninguna tan buena como las tres que acababan de darle Emilio y Pura. Más bien eran fotos locas, juveniles, con su grupo de amigos, sacándole la lengua a la cámara, comentando una puesta de sol o hablando de un libro. Las fotos que cualquier chico o chica colgaría sin más, sin pretensiones de *blogger* o de *influencer*.

—Te tengo, cielo —se dirigió a las imágenes vertidas por el portátil.

Le quedaba pasarlo todo a limpio, cuatro cosas bien orquestadas, lo más esencial, directo y rotundo, y luego telefonear a Maribel Naranjo para que supiera de qué iba la cosa y alguien tomara nota en el periódico.

Aunque quizá debiera escribirlo él, punto por punto, para darle el

correspondiente y necesario tono dramático, y mandarlo por correo electrónico.

Era «su» reportaje.

«Su» exclusiva.

«Su» pasaporte a la fama y el dinero, saliendo en todos los programas de telebasura.

—Genial, ¿no? —Inspiró feliz.

61

Las huellas eran reales, recientes. Había media docena en una zona en la que el polvo y la tierra desbancaban a las plantas salvajes. La búsqueda se concentraba ahora en aquel sector, en la parte de atrás del terreno sin edificar situado por debajo de la casa de Julia.

El siguiente hallazgo fue rápido.

—¡Aquí!

Roberto Peláez se acercó. Su agente sostenía un pequeño manojo de papeles secos, como si alguien hubiera arrancado un buen trozo de un rollo de papel higiénico. El olor, aunque débil, era evidente.

—Cloroformo —asintió el sargento.

El grupo se quedó a la expectativa, como si, de pronto, estuvieran en un campo de minas y poner un pie fuera de lugar representara el adiós eterno.

—¡Cuidado ahora! —les previno Roberto Peláez mirando a su alrededor —. Debió sedarla en la calle, la trajo hasta aquí en brazos y, o se le cayó esto —agitó el pedazo de papel higiénico que sostenía con su mano enfundada en el guante de látex—, o lo tiró sin
más. El coche o lo que fuera estaría en este lado. —Indicó la calle opuesta a la de Julia—. Vamos a peinar esta parte centímetro a centímetro. —Miró a los cinco amigos de la chica desparecida—. Vosotros quedaos aquí.

Le obedecieron. Aquella parte del terreno era un caos de matas y zarzas que formaban una jungla demasiado abigarrada como para meterse en ella. Solo Israel llevaba pantalón largo.

La batida duró apenas tres minutos más.

Fue Narciso Olmedo el que, valiente y decidido, se metió por entre el zarzal al ver algo. No dijo nada, pero su rápida acción no pasó desapercibida. Luego, desafiando que las púas se le clavaran por todas partes, metió la mano con cuidado en una abigarrada zona y, con dos dedos, extrajo el objeto de su atención.

Un móvil machacado, destrozado.

—¡Es el de Julia! —fue Israel el primero en gritar.

62

Julia sudaba copiosamente, y sin embargo, titiritaba de frío.

El calor era exterior, por la alta temperatura y la humedad de aquel sótano infecto. El frío, interior, por el miedo y la zozobra. El choque de ambos efectos la mantenía quieta, inmóvil, con los músculos acartonados por el pánico. Sabía que él no estaba en la casa, pero también sabía que regresaría, y cuando lo hiciese...

¿Qué?

¿Y si se dejaba violar y aprovechaba la oportunidad...?

Se estremeció con solo pensarlo.

No, eso nunca.

Escuchó su propia voz:

—Te matará igual...

Luego otra, quizá surgiendo de su mente:

—No, no...

Se trataba de sexo. Se lo había dicho una y otra vez, casi con desesperación:

—Te quiero... Me gustas... Nunca me has mirado siquiera... O tal vez sí, pero... ¿Cómo ibas a fijarte en mí?... Eres una diosa... Perfecta, pura... No quiero hacerte daño, solo que entiendas... Soy bueno, te lo juro... Yo no sé por qué... Vamos, tranquila... Mañana hablamos, ¿sí?... Te quiero... Te quiero...

Loco, loco, loco.

La película de los hechos volvió a desfilar por su cabeza.

Primero, el susto, verlo aparecer de la nada, a su derecha, saliendo del terreno baldío situado por debajo de su casa. A continuación, aquel olor fuerte impregnándole las fosas nasales mientras se sumergía en el más profundo de los sueños. Aun así, había despertado antes de que él la sacara del maletero para meterla en su casa, en aquel siniestro sótano. De nuevo la había dormido con cloroformo allí.

Lo peor, el despertar.

Soñaba que estaba con Israel, que besaba a Israel, que él la acariciaba y...

Pero no era Israel.

Abrió los ojos y lo vio.

La besaba, la acariciaba con ternura, la tocaba...

Reaccionó mal, inesperadamente, gritando y retrocediendo con asco. Él

entonces le había arrancado la blusa, aunque ya no se atrevió a más.

Julia escuchó de nuevo aquel martilleo de palabras en la mente:

—Te quiero... Me gustas... Nunca me has mirado siquiera... O tal vez sí, pero... ¿Cómo ibas a fijarte en mí?... Eres una diosa... Perfecta, pura... No quiero hacerte daño, solo que entiendas... Soy bueno, te lo juro... Yo no sé por qué... Vamos, tranquila... Mañana hablamos, ¿sí?... Te quiero... Te quiero...

¿Amor?

¿Cómo podía alguien parecer más o menos cuerdo y llegar al extremo que él había llegado?

¿Y por qué no les dijo nada a los demás aquel día?

¡Aquel día, solo una semana antes!

¿Cuánto tardaría en pasar de la falsa ternura a la violencia para lograr sus propósitos?

63

Roberto Peláez llamó a la puerta de la casa. Daba a la calle paralela a la de Julia, unos metros por debajo del solar vacío en el que el agresor había esperado a la chica. Al otro lado se escuchó una tos quejumbrosa acompañada de unos pasos intermitentes. Cuando la puerta se abrió, apareció por ella un hombre calzando unas pantuflas viejas. Casi tan viejas y astrosas como él. Llevaba un bastón en la mano.

—¿Es la policía? —preguntó una voz femenina a su espalda.

—Sí —gruñó el hombre.

La mujer apareció por detrás. Menuda, carirredonda, ojos vivos, en apariencia mucho más simpática que su marido. Los dos rondarían la setentena, aunque los años lo habían castigado más a él que a ella.

—Después de ver tanta guardia civil en la calle buscando algo... —Se situó al lado de su marido—. ¿Qué es lo que pasa, agente?

Peláez sabía que interrogar a gente mayor siempre requería tacto, mano izquierda. Unos hablaban mucho; otros poco. Unos querían colaborar; otros los miraban como invasores de su intimidad. Unos querían destacar, ser importantes y ponerse medallas; otros se hacían un lío con los recuerdos.

—Lamento molestarlos —comenzó a hablar—, pero tiene usted razón, señora: estamos buscando algo.

—¿Y qué es?

—¿Vieron algo extraño anoche, entre las dos y las tres, en el supuesto de que estuvieran despiertos a esa hora?

—Aquí nos acostamos temprano —dijo el hombre—. Ni televisión ni nada. A las once, como mucho, en la cama.

—¿Y antes de esa hora?

—¿Cómo dice? —El dueño de la casa acercó el oído derecho.

El sargento le vio el audífono en el izquierdo.

—¡Dice que si vimos algo antes de las once! —le gritó un poco su esposa.

—¿Qué vamos a ver? —gruñó aún más—. ¿Se cree que nos pasamos el día en la ventana viendo lo que hacen los vecinos?

—Esta es una calle tranquila, y una zona también apacible, señor —contemporizó él—. Cualquier cosa rara por fuerza ha de llamar la atención.

—¿Rara como qué?

—Un coche aparcado, por ejemplo.

—Ahora que lo dice... —La mujer frunció el ceño.

—¿Sí? —la animó a seguir.

—Pero no es de anoche solo —refirió ella—. Alguna vez he visto un coche que no es de ningún vecino ahí, junto al solar, siempre cuando ya ha oscurecido.

—¿Cuántas veces lo ha visto?

—No sé, tres, cuatro...

—¿Marca?

—¡Uy, de eso no entiendo! Para mí todos son iguales.

—¿Y el color?

—Pues... —hizo memoria— oscuro, sí, oscuro. Pero no sé decirle si negro, azul, marrón... Ya le digo que lo he visto de noche, y junto a ese solar no hay luz.

—¿Había alguien en el interior?

—No lo sé. A tanto no llego con la vista que tengo. Si me he fijado, es porque siempre hay que tener cuidado, no vayan a entrar a robarte, aunque tampoco soy sufridora en ese sentido, ¿entiende?

—Ha habido algún robo, ¿no? ¿Es eso? —volvió a hablar el hombre.

—No. —Prefirió no decirles nada. Ya se enterarían cuando la historia diese la ya inevitable vuelta de tuerca—. Han sido muy amables, gracias.

—No hay de qué, joven. —Sonrió la mujer.

Fue su marido el que cerró la puerta, con la misma cara de pocos amigos.

64

Roberto se detuvo en la calle. Se mordía el labio inferior. Olmedo esperaba a su lado.

—Un coche, algunas noches... —dijo el agente—. Parece claro.

—No la ha secuestrado por pura casualidad. La vigilaba —asintió él.

—Así que tenemos a un psicópata por aquí —lamentó Olmedo con amargura.

Su superior paseó una mirada por los alrededores.

Mientras no llegase nadie de la ciudad o de Madrid, todo seguía estando en sus manos.

—Maldita sea... —musitó sin el menor énfasis.

—¿Cree que estará todavía viva, señor?

Era la gran pregunta.

En la mayoría de los casos, los depredadores sexuales mataban a sus víctimas en las primeras horas.

Pero odiaba admitirlo.

—No lo sé —se aferró a la esperanza.

La zona de exploración se había ampliado a partir del punto en el que había sido hallado el móvil destrozado de Julia. Ahora se buscaban posibles huellas de neumáticos en todas las direcciones.

Roberto Peláez reaccionó.

—Quédese aquí, Olmedo —dijo—. Y coordine la búsqueda ampliando gradualmente el perímetro. Yo voy al pueblo a seguir una corazonada.

—¿Una corazonada?

—Aparte de Maldonado, a quien hemos interrogado ya esta mañana, hay otra persona con antecedentes; se le detuvo por acoso hace unos años. Se le imputaron varios cargos, pero solo se pudo probar una denuncia concreta, así que pasó por la cárcel. Vi su ficha al llegar aquí y tomar el puesto. Es un tiro al azar, pero... También me descolgaré por el bar del pueblo otra vez.

—¿Por qué?

—Porque por ahí pasan la mayoría de los vecinos a lo largo del día. El bar o la plaza. Y Narciso, para cualquier cosa, me llama, ¿eh? Si le necesito, lo haré yo.

No esperó más. Dio media vuelta y se encaminó a su coche patrulla.

65

Ya no ayudaban a buscar indicios. El hallazgo del móvil de Julia había sido decisivo.

Lo peor era que ahora tenían la certeza de que a ella le había pasado algo grave.

Un loco la había secuestrado.

Y no era para pedir ningún rescate.

—Estará muerta... —exhaló Esther.

—¡Cállate! —gritó Israel.

Si las dos palabras de Esther cayeron a plomo entre ellos, el grito los sobresaltó.

Israel tenía los puños apretados y los ojos encendidos.

—No nos peleemos otra vez, va —intentó calmar la situación Nano—. No sirve de nada imaginar lo peor.

Esther se mordió el labio inferior.

Con fuerza.

—Escuchad —intervino Juanca—. Ya os dije que yo no creo que esto haya sido fortuito. Imposible que, casualmente, justo la noche en que Julia regresa a su casa caminando sola un trayecto mínimo desde que se baja del coche de Israel, un loco pase por allí y la rapte sin más a las tres de la madrugada.

Las palabras del chico calaron en ellos.

—Está claro que la espiaba —dijo Nano.

—Exacto. —Juanca se tomó su tiempo antes de continuar—: Tenemos a un criminal pervertido que la vigila. Por el motivo que sea, pero la vigila. Y justo anoche, ve su oportunidad, se le cruzan los cables y pasa a la acción.

—Tiene sentido —asintió Esther.

—Julia... —musitó Vega.

—¿Qué? —preguntó Israel al ver que la chica se detenía.

—Hace unos días me dijo que a veces... se sentía espiada.

—¿En serio? —Abrió los ojos Juanca.

—Vamos, eso es normal —intervino Nano—. Julia es guapa, así que la miran, tanto jóvenes como mayores. Todos lo sabemos, vamos con ella por la calle.

—Ya, pero ella dijo «espiar».

—¿Seguro? —vaciló Israel.

—Sí. Bueno, fue un comentario. Estábamos tumbadas en mi casa, hablando de nuestras cosas... Y yo también le dije que era lógico, que atraía las miradas de los demás.

—¿Y qué respondió ella? —preguntó Juanca.

—Nada. El tema quedó ahí cortado.

—¿Y eso fue hace unos días? ¿Cuántos?

—Diez o doce. A lo mejor dos semanas. ¡Ah!, ya lo sé: fue el día de los petardos, ¿recordáis?

Lo recordaban.

A Vega no le gustaban y Julia había preferido quedarse con ella en su casa.

No tenían mucho más. Y era poco para ir de nuevo a la Guardia Civil. Estaban solos. Perdidos. Náufragos en la gran isla de la soledad y el miedo.

—¿Qué hacemos? —dijo Nano.

66

Almudena estaba encerrada en el cuarto de baño.

Le parecía el único lugar aislado de la casa.

Su habitación le pesaba, y estar en la sala con sus padres era demoledor.

No quería ver a nadie.

No quería hablar con nadie.

Temblaba, le daba vueltas la cabeza, caía por un invisible y profundo pozo atrapada por un vértigo angustiante.

Porque si algo comprendía, si algo se le hacía enormemente patente, era que, si le sucedía algo a Julia, no solo perdería a una hermana: también se perdería a sí misma.

Quedaría ella.

Sola.

Sus padres ya no la dejarían ser libre, salir, vivir...

Un infierno en la tierra.

Y le dolía sentirse egoísta.

Pero no podía evitarlo.

¿Cómo vivir el resto de una vida con el peso y la sombra de una hermana muerta, asesinada en circunstancias dramáticas?

No, no era justo.

Jamás de los jamases hubiera imaginado algo como aquello.

Hundió la cabeza entre las manos y se echó hacia delante. Estaba sentada en el retrete, encima de la tapa. Las baldosas del cuarto de baño eran de un blanco ligeramente rosado, con dibujitos suaves y simétricos. La idea de que estaba en un panteón se le hizo de pronto tan angustiosa como la de salir al exterior. Reinaba el silencio. Un silencio cargado de dolor. Por lo menos su madre llevaba un rato sin gemir, ni gritar, ni repetir el nombre de Julia.

Su padre parecía cada vez más un cadáver.

¿Y si les daba un infarto?

¿Y si se morían todos?

Almudena levantó la cabeza.

Siempre se había creído fuerte, pero en momentos como aquel...

—Por favor, por favor, por favor..., vuelve a casa, por favor... —susurró cerrando los ojos y uniendo las dos manos fuertemente, como si rezara.

67

Feliciano Sanjuán puso su nombre al final del artículo, aunque también lo había escrito al comienzo, y lo leyó para sí mismo, en voz alta. No era muy largo, pero sí suficiente. A fin de cuentas sería el primero de otros muchos. Un buen periodista no quemaba todos los cartuchos de golpe. Un buen periodista los mesuraba. Sabía cómo dar una noticia a píldoras, generar expectativa, hacer que la gente deseara, necesitara más.

Si viviera en Estados Unidos, ganaría un Pulitzer.

Pero vivía en España.

A conformarse.

—Julia Castro Giralt, diecisiete años, guapa, feliz, libre y llena de vida, salió anoche de su casa para divertirse y pasarlo bien con sus amigos. Era una más de las miles de chicas que anoche harían lo mismo en nuestro país, aprovechando las vacaciones y los últimos días de verano. Una noche hermosa, baile en la discoteca, un soplo de vida y nada más. Sin embargo, en algún momento de las siguientes horas, todo eso se torció. Cambió para ella y para su pequeño mundo formado por la familia y los amigos. Julia Castro Giralt no regresó a casa. En algún momento de su vuelta al hogar, a pocos metros de él, alguien se la llevó, seguramente con violencia. Ahora la busca la Guardia Civil del lugar, a la espera de que lleguen los refuerzos de la capital o de Madrid, y en unas horas será todo el pueblo el que lo hará, unido y solidario, como suele suceder siempre en estos casos. Un pueblo que, desde hoy, paralizado por el impacto, puede pasar a la lista negra de villas hispanas en las que ha sucedido una tragedia. Julia Castro Giralt no era más que una muchacha inocente...

Dejó de leer.

Impecable.

Sereno, lúcido, directo, contundente...

Primero mandó por correo electrónico el texto. A continuación, por el móvil, las imágenes de la batida de la Guardia Civil y las de Julia. No podía escanear las tres fotos facilitadas por los padres, así que las había fotografiado a su vez con la cámara del teléfono. No importaban que la calidad no fuera excelente; el resultado era lo suficientemente bueno.

Una vez hecho esto, siguió sentado en su coche.

Esperó.

La llamada de Maribel no tardó en producirse.

—¿Sí? —dijo en un tono de radiante superioridad, alargando un poco la vocal aunque sin pasarse.

—Sanjuán —escuchó la voz de la directora del periódico—, ¿esto va en serio?

—¿Tú qué crees?

—¿Cómo lo has sabido?

—Contactos.

—Quiero decir... ¿Está contrastado?

—Por supuesto. ¿Con quién te crees que estás hablando? Contrastado y seguro. Ahora mismo estoy delante de la casa de la familia. Publica esto *on line* ya mismo. Dentro de un rato te mando el segundo texto, con la entrevista a los padres.

—¿Has hablado con ellos? —El tono de la mujer era de admiración.

—Lo tengo todo. No falta nada. Los padres, la hermana pequeña... Y es solo el comienzo. Te aseguro que los tengo en el bolsillo; me han dado permiso para que todo salga a la luz pública.

—¡Increíble!

—¿A que es bueno?

—Es de primera —admitió ella—. ¿Y dices que nadie más lo tiene?

—Primicia pura.

—Cuando lo publiquemos, el pueblo se llenará de competencia, ¿lo sabes?

—Seguiremos siendo los primeros, y seguiré siendo el único que ha hablado con la familia. Puedes vender a buen precio lo que te mande. Las fotos de la chica me las han dado ellos mismos. Las de la Guardia Civil husmeando los alrededores de donde se supone que desapareció, las he tomado yo.

—¿Puede ser una escapada, una noche loca...?

—No. Esto es gordo. Un chico la dejó a cien metros de casa en su coche y ella nunca llegó. —Dejó que la realidad calara en ella—. Hablamos de otro caso explosivo. Si como creo ya está muerta...

Maribel Naranjo no dijo nada.

No era necesario.

—Tengo trabajo —se despidió él.

—Híncale los colmillos a esto y no lo sueltes, ¿vale? —fue lo último que le pidió la directora del periódico.

Feliciano Sanjuán sonrió.

Tampoco era necesario que se lo dijera.

68

Julia ya no podía más.

Sudaba, estaba empapada, pero seguía temblando de frío, como si su cuerpo se peleara en busca de la peor sensación y en aquella desaforada carrera el resultado fuera desastroso en todos los sentidos. Incluso temía dejar de abrazarse a sí misma a causa de la desnudez, aunque curiosamente el sujetador era más grande que su minúsculo bikini.

Tuvo que reaccionar.

Moverse.

Le costó, porque le dolían las articulaciones a causa de tantas horas quieta, sin olvidar la tenaza del miedo y cuanto agarrotaba sus músculos. Primero bajó los brazos. Después respiró hondo a pesar del enrarecido aire del sótano. Finalmente se puso de rodillas, gateó un metro y, a duras penas, se incorporó.

Se quedó de pie, insegura, medio mareada.

Consiguió que el mundo dejara de dar vueltas en torno a ella.

Un pequeño hito. Minúsculo. Pero se sintió mejor.

El silencio era absoluto.

Si él la había encerrado allí y se había ido, porque horas antes escuchó el motor de un coche alejándose, era porque no tenía escapatoria.

Más aún, porque se trataba de un lugar alejado, sin vecinos.

Tragó saliva.

Se moría de sed.

No tenía hambre, había vomitado todo lo que llevaba en el estómago y más, tanto a causa del cloroformo como por el miedo, pero sed sí, mucha.

Dio unos pasos por el lugar, vacilando.

La única luz artificial provenía de una bombilla de muy poca potencia que, al menos, su secuestrador no había apagado. Pero al otro lado del sótano descubrió el ventanuco, sucio, medio tapado por las plantas del exterior, ya que estaba a ras de tierra. Fue hacia él, insegura, solo para convencerse de que por allí era imposible salir. No cabía. El ventanuco apenas si hacía un palmo de alto por tres de largo. De todas formas buscó algo en lo que subirse para atisbar al otro lado.

La sangre circulaba ya libremente por sus venas, vivificándole el cuerpo.

En el sótano había muebles viejos, cajas, restos de cosas inservibles... Más parecía un vertedero que otra cosa, como si, además de ser un asesino en

potencia, él viviera bajo el síndrome de Diógenes. No le costó apilar dos cajas y subirse encima. Apoyó las dos manos en el cristal. Las hierbas y las plantas le impedían una visión amplia, pero desde luego no estaba cerca de ninguna casa. Lo único que vio a lo lejos fueron árboles y una colina.

A la fuerza tenía que encontrarse en las afueras del pueblo.

Bueno, si es que estaba en el mismo pueblo, porque no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente en el maletero del coche.

Bajó de las cajas y buscó algo más.

Un arma.

Aunque fuera un palo con el que defenderse.

¿O se dejaría violar y matar sin más?

69

A cada minuto que transcurría, el silencio los agotaba más.

Y el peso de sus pensamientos los aplastaba.

—Hemos de hacer algo —dijo de pronto Israel.

Lo miraron todos, pero fue Juanca el que habló:

—¿Y qué quieres hacer?

—Lo que sea, o nos volveremos locos.

—Tío, no podemos hacer nada —dijo Nano con amargura.

—¿Y vamos a vivir con esto el resto de nuestras vidas?

Esas palabras les cortaron el aliento.

«Vivir con esto».

«El resto de nuestras vidas».

—El que se la ha llevado por fuerza ha de ser del pueblo —manifestó Vega.

—¿Por qué ha de ser del pueblo? —preguntó Esther—. Cualquier salido de fuera pudo haberla visto y llevársela.

—Es más lógico lo que dice Vega —la apoyó Israel.

—Sí, en estos casos, el culpable suele ser alguien del entorno, como en los abusos a menores, que casi siempre el abusador es un pariente próximo —afirmó Juanca.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos a ir casa por casa preguntando? —masculló Esther con falsa ironía.

—No, pero podríamos hacer una lista de candidatos —propuso Nano.

Lo miraron escépticos, pero interesados.

—¿Qué clase de lista? —inquirió Juanca.

—Yo apuesto por un hombre, de entre veintitantos a sesenta y pocos, que disponga de un coche, que la conozca...

—¿Sabes cuánta gente hay así en el pueblo? —siguió haciendo de abogado del diablo Esther.

—¿Creéis que a la Guardia Civil no se les habrá ocurrido? —les hizo ver Israel.

—Ellos acaban de conocer a Julia. Nosotros les llevamos ventaja, ¿no?

—De acuerdo —convino Vega—. ¿Se os ocurre alguien?

Nuevo silencio.

Miradas ocultas.

Esta vez lo rompió Juanca.

—Sea como sea yo no puedo quedarme aquí sentado sin hacer nada, esperando que pasen las horas y comiéndome el tarro. Necesito..., no sé, moverme. ¿Qué tal si vamos al centro del pueblo y observamos cómo está el ambiente, si ya ha corrido la noticia, qué reacciones hay...? Lo que sea menos estar parados como idiotas.

—Será mejor que no vayamos juntos —dijo Israel.

—Cada uno por su lado, sí —apuntó Juanca.

—Y nos vemos en una hora —se levantó Nano—. En el bar.

—Yo he de pasar por casa, se lo he prometido a mi madre —lamentó Vega.

—Yo también. —Dejó caer la cabeza Esther.

—Bien, pasamos todos por casa un minuto, tranquilizamos a la familia y les decimos que la Guardia Civil sigue contando con nosotros para ayudarlos, ¿de acuerdo? —cerró el tema Juanca.

70

Roberto Peláez se detuvo delante de la puerta y contó hasta diez.

Una parte oscura de su trabajo era precisamente aquella: ir a ver a un sospechoso solo por haber estado fichado, por tener antecedentes o figurar en una lista de candidatos a un delito concreto.

Si el hombre al que iba a interrogar ahora no tenía nada que ver con el caso, lo estaría humillando. Como decirle que siempre estaría marcado, aunque hubiera pagado sus pasadas culpas con la cárcel, poniendo el marcador a cero con la justicia.

Pero tenía que hacerlo.

Agotar todas las probabilidades.

—... nueve y... diez —acabó de contar.

Llamó a la puerta. Al otro lado se escuchó un:

—¡Voy!

El hombre que apareció por el hueco tenía poco más de cuarenta años. Iba con el torso desnudo y unos pantalones cortos, hasta las rodillas. Calzaba unas chanclas de playa y llevaba el pelo largo y revuelto. Cultivaba ya una incipiente panza y sus ojos enrojecidos parecían denotar una reciente siesta. Se lo quedó mirando incrédulo pero también fastidiado.

—¿Y ahora qué? —exclamó.

—¿Sebastián Durán? —preguntó Roberto Peláez para estar seguro.

—Ya sabe que soy yo. —El tono fue áspero—. ¿Qué quieren ahora?

—Saber dónde estuvo anoche.

—¿Por qué? —Lo retó con un claro desafío en la mirada.

—Responda.

—No tengo por qué hacerlo.

Una mujer apareció por detrás de él. Llevaba a una niña de pocos meses en brazos.

—Estuvo aquí, conmigo, desde que llegó de trabajar a las ocho hasta que se ha ido esta mañana a las siete y media —dijo con sequedad.

Roberto Peláez se quedó mirando a la pequeña.

Sonreía babeando feliz.

—¿Cada vez que pase algo van a venir a incordiar? —preguntó Sebastián Durán—. Ya pagué por lo que hice, ¿vale? Ahora soy otra persona. ¿Ve esto? —Señaló a la niña—. Me ha cambiado la vida, ¿entiende? No sé qué investiga

ni me importa, porque yo no he sido y punto.

La mujer tenía los ojos hundidos en el visitante. Dos lanzas cargadas de animadversión.

Roberto Peláez se despidió, pero se calló lo que pensaba: que si algo tenían en común los violadores, los pederastas, y todos los que cometían delitos sexuales, era que no se regeneraban y que, tarde o temprano, reincidían.

La puerta se cerró de manera violenta a su espalda.

Bajó la escalera despacio y se detuvo en el vestíbulo, esperando cruzarse con una mujer que cargaba una bolsa del supermercado.

La casa era pequeña, tres plantas, seis familias. Debían de conocerse todos.

—Perdone —la detuvo—, ¿sabe si el vecino del segundo, el señor Durán, tiene un coche de carrocería oscura, de color negro...?

—¿El Sebas? —Lo miró como si la pregunta fuese absurda—. No, no, él va en moto. No tiene coche.

Cuando salió a la calle, lamentando haber perdido el tiempo, el sol seguía pegando fuerte a pesar de que ya empezaba a declinar perezosamente.

71

Vega detuvo la moto delante de la casa de Nano y esperó a que se bajara. No paró el motor. El chico se quitó el casco y él mismo lo guardó en el compartimiento de atrás. Vega también se quitó el suyo para poder darle un beso.

Aunque fuera rápido.

Nano se lo dio.

No le importaba que lo vieran desde alguna de las ventanas.

Tampoco se enroscaron como si les fuera la vida en ello.

—Luego nos vemos —dijo ella.

—¿Estás bien?

Vega sonrió con un rictus de dolor.

—Siempre que veo una película cuento la de veces que los personajes se preguntan eso mismo unos a otros.

—¿Y son muchas?

—La tira. —Asintió con la cabeza.

—¿Y qué suelen responder?

—Siempre dicen que sí, todos, aunque estén hechos un asco.

—¿Cómo estás tú?

—Hecha un asco. —Contuvo un nuevo acceso de llanto.

—Vamos a ver qué pasa, ¿vale?

—Sí, claro.

—Julia es más fuerte de lo que parece.

Vega se imaginó a un loco gigantesco de dos metros atacándola, pero no se lo dijo a Nano. Solo fue una visión fugaz, negativa.

Demasiado negativa.

—Te quiero —se despidió Nano.

—Y yo a ti.

—Me está empezando a gustar decirlo —admitió él.

—Y a mí oírlo.

El chico levantó una mano mientras se acercaba a la puerta.

Vega se colocó el casco y, una vez asegurado, le dio gas a la moto.

72

Lo que menos quería Juanca era ir a su casa.

¿Seguirían Sonia y Ricky allí?

¿Seguirían devorándose el uno al otro como si el mundo se fuese a acabar mañana?

No sabía si odiarlos o envidiarlos...

¿Se volvería así de loco él si un día encontraba a alguien?

Dejó de caminar por la plaza, mirando sin ver, buscando sin saber qué buscaba, y se detuvo pensativo a pocos pasos de la heladería, a rebosar en aquel momento. El móvil le sonó en ese instante.

Miró la pantalla.

Su madre.

—¿Sí, mamá?

—¿Dónde estás, hijo?

—Con los demás, ¿por qué?

—No, por nada. Es que hemos llegado ya y..., bueno, como no pareces haber comido en casa.

Juanca cerró los ojos y se pasó una mano por la frente.

—¿Está Sonia ahí?

—No, tampoco.

Mejor. Se alegró. Imaginar a sus padres pillando a Sonia con Ricky lo superaba. Menudo disgusto. Gajes de ser mayores y haberlos tenido ya al límite, sobre todo a él. El abismo generacional era grande.

—Voy ahora. Tengo que contaros una cosa —les dijo.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

Su madre siempre se alarmaba por todo.

—Estoy bien, tranquila. Voy para allá, que luego he de volver a salir.

Eso fue todo.

Ahora sí, el momento de ir a casa.

73

Esther sabía que, en cuanto cruzara el umbral de su casa, la asaetearían a preguntas, como ya lo habían hecho antes, al darles la noticia.

Incluso era raro que no la hubieran llamado por teléfono en aquel rato, nerviosos, insistentes.

Lo que más temía era que no la dejaran volver a salir, como si un depredador sexual anduviera suelto por el pueblo a plena luz del día.

No digamos de noche.

Pasara lo que pasara, adiós a salir después de cenar, adiós a lo que quedaba de vacaciones.

Tampoco habría muchas ganas, claro.

Tal vez el próximo año...

Tal vez entonces...

¿Qué? ¿Israel y ella?

No. Todos iban a quedar marcados. Ya nada sería igual. Si Julia aparecía muerta, jamás iban a olvidarlo. Y lo último que había hecho ella era pelearse con su amiga.

Sus padres eran capaces de obligarla a ir a un psiquiatra.

Tenía que ser fuerte. O aparentar que lo era.

Miró la casa y se encaminó resuelta hacia la puerta.

Se daba cuenta de que la pesadilla no había hecho más que comenzar.

74

El pueblo todavía vivía ajeno a la noticia. En la plaza mayor la vida seguía como de costumbre. Nadie imaginaba la tormenta que se les venía encima.

Israel en lo que pensaba era en la que les caería a ellos.

Los amigos de Julia.

Y a él.

La última persona que la había visto antes de que quien fuera se la llevara.

Pasara lo que pasara, salvo que apareciera con vida, sería el principal sospechoso. Y más si se sabía la historia, el beso, la huida en la noche...

Apretó los puños.

No quería ser «el» sospechoso, pero tampoco carnaza para los medios, perseguido, asaltado, vigilado...

Acababa de llegar a casa y ya quería volver a irse.

—Papá, ¿te importa que siga usando el coche, por favor?

—No, no, tranquilo. Lo entiendo. —El hombre le puso la mano en el hombro—. Pero ten cuidado, ¿eh?

—No le haré ni un rasguño.

—No me refiero a eso. —Le sonrió con cariño—. Quiero mucho a mi coche pero más te quiero a ti. Ten cuidado tú. Con lo que está pasando, no sé si estás en condiciones de conducir.

—Lo estoy. —Quiso darle un toque de seguridad a la voz.

—Ten el móvil abierto y a mano, ¿vale? Estate en contacto y dinos si hay cualquier novedad, lo que se sea...

—Lo haré —le prometió.

—Hijo...

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Esa chica... ¿es solo una amiga?

Israel intentó no ponerse rojo.

No supo si lo había conseguido.

Tampoco supo de dónde sacó el aplomo para decir:

—Sí, una amiga, sí. Es parte del grupo y nada más.

No preguntó el porqué de la insinuación de su padre. A lo mejor, por aquello de la edad y la experiencia, su progenitor sabía leerle la cara.

Pero sí se sintió como un extraño traidor.
¿Qué tenía de malo decirle a su padre que estaba enamorado de ella?

75

Almudena entró en la habitación de Julia y se sentó en la cama.

Miró las paredes.

Escuchó el silencio.

Y supo lo asustada que estaba cuando ese silencio se le hizo grito y angustia, vértigo y ansiedad.

No había vuelto a colarse allí desde que el sargento de la Guardia Civil quiso hablar con ella a solas. De hecho, no recordaba haber estado nunca sin su hermana mayor. Tampoco en su casa de la ciudad. La habitación de Julia era territorio prohibido, lo mismo que la suya para su hermana. Así que estar sentada en aquella cama era a la vez tanto un reto como una plasmación de su miedo. Como si, de alguna forma, pudiera abrazarla y decirle que la quería. No se sentía una intrusa, al contrario. Se sentía más unida a Julia ahí dentro.

Además, no soportaba el dolor de sus padres, especialmente el de su madre, cada vez más convertida en un saco de nervios.

Y la pesadilla no había hecho más que comenzar.

Si aquello se convertía en un culebrón de días, semanas, meses...

Se estremeció y cerró los ojos.

Julia muerta.

Julia viva.

Julia viva, pero con daños físicos.

Julia viva, pero con daños psicológicos.

Pasara lo que pasara, ya nada sería igual.

Nunca.

Volvió a abrir los ojos y se fijó en la mesa.

Entonces recordó algo.

Algo que había averiguado de casualidad, no porque espiara a su hermana.

El diario de Julia estaba escondido en el falso cajón de la parte de atrás. Ni el guardia civil lo había visto. Almudena lo sabía porque un día la sorprendió guardándolo. Fingió inocencia y Julia tampoco le dijo nada pensando que la maniobra había pasado inadvertida.

El diario.

¿Y si allí...?

Almudena siguió sentada en la cama, inmóvil.

Meterse en la habitación de Julia ya era una intrusión. Pero escudriñar en

el diario íntimo y personal de su hermana...

De nuevo la pregunta:

¿Y si allí... había algo?

Ante una situación tan grave, todo ayudaba. Y mejor ella que sus padres o la Guardia Civil.

Pese a todo, siguió sentada unos minutos.

Mirando la mesa.

Temblando.

76

En el sótano no parecía haber nada consistente capaz de ser usado como un arma.

Julia se quedó mirando aquel ventanuco con impotencia.

Si al menos lograra romperlo...

Salir por él no, desde luego, pero gritar...

¡Gritaría con todas sus fuerzas!

Lo único que le quedaba era tratar de desmontar alguno de los muebles amontonados allí, y hacerse con una tabla, una pata, lo que fuera. Primero, el grueso cristal del ventanuco. Después, intentar defenderse cuando regresara él.

Defenderse o... atacarlo.

Volvió a moverse por el lugar.

Se sentía mejor desde que hacía algo, aunque no consiguiera nada. Mejor moviéndose, registrando el sótano, incluso hablándose a sí misma.

Escuchar el sonido de su voz la hacía sentirse viva.

De pronto pensó en Israel.

Si le hubiera devuelto aquel beso... Si se hubiera quedado en el coche dejándose llevar, arrastrar por el sentimiento de la pasión y el deseo... Si hubiera dejado que él la acompañara hasta la puerta de su casa...

Esa última noche, sí, y estaría libre. Pero... ¿y las siguientes?

—Me espiabas, desgraciado. Esperabas tu oportunidad y te la di anoche, pero, si no, habrías aguardado otra ocasión.

Mismo resultado. Mismo final.

Estaba en manos de un loco.

Encontró un mueble viejo con una puerta ya medio rota.

Se lanzó sobre ella y empezó a desmontarla, arrancándola de sus goznes, febril.

77

El bar de la plaza se estaba animando. Faltaba lo mejor, la hora de la puesta de sol, antes de cenar, y sobre todo las posteriores, cuando la gente se sentaba a la fresca y pasaba el rato en torno a unas cervezas hasta las tantas. Casi nadie se quedaba en casa en las mejores horas del día, y la plaza era el epicentro del pueblo.

Roberto Peláez entró en el local seguido por Narciso Olmedo, que ya se había reunido con él.

Telmo Ortega estaba en la barra, llenando jarras y más jarras de cerveza, que parecía ser la bebida oficial. Lo hacía de manera maquinal. Primero llenaba una jarra, la dejaba al subir la espuma hasta casi el borde, cogía otra, repetía la operación, y vuelta a la primera si la espuma ya había bajado para acabar de llenarla hasta arriba, con solo dos centímetros de espuma.

A los dos guardias civiles se les hizo la boca agua.

Una cervecita a aquella hora...

El hijo del dueño levantó la vista al notar que algo se detenía al otro lado de la barra. Levantó las cejas a causa de la sorpresa.

—¡Hombre, sargento! ¿Otra vez por aquí? —dijo elevando la voz para superar el runrún ambiental del local.

—Ya ves.

—¿Dos veces en un día? —Frunció el ceño—. ¿No me dirá que no pasa nada?

—Sí, sí pasa —asintió sabiendo que por poco tiempo más podría mantener en secreto la realidad—. ¿Tienes un minuto?

Mientras hablaba, Telmo Ortega seguía llenando vasos.

Completaba el último.

—¿Es sobre la chica de esta mañana, la de la foto?

—Sí.

—¿Qué ha hecho?

—Ella, nada. Ha desaparecido.

Telmo Ortega levantó la cabeza. El fruncimiento de ceño se acentuó.

—¡No me diga!

—Por favor...

—Sí, sí, claro. Perdone.

Le hizo una seña a uno de los camareros, para decirle que las cervezas ya

estaban listas, y se dirigió al final de la barra, donde el eco de las conversaciones o las risas de los consumidores era menor. Los dos guardias civiles hicieron lo propio. La parte de atrás estaba más alta que el suelo del bar, por eso al bajar de ella la estatura de Telmo Ortega menguó en un palmo. Después de tantas horas de trabajo, parecía cansado. La camisa ya no era blanca, tenía alguna manchita y estaba arrugada. Las cejas espesas y el pelo mal cortado le conferían el aspecto de un ogro inofensivo.

—¿Qué quiere saber? —fue el primero en hablar.

—¿Ayer viste por aquí a alguna persona desconocida? —disparó la primera pregunta.

—Hombre, sargento, que yo no conozco a todo el pueblo.

—Piénsalo.

—¿Y qué voy a pensar? A veces los veraneantes invitan a su casa a familiares o amigos, y claro, no son de aquí. Siempre se te escapa una cara. Igual tendría que hablar con mi padre, que se ocupa del turno de noche. No creo que tarde mucho.

—¿Podrías llamarlo?

—No tiene móvil y hoy estaba en la ciudad. Viene directo hacia aquí.

—¿Te comentó si anoche hubo algún borracho, algún altercado...?

—No me dijo nada, pero no creo. Espere...

—¿Sí? —lo animó a seguir.

—Ayer por la tarde, antes de irme, sí vi a un par de tipos..., bueno, no sé cómo llamarlos. ¿Diferentes?

—¿En qué sentido?

—Eran como de mi edad. Muy altos, en plan jugadores de baloncesto, pelo rapado, y vestían de manera demasiado informal. Lo recuerdo porque pensé que ya no tenían dieciocho años. Camisetas de esas macabras, con calaveras, sin mangas, botas y cinturones negros con puntas de metal... Cosas así. Hablaban a gritos. Tanto que tuve que pedirles que bajaran el tono. Después se fueron y ya está.

—¿Españoles?

—Sí, sí.

—¿Viste si iban a pie o en coche?

—Se fueron a pie. Si tenían el coche aparcado por ahí, ya no lo sé.

—¿Has vuelto a verlos hoy?

—No.

La teoría de dos agresores foráneos chocaba con la tesis habitual en casos como aquel, en los que el secuestrador pertenecía al entorno del pueblo y conocía a la víctima, aunque fuera de vista.

¿Dos hombres de treinta años, altos, vestidos en plan *skinheads*?

—Gracias, Telmo. —Le tendió la mano Roberto Peláez.

—Usted va a toda mecha, ¿eh? —Se extrañó el camarero por el súbito final de la conversación.

—No lo sabes tú bien.

Dieron tres pasos antes de que la voz de Telmo Ortega los alcanzara por detrás.

—¡Tranquilos, que tendré los ojos abiertos! ¡Lo llamo si veo algo!

78

Feliciano Sanjuán vio a los dos guardias civiles saliendo del bar una vez acabada su charla con el camarero de detrás de la barra. Sonrió. Era evidente que seguían buscando a la desaparecida y el día entraba en su recta final. Con la llegada del anochecer primero y la noche después, la locura empezaría a ser mucho más tangible.

Faltaba el estallido emocional de todo el pueblo.

Iba a pedir otra cerveza cuando escuchó la música de su móvil. Apenas tres notas de aviso.

Un mensaje.

Lo abrió y se encontró con la imagen de Maribel Naranjo junto a un breve texto que decía: «¿Lo has visto?».

Se guardó el móvil en el bolsillo, sacó el ordenador y entró en Internet. Buscó la web del periódico para examinar el contenido digital y, nada más abrirse, contempló el titular, enorme, cubriendo la pantalla de lado a lado con gruesas letras negras:

«OTRA ADOLESCENTE SECUESTRADA»

¿Otra?

Bueno, sí, de esta forma se creaba más alarma social, como si se tratara de una plaga.

Los siguientes titulares eran no menos dramáticos:

«UN DRAMA SACUDE EL IDÍLICO PUEBLO DE...»

«JULIA CASTRO GIRALT: LA CHICA DE 17 AÑOS QUE NO REGRESÓ A CASA»

«NUEVA VÍCTIMA DE LA VIOLENCIA SEXUAL»

¿Violencia sexual?

Bueno, todavía no estaba probado que el secuestro hubiera sido por...

Pero, si no era por algo así, ¿qué otra cosa podía ser?

Si se abría la caja de los truenos, se abría del todo.

Sin concesiones.

El periodista leyó el texto que había enviado. No habían cambiado ni alterado nada. Seguía siendo perfecto, un modelo de contenido breve y llamativo, espectacular y cien por cien periodístico.

Y no era más que el primero.

Acababa de mandar la entrevista con los padres de Julia.

Quedaba ver a los amigos.

Luego, pulsar la opinión de los vecinos del pueblo.

Bien, sería una larga noche. Mejor buscaba una pensión o un hotel con una cama libre.

Quizá acabase pasando una larga temporada allí.

79

Los padres de Vega hubieran preferido que no saliera. Sin embargo, no les dio opción a réplica ni a que impusieran su criterio o su autoridad. Se trataba de Julia.

Seguía pensando que si no la hubiese dejado sola...

Tarde para martillearse la cabeza con eso.

Lo mejor que podía hacer ahora era estar con los demás.

Ayudar.

Aunque no tenía ni idea de cómo.

Hora de irse. Había vuelto a casa solo para que estuvieran tranquilos. No, no había noticias. Sí, la Guardia Civil los necesitaba. No, no sabía a qué hora regresaría. Sí, tendría cuidado, y más yendo en moto.

La dichosa moto.

Se la dejaban llevar en verano, pero todavía no por la ciudad.

¡Ni que fuera a correr en plan Marc Márquez!

Se disponía a despedirse cuando notó el calor.

La leve punzada.

Y, después, como si algo la mojara por dentro.

Conocía los síntomas de su período, pero quiso estar segura. Además, si era eso, mejor salir de casa ya protegida. Fue al cuarto de baño, se quitó los vaqueros y examinó su ropa interior.

Estuvo a punto de llorar de alegría.

Todo aquel miedo...

A pesar de que Nano le había dicho que estaba seguro, a pesar de la píldora del día después, a pesar de todo...

Miedo, miedo, miedo.

¿Cuántas veces se había dicho, a lo largo del día, que jamás volvería a ser tan imprudente? ¿Cuántas había sentido el peso de la vergüenza pasada en la farmacia y el ambulatorio? Ahora el período la tranquilizaba por completo, adelantándosele incluso un día.

Fin de la pesadilla.

Quizá eso fuera una buena señal.

—Vamos, Julia, vamos —susurró mientras buscaba un tampón para ponerse.

80

Nano abrió el móvil de inmediato, antes incluso de que se extinguiera la primera señal de llamada.

Vega.

Iban a verse en unos minutos, así que, si le telefoneaba, era por algo importante.

—¿Sí?

—¿Estás solo?

—Sí, ¿por qué?

—Me ha venido la regla.

Se alegró. Sobre todo por ella.

—Se te ha adelantado un poco, ¿no?

—Imagino que con tantos nervios... Bastante tenemos con lo de Julia.

—¿Estás en casa?

—Salgo ahora. Solo es que..., bueno, quería decírtelo cuanto antes. Y..., Nano...

—¿Qué?

—Prométeme que tomaremos precauciones.

«Tomar precauciones».

Más veces.

Era un sueño, como para dar saltos de alegría, pero trató de que su voz sonara tranquila, normal.

—Te lo juro.

—Aunque nos dé el arrebato, como anoche.

—De verdad, te lo juro.

—Gracias —suspiró ella antes de colgar.

—Venga, hasta ahora —hizo lo propio él.

81

Una vez más, fue su padre el que contestó al estallar en casa la llamada de teléfono.

—¿Sí?

Almudena dejó de respirar.

Su madre unió las manos como en un rezo.

—¿Cómo lo sabes? —fue lo primero que pronunció Emilio.

Una pausa. El hombre cerró los ojos.

Luego, puso una mano en el auricular y miró a su mujer.

—Ya han dado la noticia —le dijo—. Acaban de oírlo por la radio.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Mi hermana Berta.

—Dios... —Se tapó la cara con las manos.

Las hijas de Berta eran perfectas, las tres. Era como si lo que le había sucedido a Julia fuera imposible de que les sucediera a ellas. Siempre alardeaban de todo lo que hacían. Julia y Almudena aborrecían a sus primas.

—Escucha, he de dejarte, ¿comprendes? Debemos tener la línea desocupada —intentó salirse él. Y ante la insistencia de Berta, agregó—: No, no llames al móvil, por favor. No sabemos nada, eso es todo. Te telefonearé en cuanto sepamos algo... Sí, Berta, que sí, haz el favor... —Comenzó a irritarse —. Bien, de acuerdo, sí... De tu parte...

Colgó el aparato.

Silencio.

Otro más.

Almudena tomó la decisión en ese instante.

Sin saber por qué.

O quizá la había tomado ya antes, la primera vez que lo pensó, pero aún se resistía a dar el paso.

Su hermana la mataría.

Y ojalá lo hiciera, porque eso significaría que estaba viva.

Estaba dispuesta a pagar el precio.

Fue a la habitación de Julia, entró y cerró la puerta sin hacer ruido. Se dirigió a la mesa y abrió el cajón secreto escondido en la parte de atrás.

Cuando agarró el diario secreto de su hermana, le quemó en las manos.

Se fue con él a su propia habitación y se encerró allí.

82

Cuando Roberto Peláez entró en el cuartelillo, notó que los ánimos estaban caldeados. Y eso que solo eran dos en aquellos momentos.

—¿Ha pasado algo? —quiso saber temiendo lo peor.

Fue Morales el que le informó.

—Han llamado de comandancia —dijo—. La noticia ya ha saltado.

—¡Maldita sea! —estalló su superior.

Morales tragó saliva.

—Ya sabe cómo son esos perros de presa, sargento. —Abrió las manos en un gesto de impotencia—. Tienen ojos y oídos en todas partes. Vaya usted a saber...

—¿Quién ha dado la noticia?

—El periódico de la ciudad, en su versión digital. Pero rápidamente se ha extendido por otros medios, las radios... Incluso una cadena de televisión de esas que dan cotilleos por la tarde ha interrumpido la emisión para decir que «seguirían informando ante la gravedad del hecho».

«La gravedad del hecho».

Para ellos, mejor muerta que viva.

Roberto Peláez miró a Narciso.

—Esto se nos va a ir de las manos —sentenció en tono fatalista—. Esta misma noche tendremos aquí a toda esa caterva de... —Se dirigió a Morales —. ¿Han dicho cuándo llegará el Séptimo de Caballería?

—¿Señor?

Morales era joven. A lo peor nunca había visto las viejas películas del Oeste, cuando en el punto crítico de peligro se oía la trompeta de carga del Séptimo de Caballería y llegaban los refuerzos. Ventajas de haber crecido en un pueblo con un viejo cine aún vivo en su infancia, y de haber tenido un padre con muchas películas grabadas en las viejas cintas de los ochenta y noventa, Beta y VHS.

—¿Cuándo llegan los refuerzos? —reformuló la pregunta.

—El equipo ha salido ya, sargento. Llegarán de un momento a otro.

Expertos, analistas, incluso psicólogos para la familia y los amigos de la desaparecida. Un enjambre inesperado. En pocas horas el pueblo sería un circo, y ellos se convertirían en los payasos, los saltimbanquis y los trapecistas a la vez. Por la noche ya estarían en boca de todo el país y Julia Castro Giralt

dejaría de ser una joven desconocida para ocupar las primeras páginas de muchos periódicos y ser la protagonista del día, y de los días siguientes, mientras en las tertulias los presuntos sabios debatirían sobre el bien y el mal, apoltronados en sus falsos tronos, como si su opinión fuese decisiva en aquellas horas fúnebres.

Roberto Peláez pensó que nadie merecía eso, y mucho menos ella, Julia, una chica normal que simplemente había salido una noche a pasarlo bien.

Cada hora que transcurría era más y más decisiva.

83

Julia se había desgarrado prácticamente las uñas tratando de desmontar uno de aquellos muebles. Pero, o eran viejos, de los de antaño, cuando los abuelos decían que los hacían indestructibles los buenos carpinteros y no prefabricados en serie, o ella no tenía fuerzas ni sabía cómo romper uno.

Estaba agotada.

Rendida.

Empezaba a comprender que la única solución pasaba por enfrentarse a él.

Sí, era un hombre, y fuerte, pero ella estaba acorralada, y eso, decían, hacía que la gente sacara fuerzas de flaqueza.

Si lo esperaba oculta detrás de la puerta del sótano y saltaba sobre él en el momento de abrirla...

Quizá con suerte lo abatiera, sin necesidad de luchar, solo empujándolo.

Quizá, con más suerte, lograra salir de allí.

Y de la casa.

Echar a correr.

Quizá, quizá, quizá...

La alternativa era no hacer nada y rendirse, ser violada, morir.

—No. —Apretó los puños.

Se dirigió a la puerta. Se abría de izquierda a derecha y hacia adentro. Hubiera preferido que fuera al revés, pero eso no tenía solución. Las circunstancias mandaban. El empujón tenía que ser lo bastante fuerte, y desde la espalda, para que él, al menos, se desplazara dos o tres metros. Si caía al suelo, mejor. Luego quedaba coordinar los movimientos, cruzar el umbral y orientarse. No sabía si al otro lado se encontraría unas escaleras o no, aunque lo más probable, tratándose de un sótano con un ventanuco a ras de tierra, fuera que sí. Después, la casa, encontrar la puerta que daba al exterior o, tal vez, romper una ventana arrojando una silla contra el cristal.

Tenía que ser rápida, muy rápida.

No dejarse llevar por el pánico.

Porque si la atrapaba, sería peor.

Podía matarla con crueldad.

—¡Dios...! —Hundió el rostro entre las manos.

¿Cuánto le quedaba?

¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que él regresara?

¿A qué maldita hora...?

—Estás sola —musitó para sí en un susurro—. Nadie va a sospechar de él de momento. Nadie sabe que estás aquí. Todo depende de ti.

Era la única forma que tenía de darse ánimos.

—Vamos, Julia... —susurró de nuevo.

84

El diario temblaba en las manos de Almudena.

Era como asomarse al corazón y la mente de su hermana.

Julia debía de tener más diarios, en el piso de la ciudad, escondidos, porque aquel se correspondía únicamente con el año en curso y arrancaba el 1 de enero. Ni siquiera sabía qué mirar o dónde. ¿Empezaba por el principio? No, no tenía sentido. Lo único razonable era ir a la última página escrita y leer hacia atrás, día a día, aunque no en todos su hermana había anotado algo.

Si no había nada, ni el menor indicio, ni la menor revelación, volvería a dejarlo en su lugar secreto y nunca diría lo que había hecho.

Salvo que Julia... hubiese muerto.

Cerró los ojos y tuvo el tiempo justo de apartar el diario antes de que una lágrima traidora emborronara las frases escritas a mano con pulcritud.

Cuando volvió a abrirlos, las palabras empezaron a taladrarle los ojos, incrustándose como dardos ardientes en el cerebro.

Tardó un poco en concentrarse.

En asimilar lo que estaba leyendo.

«¿Por qué soy así? ¿Por qué he de renunciar al amor si es ahora cuando llama a mi puerta? ¿Es por no hacerle luego daño? Pero ahora me lo hago a mí misma. Y se lo hago a él. ¡Me cuesta tanto fingir indiferencia! ¿Cuánto podré soportarlo? ¿Y si me besa? ¡Oh, Dios, si me besa...! ¡Lo deseo tanto y lo temo tanto! Si me besa, soy capaz de derretirme en sus brazos, pero también de rebelarme y apartarlo de mí. Tengo miedo a mi reacción. ¿Por qué tuve que marcarme un camino tan inflexible? ¡Están en juego mis sueños, mis ideales, mi vida, mi libertad! Siempre he creído que todo eso solo podría hacerlo sola, sin nadie ni nada que me atara, ¡y menos un chico! Mañana, cuando vayamos a la discoteca, sé que pasará algo. Se ha estado incubando estos días. Y, encima, está Juanca. Ya no es solo Israel: ¡son los dos! La turbulencia y el vértigo de estos últimos días son evidentes, y no soy la única que se ha dado cuenta. Esther está a la que salta».

Almudena notó cómo le latía el corazón.

A mil por hora.

¡Julia estaba enamorada, y no quería admitirlo! Más aún: ¡luchaba contra ello!

Increíble.

Buscó más indicios.

Y volvió a quedarse sin aliento.

«A veces la mataría y a veces me la comería a besos. Ella no imagina cuánto la quiero, aunque me gustaría, sí, me gustaría decírselo sin que sonara cursi. A lo mejor un día. Siempre la he querido, desde que nació. Nunca he tenido celos. Ahora está en esa edad insoportable, la misma que pasé yo no hace mucho, y tiene esas salidas rebeldes con las que a veces te ríes y otras la machacarías. La verdad es que no sé qué haría sin Almudena. Me tranquiliza saber que, cuando pasen estos años locos, estaremos siempre unidas, y cuando falten nuestros padres, lo mismo. Las hermanas son para siempre. Jamás le fallaré».

Almudena rompió a llorar.

Ella también la quería, pero jamás habría imaginado que Julia pudiera expresarlo tan bien. Tan honesta y sinceramente.

Tuvo que dominarse.

Seguir leyendo.

Pasó otra página hacia atrás, para continuar retrocediendo en la vida de Julia a través de esos últimos días.

85

El último en llegar fue Juanca, caminando, manos en los bolsillos, con la cabeza baja, envuelto o aplastado por lo que debía de ser una negra tormenta. Cruzó la calle al verlos apoyados en el coche del padre de Israel y se detuvo frente a ellos.

Parecían zombis.

Hablaban como zombis.

—Hola.

—¿Algo nuevo?

—No.

—Ya.

—¿Qué hacemos?

La misma pregunta.

Una y otra vez.

Qué hacer.

Y la respuesta, dolorosa, era «nada».

No podían hacer nada.

No eran más que dos chicas y tres chicos asustados, los amigos de Julia.

Los que arrastrarían el peso de aquel día y de los siguientes.

—Yo creo que la Guardia Civil organizará otra batida con más efectivos —dijo Israel—. Y necesitarán voluntarios. Como antes, cuando buscábamos en los alrededores de la casa y hemos dado con el móvil.

—Todavía no han dicho nada —dijo Esther.

—Pero lo harán, seguro.

—Entonces iremos, ¿no? —manifestó Nano.

—Claro —lo dejó bien sentado Vega.

Era mejor que nada.

Moverse era lo único que les quedaba para no volverse locos.

Israel iba a decir algo más, cuando en su horizonte irrumpió de pronto un camión fuera de lo común. Un camión con una parabólica en el techo y el logo de una cadena de televisión bien visible en los laterales, el frontal y la parte trasera. Un camión con un equipo capaz de mandar señales en vivo y en directo.

—¿Cómo diablos...? —gruñó Israel impresionado.

Era la primera invasión.

Sospechaban lo que pasaría.
—¡Vámonos, por favor! —suplicó Vega.

86

Sin darse cuenta, se dirigían hacia la zona de la casa de Julia.

Solo porque allí, a pocos metros, alguien se la había llevado y había destrozado su móvil.

En medio del desazonador silencio, mientras Israel conducía con sumo cuidado, se escuchó la voz de Juanca:

—Parecemos perros de la lluvia.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Nano.

—Los perros se guían por los olores. Cuando llueve, la lluvia los borra. Entonces vagan tratando de recuperarlos y van perdidos.

—¿Y eso de dónde lo has sacado?

—Creo que de un libro, no lo recuerdo.

—Es lo que da leer —intentó ser irónica Vega, porque era la que más leía.

Nadie dijo nada.

Unos pocos metros más.

De pronto una moto les pasó muy cerca, cortándole el paso, e Israel pisó el freno asustado.

Temblaba.

—Caminemos un poco —propuso Nano—. Estamos demasiado nerviosos.

Esther fue la primera en reaccionar. Sin decir nada se bajó por su lado. El resto la secundó uno a uno. El último en descender del vehículo fue el propio Israel.

Salvo ir a casa de Julia, tanto daba moverse a pie o en coche.

Sí, Juanca tenía razón: se habían convertido en perros de la lluvia.

Dieron unos pocos pasos.

Israel iba el último, rezagado, arrastrando el peso de sus pensamientos. Vega decidió esperarlo.

Se colocó a su lado.

Buscaba algo que decir.

Tardó en encontrarlo, y fue algo de lo más obvio.

—No pierdas la esperanza.

La respuesta de Israel tardó en llegar.

—Todos estos casos acaban igual —dijo con voz rota.

La reacción de la chica fue fulminante.

—¡Este no! —Se contuvo para no gritar—. ¡Julia es una luchadora!

—¿Una luchadora? ¿Contra un monstruo que ataca de noche impunemente?

—¡Ella es lista! ¡Puede haber hecho mil cosas que ni imaginamos!

—¿Crees que sigue viva?

—¿Por qué no iba a estarlo? —Vega abrió los ojos hasta la desmesura.

—Porque suelen violarlas y matarlas la misma noche... —No pudo seguir hablando porque el nudo albergado en su garganta se hizo monstruoso y se lo impidió.

—Vamos, Israel. —Lo tomó de la mano.

Caminaron así un rato más. Los otros tres iban delante. Ninguno volvió la cabeza.

—Vega... —susurró de pronto él.

—¿Qué?

—Llevaba unos días rara, ¿verdad?

—Sí, pero no era por ti, en serio.

—Entonces, ¿por qué?

—No lo sé. A veces es de las que se abre y a veces es de las que se lo queda todo, hasta que no puede más y lo suelta. Hace unos días le dije que quedábamos en el bar de la plaza y me dijo que no, que allí no volvía.

—¿Por qué?

—Ni idea.

—Si nos hemos pasado el verano entre el bar y la heladería.

—Ya lo sé, pero no quería quedar allí. La vi afectada por algo.

—¿Y no...?

—No, ya te digo.

—¿Y de mí? ¿Te dijo algo?

Era la pregunta que más temía ella.

¿Qué podía decirle?

¿Que Julia lo quería pero no estaba dispuesta a renunciar a su libertad?

—No, nada —mintió.

Sabía que Israel no la creería, pero eso era ya lo de menos.

87

Almudena estaba petrificada.

Cuanto más leía del diario de Julia, más boquiabierta se quedaba. Era como si allí, de pronto, estuviera escondida, agazapada, otra persona diferente a la que conocía. Probablemente la verdadera. Aquella era una Julia íntima, sincera, llena de contrasentidos, rebosante de amor y furia, de sensibilidad y fuerza. Una hermana mayor a la que querer intensamente.

Ya no tenía más lágrimas.

En la última semana había escrito mucho.

Sobre todo de Israel.

¿Cómo se amaba a una persona y se renunciaba a ella por miedo?

Almudena ya no podía dejar de leer ni aunque hubiese querido hacerlo.

Aunque en aquellas páginas no hubiera ninguna pista útil.

Nada.

Nada.

Otro día.

Y al empezar a leer...

«Lo que me ha sucedido hoy es tan asqueroso que no sé ni cómo describirlo. Sin embargo, siento la necesidad de hacerlo, pues sé que un día, cuando lo lea de nuevo, querré recordarlo con el nauseabundo asco necesario para tenerlo presente.

Ha sido en el bar. Desde hace días yo ya notaba que el camarero, Telmo, me miraba de una forma... diferente, como si me desnudara con los ojos. No le había dado importancia hasta hoy. He ido al baño y él me ha seguido con unas botellas. El baño está en la parte de atrás, en una zona mal iluminada. He cerrado la puerta y eso ha sido todo. Pero al salir lo he visto de espaldas, en un rincón oscuro, y... se estaba masturbando. No sé si se ha dado cuenta de que yo lo veía, y menos de si intuía qué hacía. Me he quedado de piedra, casi sin poder reaccionar. Luego he conseguido moverme y he salido a escape, sofocada y avergonzada, porque de golpe he entendido las miradas y todo lo demás. Ese tipo es un enfermo.

Lo malo es que, una vez fuera, la vergüenza ha seguido, y he sido incapaz de contárselo a los demás. Ni siquiera a Vega o Esther. Que alguien haga eso a tu costa es tan... asqueroso. No he encontrado las palabras para expresarlo. Me da rabia, pero así ha sido. ¡Casi me sentía culpable yo! Pero claro, como

no pienso volver a ese bar, tarde o temprano tendré que contárselo a los del grupo».

Almudena dejó de leer.

Titiritaba de frío.

88

La noticia de la llegada del primer camión de una cadena de televisión había aterrizado en el cuartelillo casi de inmediato.

Con el segundo camión, de otra, la alarma ya repiqueteaba en las mentes de todos.

—¡Que nadie hable con ningún periodista! ¿Habéis entendido? ¡Nada! ¡Y si os ofrecen dinero o lo que sea a cambio, me lo decís y al responsable lo empuro!

Los agentes que no estaban en la calle siguiendo pistas asintieron con la cabeza. Su superior no era dado a los gritos, pero sin duda estaba enfadado, muy enfadado.

Probablemente con el mundo en general.

Todos sabían que pasara lo que pasara, y más si la historia concluía en tragedia, nada sería igual allí.

—¡Cerradme el centro del pueblo! —siguió con su arenga Roberto Peláez —. ¡No quiero que acabe colapsado y no podamos ni movernos! ¡Que las televisiones, las radios o la prensa trabajen desde cualquier parte, los arcos, la fuente..., donde sea menos en la plaza!

No dijo quién debía cumplir esa orden, pero uno de los agentes salió a toda prisa de allí.

—¿Y nuestros malditos refuerzos qué? —volvió a gritar—. ¿Vienen a pie? ¿Cómo es posible que los periodistas ya estén aquí y los nuestros no?

Olmedo se plantó delante de él con unos pliegos de papeles.

—Son todos los empadronados en el pueblo, direcciones, teléfonos, y también los que no viven aquí regularmente pero tienen casa.

El sargento tomó el montón de cuartillas.

Habría que ir casa por casa.

No solo peinar los alrededores, sino inspeccionar vivienda por vivienda.

Eso suponiendo que el secuestrador fuera alguien de por allí.

De momento no tenían nada, ni siquiera el rastro de los dos hombres de los que le había hablado Telmo Ortega. Nadie parecía haberlos visto.

Ningún cabo suelto.

Y empezaba a anochecer.

—¡Sargento! —gritó uno de los agentes.

—Sí, ¿qué pasa?

—¡Una cadena ya está retransmitiendo por la tele en vivo, señor!
Roberto Peláez cerró los ojos.
Cuando los abrió, la pesadilla seguía allí.

89

Fue algo inesperado.

De pronto... se detuvieron, se miraron y se abrazaron todos, formando un círculo.

Esther y la culpa por su pelea con Julia.

Vega y la culpa por haberla dejado sola.

Israel y la culpa de aquel beso por el cual ella se había bajado antes del coche.

No era necesario hablar.

Esther y Vega lloraban.

En ese instante, sonó el móvil de Israel.

Cuando lo extrajo del bolsillo trasero del pantalón y miró el número, mostró su desconcierto.

Luego, reaccionó al oír la voz.

Casi el grito.

—¡Israel, soy Almudena!

90

Julia veía ponerse el sol a través del ventanuco.

En otras circunstancias, habría sido un ocaso maravilloso, de los de sentarse y mirar un buen rato. El cielo, a lo largo del verano, se había ido tornasolando al anochecer, ofreciendo una intensa gama de colores fuertes, a cual más increíble y hermoso. Rojos sangre, violetas puros, azules turquesa, amarillos salvajes...

Quería seguir viendo puestas de sol.

Y amaneceres.

Quería vivir.

Telmo Ortega estaba a punto de salir del bar. Su padre le tomaba el relevo. En unos minutos llegaría a su casa y entonces...

¿Y si ella no oía el motor del vehículo al acercarse?

Mejor no perder tiempo.

Julia se colocó al otro lado de la puerta, para quedar oculta por ella cuando su agresor la abriera y entrara en el sótano.

Tocaba esperar.

Concentrarse y esperar.

Se jugaba la vida en la siguiente hora.

91

La Guardia Civil ya había cerrado el centro del pueblo para que la invasión de medios de información no lo colapsara. Los vecinos empezaban a preguntarse qué estaba sucediendo. Israel no tuvo más remedio que aparcar el coche, que conducía ahora a más velocidad y con nervio, en cuanto encontró un hueco.

Se bajaron a la carrera.

Corrían en grupo, sin acelerar más ellos y sin rezagarse ellas. Corrían sudando ya por el súbito esfuerzo a los pocos pasos y por el calor. Corrían con la intuición de haber dado con algo. Corrían porque, después de tantas horas paralizados, era una liberación hacerlo. Corrían con una fuerte dosis de adrenalina envolviendo una palabra llamada esperanza.

Esperanza.

—¿Y si no ha sido él y lo de la masturbación solo fue..., no sé, algo fortuito? —Nano quiso hacer de abogado del diablo.

—¿Crees en las casualidades? —se lo reprochó Israel.

—¡Sí, ha de ser él! —Se aferró a un clavo ardiendo Juanca.

—¡Bastará con decirle que lo sabemos y mirarlo a la cara! —dijo Vega.

—¡No podrá hacernos nada estando en el bar con tanta gente mirando! —insistió Juanca.

—¡Deberíamos ir a la Guardia Civil! —gritó Esther.

—¡No hay tiempo! —se esforzó en hacérselo comprender Israel—. El cuartelillo queda al otro lado. ¡Tardaríamos más en ir y volver, aunque fuera con ellos! ¡Si lo descubrimos y se viene abajo, somos cinco contra él, y la gente del bar también reaccionará!

Estaban a cincuenta metros de la plaza.

Del bar.

De Telmo Ortega.

92

La entrevista con los padres de Julia ya estaba colgada en la web. Mismo tratamiento, misma urgencia, mismo impacto.

Feliciano Sanjuán tenía los colmillos afilados.

«Una familia destrozada».

«La espera del miedo».

«Todos temen lo peor»...

Acabó de leerla y sonó el móvil.

Maribel Naranjo.

—Dime.

—¿Qué más tienes? —No se fue por las ramas la directora del periódico.

—Se ha incrementado la actividad policial y los vecinos se han dado cuenta de que sucede algo grave. Las teles no han perdido el tiempo —la informó.

—¿Crees que no lo sé? Una emite en directo. Sigues teniendo la sartén por el mango, ¿no?

—Por supuesto.

—Prepara el tercer reportaje. Mejor no parar y seguir bombardeando mientras llevemos la delantera. Ventajas de lo digital. Quiero...

—Maribel —la interrumpió—, ya sé lo que tengo que hacer, tranquila.

—Es que esto es gordo. Por una vez la has clavado.

—Gracias —alargó la primera vocal de forma exagerada—. ¿Qué sacarás mañana en la edición impresa del periódico?

—Un resumen de lo que has mandado y lo que mandes. Si es necesario, le dedico tres o cuatro páginas además de la portada. La noticia, la búsqueda, los padres... ¿Podrías entrevistar a la hermana?

—Es menor de edad.

—Ya, y la tal Julia también y hemos publicado sus fotos, no te digo.

—Lo intentaré.

—No lo intentes: hazlo.

—Vale, no te pongas borde.

Maribel Naranjo hizo un extraño ruido a través del teléfono. Sanjuán tardó un par de segundos en comprender que era el sonido de su risa, sorda y hueca.

¿Cuándo se había reído aquella directora en su presencia?

—Escucha —ella recuperó su tono firme y agresivo—: si has de pasar la

noche en vela, la pasas, porque me da que esto se va a resolver deprisa. He mirado en Google y el pueblo está en mitad de la nada, así que no es fácil que lo que haya sucedido pase inadvertido. En cuanto aparezca el cadáver, todo explotará y tenemos que sacar ventaja a los demás tiburones, ¿comprendes?

—Lo sé perfectamente, aunque lo de que se vaya a resolver deprisa...

—Sanjuán, a veces eres bueno, pero intuición tienes poca —sentenció su jefa.

Era una bruja.

Pero, por una vez, la tenía en la palma de la mano.

—Te dejo —dio por finalizada la charla.

—¡Ponle salsa! —Fue lo último que escuchó de ella.

El periodista cortó la comunicación.

93

—¿Sargento?

Roberto Peláez levantó la cabeza.

—¿Qué hay, Sancho?

No parecía la clásica rata de biblioteca, capaz de rastrear cualquier documento en los archivos, porque era alto, cuadrado, con brazos como mazas y manos de luchador. Sin embargo, lo era. Había dejado múltiples muestras de su inteligencia al dar con los pequeños indicios de varios casos. Indicios que, para muchos, pasaban inadvertidos.

Aunque nada como lo que se traían ahora entre manos.

—Creo que he dado con algo —dijo lleno de cautelas.

Roberto se echó para atrás y apoyó la espalda en la silla.

No creía en los milagros.

—¿De qué se trata? —preguntó cauto.

—He revisado las denuncias de años pasados y hace tres hubo una contra uno del pueblo por presunto acoso a una menor. La interpuso una mujer por su hija, adolescente. Según parece era una pelirroja muy guapa. Y solo tenía quince años.

—¿Y qué pasó?

—Retiraron la denuncia.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá el tipo pagó antes y... bueno, como le digo, solo fue por acoso. Palabras, gestos, insinuaciones y cosas así. Teniendo en cuenta quién es el denunciado...

Roberto Peláez abrió los ojos.

—¿Quién es el denunciado?

La respuesta fue como un disparo seco en mitad de su cabeza.

—Telmo Ortega, el hijo del dueño del bar de la plaza.

Pero más le impactó lo que el agente dijo a continuación:

—Tiene un coche marrón oscuro.

94

Al llegar frente al bar, dejaron de correr y recuperaron el resuello. No era cosa de entrar todos en tropel, como una jauría. Pasara lo que pasara allí dentro, tenían que mantener la calma. Si Telmo Ortega era, como creían, el depredador que había secuestrado a Julia y se les escapaba, podían poner en peligro la resolución del caso.

Y la Guardia Civil les arrancaría la piel a tiras por no haber ido primero a decírselo a ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Esther.

Israel dio el primer paso. Entró en el bar seguido por los otros cuatro. No vieron a su objetivo, solo a dos camareros y a un hombre mayor. Lo reconocieron. Era el señor Ernesto, el dueño. Estaba detrás de la barra sirviendo los pedidos que los camareros le pasaban intermitentemente.

Ni rastro de Telmo.

—¿Estará en la parte de atrás del local? —cuchicheó Juanca.

Israel no dijo nada. Sentía la presión, el vértigo en las sienes. Si aquel tipo le había hecho daño a Julia...

—¿Esperamos? —vaciló Nano.

—No. —Israel se dirigió a la barra.

—¡Hola, chicos! —los saludó Ernesto—. ¿Qué va a ser?

—¿Está su hijo?

La pregunta le sorprendió un poco.

—¿Telmo? No, ¿por qué?

—Queríamos hablar con él. —Se sintió un poco desfallecido Israel.

—Pues acaba de irse no hace ni cinco minutos. A él no le gusta el turno de noche. Prefiere irse a su casa a ver esas series que dan por la tele, que mira que es aficionado, ¿eh? ¡Las devora!

—¿Se ha ido a pie?

—No, en su coche. Lo aparca siempre en la calle de atrás, frente al vado de carga y descarga del bar. —Frunció el ceño—. ¿Tan urgente es?

—Pues... sí, la verdad. —Israel mostraba todo su aplomo.

—¿No puede esperar a mañana? —vaciló el padre de Telmo.

—Si pudiera decirnos dónde vive...

El hombre no se lo tomó a mal, ni les dijo aquello de que la dirección de una persona era privada. También quedó claro que no vivían juntos.

—Su casa está en las afueras —les dijo—. ¿Conocéis el camino de la ermita vieja? Pues por ahí. A un kilómetro siguiendo la carretera empedrada después del desvío. No tiene pérdida, porque es la única casa de por allí. —Y agregó mitad triste, mitad resignado—: ¡Solitario que es mi hijo, que no encuentra una chica guapa ni por Internet!

95

Julia agudizó el oído.

¿Era el motor de un coche aproximándose?

Esperó.

El sonido se hizo gradual, más y más evidente.

De una forma u otra, lo reconoció.

Era él.

Telmo Ortega, su captor.

El hombre que había perdido la cabeza por ella, hasta el punto de secuestrarla.

Ahora, o colaboraba y se plegaba a sus exigencias, o la mataría antes de lo previsto.

El final inevitable.

El coche se detuvo.

Se apagó el motor.

Una puerta metálica se cerró y, casi a continuación, otra muy diferente se abrió en algún lugar de la casa.

Julia se puso en guardia.

Cerró los puños.

El corazón le latía a mil por hora.

96

Israel conducía como un loco.

Primero, la carrera de vuelta al coche. Inexplicablemente, ningún guardia civil a la vista pese al bloqueo del centro del pueblo.

Segundo, lanzarse a tumba abierta hacia el camino de la ermita, un lugar poco transitado salvo en la fiesta patronal, cuando se visitaba en procesión la pequeña iglesia que daba nombre al lugar.

Ya no le importaba que su padre lo matara si le hacía una abolladura al coche.

—¿Es por aquí?

La pregunta ansiosa de Juanca flotó en el aire.

No la contestó.

—¡Vuelve a intentarlo! —gritó dirigiéndose a Nano.

—¡Están comunicando! —Se desesperó el chico—. ¡No hay forma! ¿No ves que todo el cuartelillo debe de estar patas arriba?

—¿Y solo tienen una línea?

—¡Yo qué sé!

—¡Cuidado!

Israel prestó atención a la carretera alertado por el grito de Vega. Eludió el bache como pudo y apretó el acelerador pasando de cuarta a quinta.

Una señal le recordó que estaba prohibido circular a más de cincuenta por hora en aquel tramo.

No le hizo caso.

Iba a ochenta, noventa...

—¿Creéis que es posible? —sonó de pronto la voz de Esther.

—¿Posible qué? —inquirió Juanca.

—¿Que lo hayamos resuelto... así de fácil? —pareció exhalar ella.

—¡A veces la suerte cuenta! —dijo Nano.

—¡No ha sido suerte! —les recordó Israel—. Si Almudena no llega a mirar en ese diario...

—Chicos, ¿qué haremos cuándo lleguemos allí? —preguntó Esther atenazada más y más por el miedo y la responsabilidad—. ¿Creéis que nos dirá la verdad y nos dejará entrar en su casa como si nada? ¿Y si se ve acorralado y la emprende a tiros con nosotros?

Nadie se atrevió a responderlo.

97

Una vez cerrada la puerta, Telmo Ortega dejó las llaves del coche y las de la casa en la repisa de la entrada.

Después escuchó el silencio.

Le gustaba el silencio.

Por eso vivía allí, lejos de su padre y del pueblo.

Sonrió feliz.

Había estado esperando ese momento todo el día, hora tras hora, minuto a minuto, contando los segundos. Todo el día sabiendo que, al anochecer, tendría el premio que tanto se merecía.

Ella.

El objeto de su oscuro deseo.

Por lo menos, con Julia sí se había atrevido.

Algo que no había sucedido con las otras, sobre todo después de aquella denuncia por acoso de la que le salvó su padre, tras convencer y pagar a la madre de la chica.

Sí, por fin, el premio.

Esperaba que, después de pasar toda la noche y el día encerrada, se hubiese ablandado. Sería mucho mejor si ella colaboraba, si se prestaba al juego. Imaginarla desnuda lo excitaba. Pensar en acariciar aquella piel sedosa lo turbaba. Sentir el sabor de sus besos...

No quería hacerle daño.

No quería matarla.

Lo único que necesitaba era un poco de amor.

Solo si ella se resistía...

No, ¿cómo pensar en eso?

¿Por qué habría de resistirse?

Seguro que ya había entrado en razón.

De hecho, todo había sido de lo más inesperado. Una reacción absolutamente imprevista. Estaba allí, como tantas noches, para espiarla, observarla al otro lado de la ventana, y de pronto, al verla caminar a pie, sola...

Sí, llevaba el cloroformo. Sí, a veces lo había imaginado. Sí, se estaba volviendo loco a causa del deseo. Pero la verdad era que había sucedido en un abrir y cerrar de ojos.

Ahora se alegraba.

La tenía.

Para él.

La Guardia Civil nunca llegaría a imaginar...

No, qué va.

Nunca.

—¡Julia! —llamó.

No fue directamente a la puerta del sótano. Primero, cambiarse de ropa y lavarse las manos. La ropa olía a bar, y él olía a sudor. Se metió en su habitación y se desnudó. Al verse reflejado en el espejo, pensó en ir así, tal cual, al encuentro de ella. Decidió que no, que era mejor hacer las cosas bien, sin asustarla. Se puso unos calzoncillos limpios, unos pantalones y una camisa playera, de color rojo. Le gustaba porque le daba color a la cara. En cambio, no se calzó. Le encantaba ir sin zapatos cuando estaba en su casa, y más en verano. En el cuarto de baño se lavó las manos a conciencia. También se quitó la camisa e hizo lo mismo con las axilas. Una vez seco, volvió a ponérsela.

Ya, ya, ¡ya!

Por si acaso, por si los nervios lo traicionaban, incluso se había tomado una viagra casi una hora antes de salir del bar.

Todo medido.

Todo a punto.

—¡Julia, cariño! —exclamó.

¿Cuántos días podría tenerla encerrada si se resistía? No demasiados. Sería un riesgo. La Guardia Civil peinaría la zona. Tendría que deshacerse del cadáver. Bueno, y aunque colaborase... A fin de cuentas tendría que matarla igual.

Una pena.

Tan bonita.

Tan...

Telmo Ortega se detuvo frente a la puerta del sótano.

No la abrió.

¿Y si se tomaba un whisky antes?

Solo para tener más valor.

Claro.

Solo eso.

Dio media vuelta y se dirigió a la sala, donde estaba el carrito de las bebidas. El carrito que lo acompañaba todas las noches, mientras bebía solo delante de la pantalla del televisor, viendo aquellas series tan fascinantes, llenas de mujeres guapas con las que se masturbaba siempre, siempre...

98

Al contrario que los amigos de Julia, la Guardia Civil sí entró en el bar de la plaza como un pequeño ejército invasor, con Roberto Peláez a la cabeza.

Ernesto Ortega, paralizado en la barra, ni siquiera supo qué decir, porque la pregunta del sargento fue muy directa.

—¿Está su hijo?

—¿Telmo? —vaciló—. No, se ha ido ya.

—¿Hace mucho?

—Unos diez minutos.

—¿Adónde ha ido?

—¿Qué está pasando aquí? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco hoy?

No era el momento de perder el tiempo.

—¡Responda! —gritó Roberto Peláez.

—¡Coño, pues a su casa! —Se agitó el hombre—. ¿Adónde quiere que se haya ido?

—¿Dónde vive?

Era la última pregunta.

El dueño del bar parpadeó. Los rumores acerca de la desaparición de una chica, el centro cortado, los camiones de las cadenas de televisión, los chicos de antes, la Guardia Civil ahora. Ató cabos.

Había sucedido algo grave.

Algo en lo que su hijo estaba implicado.

Algo tan grave que, después de darles las señas de Telmo, ni siquiera lo dejaron avisarle por teléfono, porque se lo llevaron.

99

Julia estaba preparada.

Le dolía el cuerpo por la tensión y la ansiedad.

¿Por qué no entraba de una vez? ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿A qué se debía la maldita demora? ¡Casi había oscurecido del todo, aunque los días todavía se hacían largos y luminosos! Tenía la cabeza pegada a la puerta del sótano pero lo único que había oído era su nombre, como si él lo hubiese gritado o pronunciado en voz alta.

¿Y si no entraba en aquel sótano hasta mucho después?

No, no tenía sentido.

Él mismo se lo había dicho.

—Esta noche...

Tenía que seguir en guardia, detrás de la puerta, dispuesta a todo para salir de allí primero y escapar después.

No había otra solución.

—Vamos, vamos, hijo de puta... —suplicó en un susurro.

Dejó de respirar al escuchar el murmullo al otro lado.

No era ruido de pisadas. Era... quizá una respiración profunda, quizá un simple roce, el chasquido de un interruptor de la luz. Pero desde luego, finalmente, allí había alguien.

Dispuesto a entrar.

Julia bloqueó cualquier otro pensamiento que no fuese el de su libertad.

Una llave en la cerradura.

Una, dos vueltas.

Y la puerta que se entreabrió lentamente.

Entonces escuchó su voz.

—Julia, cariño...

Se pegó a la pared. Literalmente. La puerta se abrió del todo y Telmo Ortega tardó una eternidad en cruzar el umbral y llegar al otro lado.

Iba a cerrar la puerta.

Con llave.

Julia no esperó más.

Salió de detrás de la puerta y lo empujó con todas sus fuerzas.

Sin comprobar el resultado de su acción, echó a correr disparada.

100

Almudena había guardado el diario de Julia hacía rato.

En realidad, después de llamar por teléfono a Israel, ya no había vuelto a leer nada.

Ahora estaba encerrada en su habitación, tensa.

¿Era posible que...?

Si fuera así, ella sería la salvadora de su hermana.

Nunca la reñiría por haber violado su intimidad.

Miró el móvil, la puerta. La casa estaba repentinamente silenciosa. La noche caía ya sobre el pueblo y los últimos vestigios de luz se difuminaban en el horizonte.

Miró por la ventana.

Y tuvo un extraño presentimiento.

O no tan extraño.

Afuera, en la calle, había dos camiones de sendas cadenas de televisión. El agente que estaba de guardia con sus padres les había recomendado no abrir la puerta. Incluso correr las cortinas. Estaba allí para preservar su derecho a la intimidad.

El presentimiento se hizo temblor.

Julia decía que era un poco bruja, que sus presentimientos se cumplían siempre.

Almudena levantó las cejas.

No sabía de dónde le venía la energía, ni por qué, pero sí, necesitaba creer en algo, aunque fuera tan poco consistente y débil como un presentimiento.

Se levantó de la cama y salió de la habitación. Su madre seguía sentada en la butaca, inmóvil. Su padre, en el reposabrazos de la izquierda, le pasaba un brazo por encima de los hombros.

Primero no les dijo nada.

Solo los abrazó.

Luego sí.

Y su voz sonó como un rayo de esperanza.

—Sé que está bien —les dijo—. Sé que no le ha pasado nada y está viva. Os lo juro.

101

Julia corría por la casa.

No sabía de cuánta ventaja disponía, ni si disponía de alguna. Telmo Ortega podía estar justo detrás de ella. No quiso volver la cabeza, para concentrarse en la huida. Un paso en falso, un tropezón, un resbalón, y se acabaría todo.

La voz del hombre tronó a su espalda.

—¡Puta!

Estaba en una especie de pasillo, largo, de unos cinco metros. Una distancia enorme según se mirase. A ambos lados, puertas cerradas, seguramente de habitaciones. La salida tenía que estar al final del pasillo.

Se dio cuenta de que la casa era vieja, muy vieja.

Y que apenas si estaba arreglada.

Un metro, otro...

—¡No tienes escapatoria...!

Le pareció que algo rozaba su espalda, quizá una mano en su desesperado intento de atraparla.

Corrió más, si es que eso era posible.

Llegó al final del pasillo y giró a la izquierda tratando de no frenar ni perder el equilibrio. Se encontró en una sala con un televisor muy grande y una butaca ubicada frente a él. Solo una. Perdió una fracción de segundo en orientarse buscando la puerta de la calle.

De alguna forma, le llegó el aliento de su perseguidor a la nuca.

Lo único que se le ocurrió fue saltar hacia el televisor, plano, de plasma, y derribarlo por detrás de ella.

El aparato cayó al suelo en medio de un enorme estropicio.

—¡¡¡Nooo!!! —aulló Telmo Ortega.

Tenía otra ventaja y la aprovechó. La puerta estaba ahí, a un par de metros. Saltó hacia ella y puso la mano en el tirador. Le bastó un gesto para comprender que estaba cerrada con llave.

Las vio a su lado, en una bandejita.

Pero ya no tuvo tiempo de cogerlas.

Su agresor le cayó encima como una tormenta. La aplastó con su peso contra la puerta. Después la golpeó en las costillas con el puño cerrado, robándole el aliento. Finalmente la agarró por el pelo y tiró de ella contra el

suelo.

Julia rodó entre los restos del televisor.

Su mano rozó algo, aristado, puntiagudo.

Ignoraba qué era.

Estaba aterrada, solo pensaba en defenderse.

Telmo Ortega se encontraba casi encima de ella de nuevo.

Y le clavó el trozo de televisor en la cara.

El grito de dolor fue tremendo, salvaje. Ella ni se dio cuenta de que también se había cortado la palma de la mano. No sentía dolor, no sentía nada. El hombre se llevó las manos a la mejilla. Sus ojos de loco se agravaron con la visión de la sangre.

La joven retrocedió de espaldas.

—¡Te voy a matar! —aulló él.

No pudo avanzar mucho. La detuvo la pared. Logró incorporarse, aterrada, y supo que ya no tenía escapatoria, Telmo Ortega le cortaba toda huida.

Estaba delante, sangrando, con las manos convertidas en zarpas.

Iba a tocarla.

Julia se pegó a la pared.

—¡No! —gritó.

Por un segundo, él se detuvo.

La miró casi con pena.

Casi.

—¿Por qué? —gimió de pronto.

Julia se quedó muy quieta.

La mano de Telmo Ortega le rozó el pelo.

—¿Por qué? —volvió a decir—. Yo únicamente quería... —Buscó las palabras sin encontrarlas—. Todas estas semanas..., estos días... viendo tu indiferencia, tu desprecio... ¿Por qué?

La mano pasó del pelo a la mejilla.

Una caricia espantosa.

Pegó su cuerpo al de ella, le puso las dos manos en la garganta para ahogarla y al mismo tiempo buscó sus labios para besarla.

102

Roberto Peláez estaba al volante.

Nunca, ni en una persecución en la que había tomado parte antes de llegar al pueblo, había corrido tanto. El coche patrulla era un vértigo, un rayo terrenal.

A su lado, Narciso Olmedo no sabía dónde sujetarse.

—¿Pongo la sirena, sargento?

Respuesta rápida:

—No. Si la ponemos, lo alertaremos. Debemos acercarnos lo más posible y sorprenderlo.

Otro tramo más, saliendo del pueblo, esquivando gente, motos, coches. Habían pedido ayuda por radio, pero estaba claro que llegarían los primeros.

El nerviosismo de Narciso Olmedo hizo que volviera a hablar.

—Lo hemos tenido delante hoy mismo... —rezongó—. ¡Qué huevos!

—¿Recuerda a la asesina de aquel niño, que incluso lloraba, daba declaraciones a la prensa y participaba en la búsqueda del chaval, como si tal cosa?

—Cómo no voy a recordarlo.

—Esa clase de asesinos logra confundir, aunque tarde o temprano caen.

Había dicho «esa clase de asesinos».

Se dio cuenta.

Dando ya por sentado que Julia Castro Giralt estaba muerta.

Peláez agarró el volante con más fuerza y, una vez fuera del pueblo, hundió el pie en el acelerador.

103

Israel detuvo el coche al final del camino, frente a la casa, aunque la inercia hizo que el vehículo derrapara todavía un par de metros más y que casi se estrellara contra el de Telmo Ortega, aparcado delante.

Salieron en tropel.

Se dirigieron a la puerta sin prestar atención a nada más, dominados por los nervios y acelerados por el nuevo e inesperado giro de los acontecimientos. La última en hacerlo fue Vega, que iba en el centro del asiento de atrás.

Quizá por esa razón, fue ella la que miró en dirección a la ventana.

Israel se disponía a llamar a la puerta cuando ella lo detuvo.

Los detuvo a todos.

—¡Eh! —gritó.

Su mano temblorosa señalaba la ventana.

Por entre las cortinas se veía algo.

Algo parecido a una escena dantesca en la que Telmo Ortega, ensangrentado, estaba ahogando a Julia mientras la aplastaba contra la pared del otro lado.

104

Julia estaba paralizada.

Las manos en la garganta le quitaban el aire.

Telmo se acercaba más y más para besarla.

Su mejilla izquierda era una masa de carne lacerada.

No, no iba a quedar muy guapo.

Aquel pensamiento, estúpido, insólito, la hizo reaccionar.

Fingió ceder.

Rendirse.

Entonces subió su rodilla derecha con todas sus fuerzas y se la incrustó a su agresor en la entrepierna.

El gemido fue sordo, ahogado. Los ojos de Telmo Ortega se velaron por un instante. Las manos perdieron fuerza, dejaron de apretarle el cuello y ella pudo respirar un poco.

Aun así, no la soltó del todo.

Julia iba a repetirlo cuando de pronto...

La casa entera pareció estallar.

Y no era la casa.

Era la ventana.

Una mesa de jardín acababa de destrozarla desde el exterior, y mientras caía en medio de un mar de cristales y cortinas desgarradas, por el hueco Julia vio a Israel y a Juanca.

Y a su lado, a Nano, a Vega y a Esther.

Al principio pensó que era un sueño.

Después, cuando entraron por esa misma ventana, supo que estaba salvada.

105

La parálisis del secuestrador fue extraña.

Miraba la destrozada ventana, la mesa de jardín en mitad de su sala, sobre los restos del televisor, la aparición del grupo de chicos y chicas, intrusos en su refugio. Lo miraba todo sin soltar a Julia pero sin reaccionar, con los ojos extraviados y todavía aturdido, quizá por la patada en su entrepierna.

Julia lo aprovechó para empujarlo.

Liberarse de una vez de sus garras.

Mientras Telmo Ortega se vencía hacia atrás, Israel y Juanca fueron los primeros que le cayeron encima.

Solo entonces, el hombre entendió lo que sucedía.

Y luchó.

Violentamente.

Golpeó a Israel con su puño derecho. Intentó hacer lo mismo con Juanca, pero a este se le unió Nano. Forcejeó con los dos y no pudo evitar que de nuevo Israel se le echara encima.

Tres contra uno.

—¡Sujetadlo!

—¡Te voy a matar!

—¡Cuidado!

Era muy fuerte, más de lo que parecía, o tal vez el miedo lo convertía en una especie de inesperado Hulk. Ahora el golpeado fue Juanca. Nano cayó derribado a un lado.

Israel reaccionó y le dio una patada en el flanco. Telmo Ortega gritó de dolor.

Mientras tanto, Vega y Esther ayudaban a Julia.

Iban a llevársela.

Telmo lo vio y chilló rabioso al comprender su derrota.

Fue ese alarido el que lo desarboló y le hizo perder la batalla.

Porque se vio tumbado en el suelo, con Nano a un lado y Juanca al otro, y con Israel encima sosteniendo un pedazo de cristal contra su garganta.

106

Israel estaba ciego.

Quería matarlo.

El cristal derramó las primeras gotas de sangre por la garganta de Telmo Ortega. Sin embargo, este no parecía sentir el dolor. Lo que expresaban sus ojos era desesperación y rabia.

Aunque no más que Israel, cuya rabia era la explosión tras aquellas horas de infierno.

La escena pareció desacelerarse, moverse a cámara lenta a pesar de que había sido vertiginosa.

Julia, Vega y Esther la contemplaban.

Nano y Juanca esperaban.

Todo estaba en manos de Israel.

Todo estaba en la punta de aquel cristal.

Entonces, como en un sueño, escucharon de pronto aquella voz.

—¡No lo hagas, chico!

Estaban allí, entrando por la ventana.

El sargento de la Guardia Civil y su agente de confianza.

Todos miraron hacia ellos.

Todos menos Israel y Telmo. Frente a frente.

—Vamos, ¿a qué esperas? ¡Hazlo! —le gritó el responsable de todo aquello.

Israel apretó las mandíbulas.

—¡Vamos, chico, ya está, se acabó!

Roberto Peláez estaba a su lado, pero no trataba de apartarlo. Sabía que él podía ser más rápido.

Un segundo, dos, tres...

Juanca fue el primero en apartarse.

Luego, Nano.

Israel no.

—Sé lo que sientes —dijo despacio el sargento de la Guardia Civil—. Pero si lo matas, serás igual que él. No te condenes por esta rata, muchacho. Por favor...

Israel levantó la cabeza.

Julia estaba allí, sostenida por Vega y Esther.

Viva.

Y, pese al dolor y el miedo que la atenazaba, le sonreía.

Fue suficiente.

Arrojó el cristal a un lado, se apartó de encima de Telmo y dejó que la Guardia Civil hiciera el resto.

Epílogo:
El día después

107

La puesta de sol era increíble.

Quizá la mejor del verano.

O tal vez fuera porque aquella la apreciaban mucho más, libres y juntos.

Juntos.

Israel miró a Julia de soslayo. La chica parecía extrañamente relajada, como si ese sol la bañara con sus invisibles rayos vivificándola y proporcionándole, poco a poco, la energía perdida veinticuatro horas antes, en su corto pero también largo cautiverio, con cada segundo convertido en un siglo.

No quiso quebrar esa paz.

Al contrario, siguió observándola.

En ese instante supo hasta qué punto la amaba.

Pintada como un cuerpo cárdeno por la tonalidad del crepúsculo, Julia se le antojó lo más bello y perfecto jamás imaginado.

Jamás conocido.

Pensó en cogerle la mano libre, porque la otra la tenía vendada.

No lo hizo.

Lo hizo ella.

Como si, de pronto, estuvieran conectados.

Fue un contacto electrizante.

—Israel...

—¿Qué?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Quería decir tu nombre.

—Entonces yo diré el tuyo: Julia.

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza.

La habían dejado salir con él, un rato. La habían dejado con la condición de que regresara antes de que anocheciera del todo. Durante el día le habían hecho pruebas, total, para diagnosticar lo que ya sabía: que estaba bien. Después, las declaraciones en el cuartelillo, y lo mismo el grupo.

El pueblo, mientras, había vuelto a la calma. Los medios de comunicación, aunque reticentes, plegaban velas. No había muertos. El detenido, Telmo Ortega, ya estaba en Madrid. El bar de la plaza, cerrado.

La gente se preguntaba cómo era posible que eso hubiera sucedido.

Más aún: como era posible que hubiera sucedido... allí.

Donde nunca sucedía nada.

—No te he pedido perdón —logró sincerarse Israel.

—¿Por qué?

—Por lo de la otra noche.

—¡No seas tonto! —dijo ella incrédula.

—Tenía que haberte acompañado hasta la puerta de tu casa.

—¡Y yo tenía que haberte besado más y no bajar del coche como una cría asustada!

«Besado más».

Para Israel, fue música en los oídos.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé —repuso ella insegura, y se encogió de hombros—. A veces nos hacemos una idea de cómo somos, y otra de cómo queremos ser. Y no casan. Creía tenerlo todo claro, estaba segura, con mi vida planificada, y resulta que es imposible tenerlo todo controlado, porque los imprevistos forman parte del día a día —suspiró—. Mis ganas de ser libre, de viajar, de no atarme a nada...

—Así que soy un imprevisto —remarcó la última palabra.

—No seas bobo —musitó ella.

Seguían con las manos unidas.

Julia apoyó la cabeza en el hombro de Israel.

—Si no hubiera sido por vosotros... —Dejó escapar una bocanada de aire, de nuevo agotada.

—La Guardia Civil llegó a tiempo —objetó él.

—No tanto como para evitar que ese loco me matara, y tú lo sabes. La diferencia fue ese minuto o dos. Os adelantasteis y evitasteis lo peor.

—Tú sí que tuviste valor —ponderó Israel.

—¿Yo?

—¿Te parece poco enfrentarte a él? La manera en que huiste, cómo peleaste... Esa escapatoria tuya fue de película.

—No iba a dejarme violar y matar por nada —exhaló sin apenas voz.

—¿Si se hace una película quién te gustaría que hiciera de ti?

—¡Anda, va! —Se apartó de él disgustada.

Israel se sintió frívolo.

En realidad lo que más quería era...

—¿Lo habrías matado? —preguntó de pronto Julia.

Lo meditó.

Quería hacerlo, sí.

Movió la cabeza de arriba abajo.

Y no se sintió orgulloso por ello.

Fue entonces cuando Julia se acercó de nuevo, más, y con la cabeza completamente vuelta hacia él buscó sus labios.

De nuevo la sintonía.

Bajo el silencio del anochecer, en el campo, con el pueblo a un lado y la

vida al otro, el estallido de sus emociones fue una tormenta de luz.

Tardaron en separarse.

Una eternidad.

Se quedaron mirando a los ojos, con sendas sonrisas colgando de sus almas.

—Mis padres quieren que vaya a un psicólogo —dijo Julia.

—¿Lo harás?

—No lo sé. Depende. Si tengo pesadillas, sí. Ya veremos.

—Yo te cuidaré —le prometió.

—¿Mucho?

—Hasta donde me dejes.

—¿Sin planes?

—Sin planes.

—¿Libres?

—Libres.

—Entonces bueno —lo aprobó ella.

Volvieron a besarse.

Ni siquiera se dieron cuenta de que, poco a poco, el sol desaparecía por detrás de las montañas.

Con sus últimos rayos, ellos se convirtieron en ascuas rojizas dibujadas en mitad de la tierra.

Su beso podía durar mil años.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud a Jaume Comas, como siempre indispensable a la hora de tocar temas médicos en mis novelas.

Esta historia no está basada en ninguna parecida, ni guarda relación alguna con ninguno de los casos de secuestro y asesinato de jóvenes prodigados en España en los últimos años. No es pues un hecho real. Los personajes proceden de mi imaginación, y también los detalles, el pueblo donde sucede la novela o la ciudad que se menciona en ella, así como el periódico, que puede ser cualquiera de los muchos que hay en pequeñas provincias. Mi intención no ha sido pues escarbar en la miseria humana, como sucede con la reacción de los medios de comunicación en el libro. Solo he pretendido contar un hecho que, por desgracia, va más allá de la simple narración novelística. Todo secuestro, toda violencia contra la mujer, toda vejación de una adolescente, lo considero uno de los crímenes más abominables de la actual sociedad, y los responsables merecerían castigos mucho más duros de los que la actual ley impone.

Mientras escribía esta novela, casualmente, el periódico *El País* publicó un artículo hablando de las desapariciones de menores en España, y de las consideradas «de alto riesgo», es decir, no provocadas por escapadas adolescentes. Desapariciones por supuesto sin resolver, con familias rotas por la zozobra. En ese artículo, escrito por Nacho Carretero, se mencionaban doce casos, con jóvenes concretos, caras, nombres y apellidos. El titular era muy claro, directo y contundente: «Los doce olvidados». Doce casos perdidos en la memoria que se han ido desvaneciendo poco a poco. Vaya pues para ellos mi recuerdo final a la hora de escribir estas últimas líneas. Son los casos de Francisco Molina Sánchez, Malén Zoe Ortiz Rodríguez, David Guerrero Guevara, Manuela Torres y Virginia Guerrero (desaparecidas juntas), Josué Monge García, Caroline del Valle, Gloria Martínez, Amy Fitzpatrick, Juan Pedro Martínez Gómez, Cristina Bergua Vera, Sara Morales y Yeremy Vargas.

periscopio

LA DESAPARICIÓN DE JULIA

Julia, 17 años, no ha vuelto a casa a su hora después de una noche con los amigos. Tiene el móvil apagado. Nadie sabe dónde está. Ha desaparecido sin dejar rastro. En el pequeño pueblo de veraneantes comienza la locura. Julia solo tenía que caminar trescientos metros para llegar a casa. ¿Dónde está? ¿Quién se la ha llevado? ¿Por qué?

El sargento Roberto Peláez se teme lo peor, otra adolescente secuestrada por un maniaco, otro asesinato, otra vez la España mediática sacando el colmillo del esperpento y la tragedia ante la adversidad de unos seres que van a vivir lo peor de sus vidas. Israel, Esther, Juanca, Nano y Vega, los amigos de Julia, no van a rendirse. Juntos, sabiendo mejor que nadie cómo es su mundo, no dejarán de buscarla mientras, a su alrededor, la espiral del miedo llega al máximo.

Una novela con personajes reales, de carne y hueso, enfrentados al miedo y al horror de la desaparición de una adolescente llena de vida.

edebé

www.edebe.com